



WORLD
WARCRAFT
BATTLE FOR AZEROTH



UNA BUENA GUERRA

de Robert Brooks



© 2018 Blizzard Entertainment, Inc.

PRIMERA PARTE:

LA ORDEN DE LA JEFA DE GUERRA

Su hijo reposaba en paz. Hacía varias semanas que había muerto, pero solo ahora podía descansar.

Temo por él.

No sientas temor, había dicho Colmillosauro mucho tiempo atrás.

Se arrodilló en el piso de piedra frío y duro de Ciudadela de la Corona de Hielo y alzó el cuerpo de su hijo.

Están cambiando a nuestros hijos. Te han cambiado.

Los brujos me dieron un don. Una vez fui poderoso. Ahora soy el torbellino, había dicho. Soy la guerra. Le daré gloria a mi pueblo hasta el fin de mis días.

Qué extrañas parecían esas palabras ahora. Corruptas.

Levantó el cuerpo de su hijo y lo llevó hacia afuera. Los ojos de cientos de campeones lo observaban. Los soldados de la Alianza y de la Horda se apartaron por igual. Algunos ensayaron un saludo silencioso en tributo a su dolor.

Nuestro hijo no debe seguir tu camino.

Procura mantenerlo en nuestro mundo, mi amor. Estará a salvo. Intacto.

La Ciudadela de la Corona de Hielo se desvaneció. El frío seco de Rasganorte cedió lugar al sol cálido y la atmósfera húmeda de Nagrand. Depositó el cuerpo de su hijo sobre una pira apagada, cerca de la última morada de sus familiares. El muchacho ahora lucía las vestimentas simples de Garadar, el lugar de su infancia.

Antes de irte, ¿qué nombre le pondrás?

Es mi corazón. Es el corazón de todo mi mundo, había respondido Colmillosauro.

Apoyó una antorcha en la pira. Las llamas anaranjadas comenzaron a esparcirse, primero por las astillas y luego por los troncos cortados. El fuego se intensificaba, y los tonos brillantes de color azul y blanco jugaban con las llamas. Se obligó a ver cómo el fuego consumía el cuerpo de su hijo. Era su último honor, no apartaría la mirada. Observó cómo la piel dejaba ver los músculos y luego los huesos, hasta que todo quedó convertido en cenizas.

Lo llamaré Dranosh, "Corazón de Draenor".



Varok Colmillosauro despertó. Su respiración era lo único que alteraba el silencio de la habitación. Notó que tenía las mejillas húmedas otra vez.

Sueños. Qué cosas tan inútiles.

No gozaba del sueño de los bendecidos, con visiones que hablaban del futuro y revelaban verdades acerca del pasado. Y era justo. Esas visiones serían un desperdicio en él. Cuál era el sentido de tratar de sostener una guerra cuando ya se sabía que el destino era la derrota. O peor aún, *la victoria*. Nada era tan letal para un guerrero como la complacencia, y si alguna lección había aprendido este mundo el año anterior era que el destino no es fácil de entender.

No, sus sueños eran solo un montón de recuerdos mezclados.

A veces soñaba con las batallas de las décadas pasadas. Se veía corriendo por las calles de Shattrath una vez más, mientras en sus oídos resonaban los gritos de los draenei y los aullidos de ahogo de los poderosos guerreros envenenados con la neblina roja de los brujos. Se veía persiguiendo a humanos por las calles de Ventormenta, mientras el calor invadía su piel suavemente al ritmo de las llamas que envolvían la ciudad. Había disfrutado esas matanzas. La corrupción que corría por sus venas las convertía en algo placentero. Nunca lo había asaltado la idea del deshonor. Jamás se le había cruzado una duda al derramar la sangre de inocentes.

El arrepentimiento llegó con el despertar. Podía sentir las dagas de la vergüenza clavadas en el pecho, tan dolorosas como el día en que se había liberado de esa sangre corrupta. No rechazaba el dolor, sino que lo aceptaba con beneplácito. Se lo había ganado. Cada año pesaba más y más, pero lo soportaba en silencio, con honor y sin quejas, como castigo por sus errores. Era un precio bajo a cambio de la supervivencia.

En sus días de orco joven, había esperado morir rápidamente y con honores en el campo de batalla. Ahora, se preguntaba si era su maldición sobrevivir a todos los demás.

Se levantó de sus sábanas sencillas y se puso de pie junto a la ventana que miraba a Orgrimmar. Aún faltaban muchas horas para el amanecer. Lo envolvía el frío de la noche. De pronto, se oyeron unos gritos que provenían del sur. Asomó la cabeza por la ventana y apenas logró ver las puertas principales que daban al desierto de Durotar. Sus aposentos estaban ubicados en una de las torres más altas de Orgrimmar, lo que le permitía tener una vista amplia de la ciudad. Muchas veces en el pasado se había despertado a causa de gritos y alarmas. Cuando la Legión Ardiente invadió Azeroth, el mundo cambió por completo. Los demonios habían tratado de traspasar las puertas traseras de Azshara varias veces. Orgrimmar había pagado un precio muy alto por la victoria.

Esta no parecía ser una situación tan dramática. Entrevió algunos movimientos cerca de las puertas. Solo se oían los gritos enfadados de un oficial de la guardia nocturna contra sus subordinados.

Otro espía ha logrado escapar, supuso Colmillosauro.

Durante las últimas semanas, los avistamientos de la Alianza se habían vuelto más frecuentes en Orgrimmar. Poco tiempo atrás, la jefa de guerra había humillado a Anduin Wrynn, el rey de Ventormenta, y en represalia el muchacho había lanzado una plaga de espías que asolaban la ciudad, tantos que los guardias habían entrado en un estado de paranoia.

Era una táctica astuta, especialmente porque los espías se cuidaban muy bien de desenvainar sus dagas. Matar a alguien de la Horda habría encendido la furia, y las dos facciones se habrían visto más cerca de la guerra. En cambio, el hecho de tan solo *observar* a la Horda sin ser capturados durante semanas y semanas...

Hasta el peón más estúpido podía comprender el mensaje: *No pueden ir a la guerra. Conocemos todos sus movimientos y estaremos preparados.*

Sylvanas Brisaveloz no había mordido el anzuelo. Si hubiera arrojado sobre Orgrimmar a sus mejores cazadores de espías en cantidad necesaria para eliminar de raíz a los espías de la Alianza, se habrían perdido muchas vidas. Y no de una forma ventajosa para la jefa de guerra. Por lo tanto, no había hecho absolutamente nada.

Pueden observarnos todo lo que quieran, era su respuesta. *Están perdiendo el tiempo.*

Colmillosauro estaba de acuerdo. La temporada de guerra regresaría inevitablemente, como siempre. No había necesidad de apresurarse.

Volvió a su lecho. La jefa de guerra había pedido hablar con él hoy. Necesitaba todo el descanso posible.



Colmillosauro partió de sus aposentos al amanecer para inspeccionar la ciudad.

Cuando llegó al Valle del Honor, el sol ya iluminaba desde lo alto las paredes de Orgrimmar. Era un día ajetreado. Los monjes habían recibido una nueva camada de estudiantes para entrenar. El líder pandaren Ji Zarpa Ígnea les estaba demostrando una forma de combate sin armas. Sonrió cuando vio a Colmillosauro y lo saludó con una leve inclinación de cabeza, sin interrumpir su demostración. Colmillosauro se golpeó el pecho con el puño para devolver el saludo y siguió su camino.

Las puertas traseras ya se habían abierto para los comerciantes y viajeros que llegaban desde Muelle Pantoque. La guardia acababa de cambiar.

—Muchos avistamientos, otra vez —informó un orco que lucía una espantosa cicatriz en la mano.

—¡Espías! —escupió un goblin con un par de dagas sobre el regazo—. Cómo me gustaría atrapar a alguno.

Colmillosauro se alejó de las puertas traseras y se dirigió a los riscos del norte, donde todo parecía estar en orden. Terminó la inspección del Valle de los Espíritus y, una vez en las puertas principales, decidió desviarse de su ruta habitual. Dejó atrás Orgrimmar y caminó rumbo a la costa. Algunos barcos navales de Horda y algunas embarcaciones de comerciantes habían atracado y estaban bajando su carga y reabasteciéndose para sus próximos viajes. Antes solía haber más barcos esperando en los bajíos, pero en estos días, después de las pérdidas contra la Legión, se veían menos naves en el océano.

Colmillosauro notó una figura oscura que caminaba sigilosamente junto a las almenas y lo seguía en dirección al océano.

—Te veo —murmuró. A plena luz del día, era difícil para un espía dejar atrás las puertas de la ciudad sin ser visto. Pero como era de esperarse, la Alianza consideraba que el alto señor supremo Colmillosauro era demasiado importante y debía ser espiado a toda hora.

Ya casi era hora de reportarse ante la jefa de guerra. Colmillosauro atravesó nuevamente las puertas principales. Mientras emprendía el camino de regreso, le pareció oír unas risas que provenían de lo alto de las almenas. Detuvo el paso. Sí, se oía la risa estruendosa de un tauren, seguida por la respuesta a viva voz de una orco y otras carcajadas estrepitosas.

Colmillosauro subió por la escalera más cercana. Fueran quienes fuesen estos guardias, acababan de ofrecerse como voluntarios para servir de ejemplo a los demás.

* * *

Morka Bruggu bebió otro trago y eructó con fuerza.

—Y así fue como conseguí esta cosa vieja. —Golpeó los nudillos contra la placa metálica que llevaba sujeta alrededor del muslo. Estaba a punto de partirse por la mitad, y ella juraba que por las noches seguía brillando con un leve tono verde. No combinaba con el resto de su armadura, pero no había ninguna regla que le impidiera usarla mientras estaba de guardia. Y se la había ganado en buena ley.

—Golpeé la cabeza del señor del foso con mi martillo. —Chocó las manos y se oyó un “¡plaf!”—. Y de repente me di cuenta de que él ya no necesitaría esto.

Los otros guardias de Orgrimmar lanzaron quejas a los gritos.

—¿Se supone que debemos creer que *tú* mataste a un señor del foso? —preguntó el tauren.

¿Cómo se llamaba? ¿Lanagu? Algo así. Todo su cuerpo se sacudió por la risa, y estuvo a punto de perder el equilibrio y caer de las almenas. Había bebido al menos el doble que ella. Esa mañana habían ocultado más de un odre de cerveza para tener a mano.

Morka le apoyó un dedo en la cara. Le golpeó ligeramente la boca, y el tauren se retrajo.

—Nunca dije que lo había vencido *yo sola*, pedazo de idiota con cuernos.

El tauren le apartó la mano con brusquedad y resopló ruidosamente.

—Sigue hablando de mis cuernos. Es obvio que te encantan.

—Me encanta esto —respondió ella, con un gesto que hizo que los demás estallaran en risas histéricas—. Éramos como tres docenas en esa pelea. Al pobre Gurak lo rostizaron y cayó ahí mismo. —Morka bebió un trago más. Y luego otro. Por Gurak. Él lo habría querido así. Pasó el odre hacia la derecha—. El señor del foso estaba en el suelo. Aún respiraba y repetía que Azeroth caería bajo las llamas... ya saben cómo son los demonios. Lo hice callar con mi martillo. Así que sí, técnicamente *yo lo maté*, y en lo que a mí respecta eso me daba derecho a ser la primera en recibir algo del botín.

Lanagu intentó mirar la armadura del muslo con escepticismo, pero no pudo evitar que sus ojos vagaran en diferentes direcciones. Había bebido demasiado, *sin dudas*.

—Es imposible que haya llevado esa placa en las piernas. Sus piernas eran del tamaño de tu... *casa*.

Ella volvió a golpear suavemente su armadura y sonrió.

—La tenía en el dedo. Mi compañero es herrero, así que la remodeló un poco...

—¿*Qué están haciendo, malditos imbéciles?*

El rugido dio por tierra con cualquier respuesta de Morka. Debería haber sentido terror en todo el cuerpo, pero lo único que sentía era la cerveza. Miró hacia la escalera con una sonrisa amplia.

Había reconocido su voz.

—¡Alto señor supremo Colmillosauro! Qué bueno verlo —lo saludó.

Podía sentir débilmente las alarmas que resonaban en su mente. Se había emborrachado en su turno de guardia y probablemente eso no era nada bueno, pero el héroe de su relato de guerra favorito estaba ahí, de pie frente a sus ojos.

—La batalla del Cruce —agregó—. Yo estuve allí con usted. Una victoria contra la Legión Ardiente, ¡*por la Horda!* —Gritó la última frase con todas sus fuerzas. Se sintió feliz al oír el eco que resonaba desde los riscos hasta los límites del Valle de la Fuerza.

La felicidad se diluyó cuando advirtió que ninguno de los demás guardias la había acompañado en su grito de batalla. Todos se veían atemorizados. También Lanagas, o como fuera que se llamara el tauren.

Finalmente vio la expresión de Colmillosauro. Realmente pudo verla.

—El Cruce —dijo Colmillosauro en voz baja—. ¿Estuviste allí?

—Sí, mi señor —respondió con cierta dificultad.

—¿Viajaste a las Islas Quebradas?

—No, mi señor.

—¿Atacaste la Tumba de Sargeran? ¿Te uniste a la lucha en el hogar de la Legión? —La voz de Colmillosauro era cada vez más fuerte.

—No fui invitada —respondió Morka entre hipos. Y agregó nerviosamente—: Mi señor.

Colmillosauro avanzó hacia ella.

—¿No fuiste invitada? ¿Acaso necesitas una *invitación* para cumplir con tu deber? ¡Entonces, considérate formalmente invitada a permanecer *sobria* cuando protejas Orgrimmar!

Le gritó en la cara. Morka ni siquiera se atrevió a parpadear.

Colmillosauro levantó aún más la voz.

—¡O quizá prefieras explicarle tú misma a la jefa de guerra por qué sus guardias están riendo y emborrachándose mientras los espías de la Alianza se sienten como en su casa en nuestra propia ciudad!

Morka dejó escapar las palabras sin poder evitarlo.

—Al diablo con la Alianza y sus espías. No van a impedir que tengamos un poco de diversión.

Colmillosauro la miró asombrado. Y, sin embargo, ¿era una sonrisa lo que se dibujó en su cara? Imposible.

—Entonces, quizá deba pedirles a *ellos* que sean nuestros guardias. ¡No podrían hacerlo peor!

—Colmillosauro le arrancó el odre de cerveza de las manos a Morka. Probó un poco y escupió la bebida con actitud ofendida—. Al menos ellos sabrían cuál es el sabor de la buena cerveza. ¡Preferiría volver a beber sangre de demonio!

Lanzó el odre desde lo alto de las almenas y giró la cabeza hacia uno de los soportes de hierro que sostenían las antorchas a lo largo de las paredes. Solo se necesitaban por la noche, pero las normas exigían mantener las antorchas encendidas sin descanso. La llama de esta se había apagado varias horas antes.

—¡Helada! ¡Qué amables son al oscurecer el camino para que se escabullan los canallas de la Alianza! —Colmillosauro les dio la espalda a los guardias y lanzó un rugido en dirección a la ciudad de Orgrimmar, con la antorcha apagada en alto —. ¿No es así, Alianza? ¿Acaso no merecen un agradecimiento?

Una llama se sacudió suavemente a la altura de la antorcha apagada y luego se desvaneció con el viento.

Colmillosauro la contempló. Morka la contempló. Todos se quedaron contemplándola.

La llama volvió a aparecer y, por un instante, pareció saludarlo en un claro gesto de agradecimiento. Luego desapareció y apenas dejó un débil trazo de humo blanco que casi parecía una burla.

Morka abrió los ojos con asombro. Había un espía de la Alianza observándolos en ese preciso instante. No cabía otra posibilidad. Y acababa de dejarlos en ridículo.

Colmillosauro volvió a poner la antorcha en su lugar y respiró profundamente.

Morka cerró los ojos.

El sermón que siguió le dejó los oídos al rojo vivo. Colmillosauro insultó a sus antepasados, cuestionó la inteligencia de sus compañeros y puso en duda su valor. Dijo que sus cuerpos estaban hinchados de estiércol y a la vez eran tan flexibles que podían realizar los actos más insólitos. Sugirió que habría sido mejor que todos murieran a manos de la Legión antes de deshonorar a la Horda. Incluso lamentó que no se hubieran ofrecido para luchar en primer lugar cuando Sargeraz abrazó a Azeroth, pues sin dudas el Titán oscuro habría huido espantado ante su pestilencia.

Morka estaba segura de que sus palabras pasarían de generación en generación. Mil años después, sus descendientes despertarían por las noches bañados en un sudor frío, con la furia del alto señor supremo resonando en sus cabezas.

Finalmente, la voz de Colmillosauro se volvió áspera como la piedra y les dijo que todos se quedarían ahí durante el próximo turno de guardia. Y el siguiente. Y solo entonces comenzaría a pensar en un castigo apropiado.

Y a continuación, Colmillosauro se marchó.

Los guardias se miraron aturdidos. Luego, regresaron a sus puestos sin pronunciar palabra, todavía tambaleantes, mientras observaban el camino a la ciudad. Si aún estaban vivos, era simplemente porque la vergüenza no mata.

Algunas horas después, Morka se dio cuenta de que Colmillosauro nunca les había preguntado sus nombres. Sintió que el alivio le inundaba el pecho. Después de todo, no podría aplicarles un castigo adicional.



Ya había pasado la hora de la reunión con la jefa de guerra. Colmillosauro caminó de regreso a la ciudad mientras trataba de no sonreír.

¿Los guardias de Orgrimmar se habían emborrachado en su turno de guardia? Como comandante, le parecía una vergüenza. Como sobreviviente, le parecía muy comprensible.

La mayoría de los guerreros de la Horda aún se sentían emocionados por haber vencido a la Legión Ardiente. Todos deberían haber muerto (y muchos soldados valientes habían muerto), pero por algún motivo y gracias a los esfuerzos de algunos fantásticos adalides, su mundo se había mantenido libre. Parecía justo celebrar la vida cuando podría haber terminado tan fácilmente.

De todos modos, había un momento y un lugar para festejar. Esos guardias no volverían a olvidarlo.

No vio a nadie vigilando el Fuerte Grommash. Era extraño, pero no para preocuparse. La jefa de guerra era suficientemente capaz de protegerse a sí misma.

Colmillosauro entró a la sala de guerra. Sylvanas Brisaveloz lo estaba esperando a solas. Eso también era extraño.

—¿Solo nosotros, jefa de guerra? —preguntó.

—Nathanos está afuera —respondió ella—. Se asegurará de que la Alianza no pueda escuchar nada hoy.

—No lo he visto.

—Por supuesto que no —respondió la jefa de guerra.

Se acercó a la gran mesa donde estaba ella, en el centro de la sala. Sobre la mesa descansaba un mapa detallado de Azeroth y sus continentes. Incluso la Isla Errante había sido dibujada con un lápiz de cera: parecía nadar en dirección a las Islas Quebradas. Seguramente los exploradores pandaren estaban felices de saber que ahora podían visitar las islas sin peligro, tras la derrota de la Legión. De todos modos, lo del peligro era relativo.

El mapa mostraba otras marcas más importantes. Se veían las últimas ubicaciones conocidas de las flotas de la Alianza. Nada que sorprendiera a Colmillosauro. Y también algunos lugares en los

que los exploradores de la Alianza se habían enfrentado con goblins cerca de Silithus. La Alianza seguía vigilando las actividades de la Horda allí, pero no había hecho ningún gesto agresivo para recuperar la región. No todavía.

Ninguna de las marcas daba indicio sobre los motivos por los que se había citado a Colmillosauro.

—Tengo una pregunta para ti, alto señor supremo —dijo Sylvanas—. Si te ordenara que destruyas Ventormenta, ¿cómo lo harías?

Colmillosauro permaneció en silencio unos segundos. Se preguntaba si era una broma o si ella trataba de divertirse a sus expensas. La jefa de guerra jamás hacía bromas.

—No comprendo —dijo.

La jefa de guerra tamborileó los dedos sobre el mapa, como si pudiera destruir el centro del poder militar de la Alianza con el pulgar. No estaba sonriendo.

—Es una pregunta sencilla. Supongamos que te ordeno destruir Ventormenta en el día de hoy. ¿Qué harías?

Te desafiaría a un mak'gora, porque significaría que has perdido la razón, pensó. Pero era una pregunta simple, y merecía una respuesta cruda. Podía demostrárselo fácilmente.

En el borde de la mesa había muchas figuras pequeñas talladas en piedra. Cada una representaba una unidad militar diferente. Colmillosauro comenzó a colocarlas en el mapa alrededor de Ventormenta, y en primer lugar se concentró en las fuerzas de la Alianza. ¿Cómo se defenderían contra un asedio? Soldados en las almenas. Balistas y cañones a sus espaldas para frenar cualquier intento de traspasar los muros. Grifos sobre las colinas para interceptar desde el aire los movimientos de los flancos. Barcos en el puerto. Magos en todos los frentes posibles. Ventormenta era una ciudad portuaria con terrenos fáciles de defender.

Luego, Colmillosauro movió las fuerzas de la Horda para desafiar a las de la Alianza. No era un escenario muy alentador.

—No podríamos destruir Ventormenta con un asalto directo, no por tierra. No tenemos suficientes naves para llevar a nuestros ejércitos al Bosque de Elwynn sin que nos ataquen. — Colmillosauro señaló el océano frente a la costa de Ventormenta. El ataque desastroso contra la Costa Quebrada había dejado una alternativa, pero casi imposible de aprovechar—. La marina de la Alianza sigue siendo su punto débil. Podríamos tomarlos por sorpresa. Quizá nuestra flota pueda tomar los muelles. Pero no podríamos tomar la ciudad.

La flota de la Horda también había sido golpeada. Aunque pudieran vencer a la flota de la Alianza, lo que cuando menos era muy debatible, de todos modos tendrían el mismo problema que al atacar por tierra: no había suficientes naves para transportar una fuerza terrestre que pudiera tomar la ciudad y resistir. Cualquier asalto por tierra en Ventormenta estaba destinado al fracaso.

—Ellos enviarían las defensas de los muros al puerto y repelerían nuestro ataque —concluyó.

—Estoy de acuerdo —dijo Sylvanas—. Sería un desastre. Tengo la esperanza de que pronto tengamos una ventaja sobre la Alianza en el mar, pero incluso así toda nuestra flota tendría que volcarse al ataque. Cualquier otra nación de la Alianza podría invadir nuestros territorios en represalia y no podríamos detenerlos. Sabiendo todo eso, ¿cómo destruirías Ventormenta, alto señor supremo Colmillosauro?

Colmillosauro refrenó el tono de su voz.

—¿Quieres que te mienta, jefa de guerra? ¿Quieres que te diga que es posible aunque no sea así?

—No. —Los ojos encendidos de Sylvanas se clavaron en los suyos—. No pienses en Ventormenta como el primer objetivo. Piensa en Ventormenta como el objetivo final. ¿Cómo llegarías allí?

Colmillosauro sintió que un escalofrío le corría por la espalda.

—Es un camino largo y sangriento.

—*Lok-tar ogar* —respondió ella.

Colmillosauro sintió que su mente se nublaba de furia. Sabía que no lograba disimularla, pero tampoco le importaba.

—¿Acaso tienes tantos deseos de iniciar otra guerra? ¿Después de todo lo que hemos visto? —De un golpe, arrojó las figuras de piedra de la mesa y cayeron por toda la sala de guerra. Al contraerse, sus labios dejaron ver los colmillos y los dientes. Se necesitarían mil batallas, no, mil *victorias* para pensar siquiera en un triunfo total de la Horda frente a la Alianza. El costo sería devastador. ¿Y cuál sería la recompensa? ¿Derramar un poco de sangre de la Alianza y quemar algunas ciudades? Oh, ya se imaginaba cómo celebraría la Horda mientras recogían las cenizas de sus hogares y los restos de los seres queridos perdidos en la lucha—. Tú no eres Garrosh Grito Infernal. ¿Por qué quieres llevar a la Horda nuevamente a una masacre?

Los ojos de Sylvanas no vacilaron, incluso frente a su furia.

—Si dedico todos mis esfuerzos a lograr la paz con la Alianza, ¿duraría un año?

—Sí —respondió bruscamente Colmillosauro.

—¿Qué te parece dos años? ¿Cinco? ¿Diez? ¿Cincuenta?

Colmillosauro sintió que estaba cayendo en una trampa que no le gustaba.

—Pelemos codo a codo contra la Legión Ardiente. Eso crea lazos que no se rompen fácilmente.

—El tiempo rompe *cualquier* lazo. —Sylvanas se inclinó sobre la mesa. Sus palabras perforaron el aire como flechas—. ¿Y? ¿Qué crees? ¿La paz durará cinco años o cincuenta?

Colmillosauro también se inclinó hacia adelante. Sus caras estaban a centímetros de distancia. Ninguno de los dos parpadeó.

—Lo que yo creo no importa, jefa de guerra. ¿Qué es lo que *tú* crees?

—Creo que los exiliados de Gilneas nunca perdonarán a la Horda por haberlos desterrado. Creo que los humanos que quedaron con vida en Lordaeron piensan que es una blasfemia que mi pueblo aún domine su ciudad. Creo que la antigua división entre nuestros aliados de Lunargenta y su linaje en Darnassus no sanará fácilmente. —En la cara de Sylvanas se dibujó una sonrisa. Pero no era una sonrisa agradable.

—Creo que la tribu Lanza Negra no ha olvidado quiénes los echaron de sus tierras —continuó—. Creo que todos los orcos de tu generación recuerdan haber estado prisioneros durante años en campamentos asquerosos, mientras los inundaba la desesperación y sobrevivían con la basura que dejaban los humanos. Creo que cualquier humano recuerda los relatos de la terrible Horda que causó tanta destrucción en su primera invasión, y creo que culpan a todos los orcos por eso, sin importar lo que tú y tu gente hayan hecho por redimirse. Y recuerdo muy bien que mis primeros renegados y yo alguna vez fuimos ciudadanos leales de la Alianza. *Dimos la vida* por ese estandarte, y como recompensa fuimos cazados como alimañas. Creo que no habrá paz permanente con la Alianza, a menos que la ganemos en el campo de batalla y en nuestros términos. Y como creo eso, te pido que respondas, Colmillosauro: ¿qué sentido tiene postergar lo inevitable?

Por todos los espíritus, qué fría es.

Durante unos segundos reinó el silencio. Cuando Colmillosauro habló, su voz se había serenado.

—Entonces debemos hablar de cómo prepararnos para la próxima guerra, y no de iniciarla hoy.

—Es lo que estamos haciendo —respondió la jefa de guerra—. Colmillosauro, eres la única criatura viva que conozco que ha conquistado Ventormenta y *también* Orgrimmar. Dices que es imposible lanzar un ataque directo contra Ventormenta con el estado actual de nuestras fuerzas. ¿Sucede lo mismo con la Alianza? ¿Tenemos suficientes defensas naturales en Orgrimmar para repeler un asalto por sorpresa?

—*No* —respondió Colmillosauro al instante. Luchaba contra ese pensamiento, pero cualquier contraargumento que pudiese imaginar perdía fuerza de inmediato. Orgrimmar era un lugar más expuesto que Ventormenta. Su puerto estaba fuera de los muros de la ciudad y eso la volvía vulnerable. La guerra civil contra Garrosh Grito Infernal lo había demostrado. No sería fácil volver a entrar en Orgrimmar por la fuerza (Colmillosauro había pasado años asegurándose de eso) pero de todos modos era posible, y él sabía cómo podía suceder. *Atraen a nuestra flota, envían tropas a Durotar y también a Azshara, aíslan la ciudad, inician el asedio desde dos direcciones, esperan a que en la ciudad reine la hambruna...*

—Es mi deber evitar que eso ocurra, jefa de guerra.

—¿Y si ocurre?

Colmillosauro rio amargamente.

—Entonces la Horda irá a la batalla y morirá con honor ese día, porque nuestra única posibilidad será una muerte lenta entre estos muros.

Sylvanas no acompañó su risa.

—Es mi deber evitarlo.

—El muchacho de Ventormenta no iniciará una guerra mañana —respondió Colmillosauro.

La jefa de guerra bajó la mirada.

—¿Aunque Genn Cringris lo convenza? Ya veremos.

Colmillosauro tuvo que admitir que eso *sí* era una preocupación. En medio de la lucha contra la Legión Ardiente, Cringris había enviado una misión para asesinar a Sylvanas. Algunas de las pocas aeronaves que le quedaban a Ventormenta habían sido destruidas en el intento.

Los rumores decían que Cringris había ordenado el ataque sin el permiso de Anduin, pero hasta donde Colmillosauro sabía, no había sido castigado. Las implicaciones eran inquietantes, y cualquier posible explicación llevaba a la misma conclusión: el viejo huargen siempre impulsaría a la Alianza a entrar en guerra con la Horda.

Los ojos de Sylvanas se encendieron.

—Y el muchacho se está convirtiendo en un hombre. ¿Qué sucederá si ese hombre decide que su única opción es iniciar una guerra contra nosotros?

Señaló el mapa. Había una marca de gran tamaño en Silithus, el lugar en el que la espada del Titán oscuro había perforado el mundo.

—Haga lo que haga, *esto* es lo que cambiará el equilibrio de poder. Llegan noticias de avistamientos de azerita de todo el mundo, Colmillosauro. Aún no conocemos todo su potencial, y

tampoco lo conoce la Alianza. Solo sabemos que dará lugar a una nueva dimensión de conflictos bélicos. ¿Cómo serán las guerras dentro de veinte años? ¿Y dentro de cien?

La voz de Colmillosauro se había reducido a un leve gruñido.

—Cien años de paz es una meta que vale la pena. —Pero apenas terminó de pronunciar estas palabras, se arrepintió de lo que había dicho. Sabía lo que diría Sylvanas.

Y él estaría de acuerdo.

La jefa de guerra confirmó sus pensamientos.

—Si esos cien años de paz terminan con una guerra que aniquila a las dos facciones, no habrá sido una meta que valga la pena. Habrá sido el regateo de unos cobardes que negocian el futuro por un poco de comodidad momentánea. Los hijos de la Horda, y los hijos de sus hijos, maldecirán nuestra memoria mientras mueren bajo las llamas. —Su voz se suavizó, pero solo un poco—. Si la vida fuera un poco piadosa, tú y yo viviríamos en paz por el resto de nuestros días. Los dos hemos visto suficientes guerras, pero ninguno ha visto la última.

En eso estamos de acuerdo.

—¿Ya te has decidido, jefa de guerra? ¿Nos llevarás a la guerra? ¿A pesar de los costos?

—Vislumbro una oportunidad. Necesito un plan para lograrlo —respondió Sylvanas.

—¿Y si no puedo elaborar un plan?

—Entonces no haremos nada, desde luego.

—Entonces explícame cuál es esta “oportunidad”, jefa de guerra —dijo Colmillosauro—. Porque yo no la veo.

—Claro que sí. Ya la has mencionado —afirmó ella—. ¿Por qué es imposible invadir Ventormenta hoy?

—No tenemos suficientes naves. —Colmillosauro la contempló con recelo mientras analizaba las consecuencias. *¿Cómo podía ser eso una oportunidad?*—. Podemos usar nuestros barcos para el transporte o para la guerra, pero no para las dos...

La respuesta se le apareció con tanta fuerza que estuvo a punto de tambalearse. Se le doblaron las rodillas y tuvo que sujetarse de la mesa con los dos brazos. Tras unos segundos, levantó la vista para volver a mirar a Sylvanas, palideciendo.

La jefa de guerra lo había guiado hacia una verdad que él no había visto antes. Sintió que el mundo había cambiado por completo. Solo unos segundos atrás, estaba seguro en lo más profundo de su ser de que la guerra era imposible.

Y ahora...

—Comprendes, ¿verdad? —le preguntó Sylvanas en voz baja.

No dijo nada. No podía hablar. Se había concentrado tanto en *defender* a la Horda de la Legión que no había reparado en las consecuencias de esa guerra.

Durante años, había habido algo así como una disputa entre la Alianza y la Horda. Ambos lados eran fuertes y tenían fuerzas desplegadas por todo el mundo. No podía ejecutarse ninguna acción sin sufrir una represalia inmediata. Por eso Varian Wrynn había decidido no destruir a la Horda después del Asedio de Orgrimmar. Sabía cuántas vidas le costaría a su pueblo llevar adelante esa empresa. Y en retrospectiva, eso habría significado la muerte de Azeroth, pues la supervivencia del mundo había demandado toda la fuerza de la Horda y de la Alianza.

Pero la Costa Quebrada había alterado ese equilibrio, sin lugar a duda. El desastroso contraataque contra la Legión había destruido una enorme parte de las flotas de ambas facciones, y los meses de guerra que siguieron solo habían empeorado el problema. La Horda y la Alianza aún conservaban posiciones fuertes en todos los continentes, pero ya no tenían los medios para reforzarlas o llevar sus tropas a otro frente.

Hasta que nuestras flotas se reconstruyan, nadie reinará en alta mar.

Eso tardaría años en cambiar. Una vez que sucediera, era verdad que la disputa volvería. Y emprender la guerra tendría un costo muy alto.

Y por todos los espíritus, Sylvanas estaba en lo cierto aunque Colmillosauro tratara de negarlo con todas sus fuerzas. La guerra regresaría algún día. Y si las dos facciones recuperaban sus fuerzas, esa guerra arrasaría con naciones enteras. ¿Cuántos pueblos de Azeroth se extinguirían en esa lucha?

Pero ahora, antes de todo eso, las dos facciones tienen puntos débiles y un tiempo limitado para aprovecharlas. A cambio de un precio, podemos sobrevivir.

—Crees que podemos asegurar Kalimdor —dijo Colmillosauro—. Todo el continente.
—No era una pregunta. El punto fuerte de la Alianza se concentraba en los Reinos del Este. El de la Horda, en Kalimdor.

Sylvanas inclinó levemente la cabeza.

—Sí.

Colmillosauro ya estaba analizando la idea. ¿Dónde tendría que golpear la Horda? ¿El Monte Hyjal? ¿La Isla Bruma Azur? No. El verdadero centro del poderío militar de la Alianza era otro. Era el lugar en el que las fuerzas se organizaban y podían proyectarse al resto del continente.

—Darnassus —susurró—. Teldrassil, el Árbol del Mundo. Jefa de guerra, incluso aunque sea posible...

—¿Es posible? —preguntó ella—. Si enviamos un ejército a la Costa Oscura para capturar el Árbol del Mundo, ¿la Alianza podría detenernos?

No. No si el ataque los toma por sorpresa. No si la Horda puede evitar las complicaciones en Vallefresno...

—Alto señor supremo —insistió Sylvanas—, dime lo que piensas. ¿Es posible?

—Es posible —respondió Colmillosauro con lentitud—. Pero habrá consecuencias graves.

—Así es.

—Ganaríamos una batalla, no la guerra —agregó Colmillosauro—. Si alteramos el equilibrio de fuerzas, la Alianza responderá con la misma moneda. Nuestras naciones en los Reinos del Este serían vulnerables a cualquier represalia.

—Especialmente mi pueblo —respondió Sylvanas.

Se alegraba de que ella lo hubiera dicho, y no él. Cuando la Alianza atacara, ¿qué otro objetivo exigiría Cringris que no fuera la sede de poder de Sylvanas?

—No sé si puedo proteger a Entrañas, no mientras la Alianza se una contra nosotros.

—¿Y si no fuese así? —Sylvanas volvió a sonreír—. ¿Y si estuvieran divididos?

Entonces ganaría la Horda.

—¿Cómo podría pasar algo así? Si lanzáramos un ataque sorpresa contra el hogar de los elfos de la noche, toda la Alianza buscaría vengarse.

—Al principio, sí. Estarán furiosos, unidos ante nuestra agresión —respondió Sylvanas—. ¿Pero qué es lo que más desearán los elfos de la noche? Exigirán que la Alianza los ayude a reconquistar sus tierras.

Pero la Alianza no tendrá la fuerza suficiente. No en Kalimdor, no con sus flotas.

Otra vez. Lo había hecho otra vez. La jefa de guerra le había abierto la mente a una nueva posibilidad y el mundo volvía a temblar bajo sus pies. Las posibles consecuencias estratégicas giraban frente a sus ojos como la VoráGINE.

—Pasarán años antes de que puedan siquiera pensar en reconquistar Darnassus.

—Ahora lo comprendes, alto señor supremo —dijo Sylvanas—. Piensa con cuidado. ¿Qué sucedería luego?

—Podrían intentar conquistar Entrañas... Pero tendríamos a Darnassus de rehén para evitarlo. Los elfos de la noche no permitirán que *tu* ciudad caiga si eso significa que destruirás *su* ciudad. Lo mismo vale para un ataque contra Lunargenta. —Los pensamientos de Colmillosauro se aceleraron. *Tiene razón. Podría funcionar*—. Incluso si la Alianza decide reconquistar Darnassus... ¡Los gilneanos!

Los ojos de Sylvanas desaparecieron tras los bordes de su caperuza.

—Perdieron su nación hace años. Los gilneanos se pondrán furiosos si la Alianza actúa para ayudar primero a los kaldorei —afirmó—. El muchacho de Ventormenta tendrá una crisis política en sus manos. Es inteligente, pero carece de experiencia. ¿Qué sucederá cuando Genn Cringris, Malfurion Tempestira y Tyrande Susurravientos le exijan acciones diferentes? No es un gran rey como su padre. El respeto que le profesan es solo una cortesía, no una obligación. Anduin Wrynn se convertirá rápidamente en un líder que no puede actuar. Si la Alianza no avanza unificada, cada nación actuará en función de sus propios intereses. Cada ejército regresará a su hogar para proteger sus tierras de nosotros.

—Y así es como se derrota a Ventormenta. —Colmillosauro estaba pasmado. Era brillante. Para destruir a la Alianza no se necesitaban mil victorias. Solo se necesitaba una. Con un solo golpe estratégico, la presión sobre la Alianza la paralizaría durante años, siempre y cuando no logran conjurar un milagro en el campo de batalla—. A la Alianza se la destruye desde adentro. Su poderío militar no sirve de nada si sus miembros actúan por separado. Luego firmaremos la paz con cada una de las naciones y las apartaremos de la Alianza, una a una.

—Si quieres que tu enemigo sangre hasta morir, debes infligirle una herida que no pueda sanar. Por eso necesito que tú elabores el plan, alto señor supremo —dijo Sylvanas—. Cuando nuestro ataque se inicie, no habrá vuelta atrás. Solo podremos dividir a la Alianza si la guerra para conquistar Darnassus no los une contra nosotros. Eso solo sucederá si la Horda obtiene una victoria honorable. Y no soy ciega: la Horda no confía en mí para librar una guerra de esas características.

Nuevamente estaba en lo cierto. Colmillosauro eligió cuidadosamente sus siguientes palabras.

—Llevará tiempo preparar esto. Quizá ni siquiera sea posible, no mientras la Alianza vigila cada uno de nuestros movimientos.

La sonrisa de Sylvanas se hizo más ancha.

—Creo que sus espías pronto se convertirán en nuestro mejor recurso.

SEGUNDA PARTE:
LA MARCHA HACIA SILITHUS

Colmillosauro despertó de un salto al oír un ruido afuera de su habitación. Olió sangre. Olió a un enemigo.

La Alianza ha venido por mí.

Con un solo movimiento, tomó la daga apoyada sobre las sábanas y dibujó un tajo a la altura de las rodillas. Cualquier persona que hubiera estado parada junto a su cama habría quedado mutilada.

Pero la hoja solo tocó el aire. Estaba solo.

Una cara se asomó por la puerta.

—Buenos días, alto señor supremo —saludó su visitante. Y agregó con frialdad—: Buen golpe.

—Aún mantienes ese horrible olor a humano. —Colmillosauro bajó su daga—. Es peligroso.

Nathanos Clamañublo apenas sonrió y no se movió de su lugar.

—Tenemos que hablar.

Colmillosauro se calzó unos pantalones cómodos y fue a su encuentro. Estaba a punto de amanecer, y el cielo ya se había iluminado. De todos modos habría tenido que levantarse muy pronto.

—¿Qué sucede? —preguntó.

Nathanos se rascó la barbilla. Fue un gesto extraño, como si aún no pudiera acostumbrarse a la forma de su cara. Colmillosauro nunca había preguntado cómo se le había dado un nuevo cuerpo al forestal de los renegados. Y tampoco estaba seguro de querer saberlo. De todos modos, no recibiría una respuesta honesta.

—Detectamos a cinco espías de la Alianza durante la noche.

Colmillosauro gruñó. Solía hacerlo muy seguido últimamente.

—¿Y?

—Dos de ellos intentaban escalar las torres hasta aquí, hasta tus aposentos.

—Mmm... —Eso *sí* era raro. Aunque probablemente solo querían echar un vistazo a las cartas que Colmillosauro podía tener en su habitación—. Si tuvieran órdenes de llevar mi cabeza, habrían enviado a más. ¿Subieron hasta aquí?

Nathanos negó con la cabeza.

—Yo me ocupé del asunto.

—¿Ah, sí? —Colmillosauro notó dos manchas en la capa azul del renegado que aún no se habían secado. Con un movimiento rápido, le arrebató la daga que llevaba en el cinturón. Nathanos entrecerró los ojos, pero no opuso objeción. El forestal de los renegados había limpiado la hoja antes de guardarla, pero no por completo.

Colmillosauro mostró los dientes. *Por eso yo olía sangre.*

—¿Los mataste a los dos?

Nathanos tomó la daga y desvió sus ojos rojos.

—A uno. Un humano. No pudo decirme mucho. —Eso significaba que había torturado al espía antes de matarlo—. El otro era un kaldorei, creo. Saben moverse por la noche. Ese escapó.

—Bien —dijo Colmillosauro secamente—. Necesitamos que los de la Alianza crean que tienen el control. La jefa de guerra te ha dicho que no caces a sus espías. Obedécela.

—No encontrarán su cuerpo —respondió Nathanos.

—No hace falta. —Los espías solo desaparecían por dos motivos: o se unían al enemigo o eran asesinados. Y ningún humano se uniría a la Horda. *Ningún humano vivo*, se corrigió—. Si vuelves a acercarte a uno, déjalo escapar, ¿entiendes? Finge que no pudiste alcanzarlo.

—Sí, mi señor. —Nathanos inclinó la cabeza con calma—. Tus conversaciones con la jefa de guerra, ¿marchan bien?

Colmillosauro bajó la voz.

—¿Qué te ha dicho?

Nathanos no dijo nada. Era suficiente como respuesta. *No le dijo nada.*

Colmillosauro se inclinó para acercarse y lanzó un gruñido.

—Sabes que no debes preguntar acerca de estos temas en un lugar expuesto.

Nathanos no se movió.

—No hay nadie escuchando. Si yo estoy parado junto a ti o protegiendo la habitación en la que te encuentras, la Alianza no oirá tus palabras. Puedes dar por sentado que estarán oyendo todo lo demás.

Lo suyo no era arrogancia. Nathanos tenía la habilidad de ir a lugares en los que no querían su presencia y erradicar a otros que intentaban hacer lo mismo. También era el consejero más cercano a la

jefa de guerra. Si de verdad no sabía nada, eso era una buena señal. Significaba que Sylvanas había sido sincera y realmente dejaba este asunto en manos de Colmillosauro.

Así que Colmillosauro decidió usarlo.

—Silithus —dijo.

Nathanos lo miró de costado.

—¿Qué pasa con Silithus?

—Silithus —repitió Colmillosauro—. Ten presente ese nombre, pero nunca lo pronuncies en voz alta.

Nathanos giró y quedó frente al orco.

—Las tierras que rodean la espada están protegidas, ¿verdad? ¿Ha sucedido algo?

—No. Tú te encargaste de que Silithus y todos sus depósitos de azerita estuvieran en manos de la Horda —respondió Colmillosauro con rapidez—. Querría que eso siga así. En unos días enviaré a varios cientos de soldados al sur. Ellos controlarán el camino y fortificarán nuestras defensas en el lugar donde está la espada.

Era claro que Nathanos sospechaba de sus palabras, pero le siguió el juego.

—¿Controlarán el camino? ¿Para quién? ¿Cuántos más enviaremos?

—¿Cuántos crees que sería adecuado?

—Ninguno —contestó el renegado de inmediato—. La Horda no debería malgastar sus ejércitos para proteger un desierto que la Alianza no tiene intenciones de invadir. Significaría dividir nuestras fuerzas mientras el enemigo merodea en nuestra ciudad.

Colmillosauro se encogió de hombros ligeramente.

—Quizá la jefa de guerra esté de acuerdo contigo. O quizá de todos modos yo envíe allí a los soldados en un mes.

El orco observó detenidamente a Nathanos. El no-muerto parpadeó una vez, dos veces, y finalmente asintió con la cabeza.

—Quizás eso no me haga muy feliz. Pero en pos de servir a la Horda, tal vez no diga nada. Excepto en ciertas ocasiones. Es posible que muestre mi frustración con demasiada frecuencia, cuando los ojos del enemigo pueden verla.

Lo comprende.

—Pero lo más importante —dijo Colmillosauro— es que la Alianza se preguntará por qué los soldados marchan *ahora*. Se preguntarán qué fue lo que me motivó a ejecutar esta acción. Toda la Horda también se preguntará lo mismo. Habrá interrogantes y correrán rumores. La Alianza hará todo lo posible por averiguar la verdad.

Nathanos entrecerró los ojos. Si hubiera habido una respuesta a esas preguntas, si la Horda hubiera descubierto un motivo acuciante para marchar a ese lugar, él ya lo sabría.

—Y cuando no puedan encontrar una respuesta, incluso a pesar de su ejército de espías, se sentirán inquietos.

—No puedo predecir cómo se sentirán —respondió Colmillosauro—. Pero harán algo. Quizás eso sea una oportunidad.

—No es un gran plan —observó Nathanos, aunque no pudo evitar que sus labios esbozaran una leve sonrisa—. De todos modos es una estrategia entretenida. Prefiero que sea así.

Sin más, giró y se marchó por las escaleras de la torre. Ahora eran tres en Orgrimmar los que comprendían el engaño que intentaría elaborar Colmillosauro. Ese círculo se extendería un poco en las próximas semanas, pero solo un poco. No podía ser muy grande.

Para conquistar Darnassus, Colmillosauro necesitaría movilizar a la Horda hacia la guerra. Miles de tropas se prepararían para una marcha larga, reunirían una infinita cantidad de suministros, y se aprontarían para la batalla de innumerables formas. No podría ocultarle eso a la Alianza. Imaginaba a medias que Ventormenta llevaba la cuenta de los soldados y suministros de la Horda mejor que él. Incluso esperaba que el enemigo siguiese a la Horda en cada etapa del viaje para tratar de aprovechar cualquier oportunidad para sabotear los ejes de los carros, destruir armas y otras tonterías similares.

Pero entonces, ¿cómo hacer para conservar el factor sorpresa del ataque?

Logrando que los servicios de inteligencia de la Alianza lleven información errónea, había dicho Sylvanas.

Y tenía razón. Para que esta campaña tuviera éxito, era necesario que los espías de la Alianza se convirtieran en el mejor recurso de la Horda. Era necesario que contaran en Ventormenta que la Horda se dirigía hacia el sur, no hacia el oeste, y que se estaba preparando para una guerra que duraría años, no semanas.

Era tiempo de ponerse a trabajar.



El intendente Nargol contempló la hoja de papiro con una mirada de creciente horror.

—¿Quién envió esta lista?

—El alto señor supremo Colmillosauro —respondió el mensajero trol.

El orco se rascó la barbilla.

—Pide más de lo que tengo. Tendré que reasignar nuestros cargamentos de comida, y para el transporte tendré que pagarles *mucho* a los mercaderes por sus carros. Los herreros deberán trabajar noche y día. Incluso así, demoraré dos meses en reunir todo esto. —*Y eso ya sería un milagro.*

—Tienes un mes —dijo el trol.

—¿*Qué?* —Nargol volvió a mirar el papiro. Eran suficientes suministros para alimentar a la mitad del ejército de la Horda durante un año—. ¿Qué es lo que está planeando Colmillosauro?

El trol se limitó a encogerse de hombros.



Milagrosamente, la explosión no había matado a nadie. La forja había comenzado a lanzar chispas, silbidos y filtraciones de metal fundido, pero les dio tiempo suficiente a todos para alejarse corriendo antes de estallar con violencia y atestar el Yunque Ardiente con metralla al rojo vivo.

El maestro herrero Saru Furiacerada había salido ileso, pero verborrágico.

—Uno de mis aprendices debe haber dejado laja vil en el fuego durante mucho tiempo. Ya saben cómo se pone ese acero del demonio.

El ruido había sobresaltado a media ciudad y había causado daños graves en el interior de la edificación. Pronto empezaron a surgir especulaciones sobre la posibilidad de que la forja hubiese sido sabotada por la Alianza.

—Tonterías —le decía el maestro Furiacerada a quien quisiera escucharlo—. Fue uno de mis estúpidos aprendices. Todos cometemos errores alguna vez.

Hasta el alto señor supremo Colmillosauro se había acercado para inspeccionar los daños.

—Orgrimmar honra a cada herrero y a todas sus forjas —anunció—. Por lo tanto, me encargaré de que todo sea reparado a nuevo en menos de una semana.

Colmillosauro incluso lo había prometido por escrito. *Cada fragmento de azerita que se haya perdido en la explosión será reemplazado muy pronto.*

El maestro Furiacerada estaba confundido. Con gusto aceptaría cada gramo de azerita que le dieran, pero no había azerita en la forja ese día. Estaba seguro. Colmillosauro debía tener información incorrecta.

Pero por otra parte, pensó, sería muy bueno para mi reputación que todos piensen que soy el único herrero de Orgrimmar que sabe trabajar la azerita.

Guardó la nota en una funda de cuero oculta detrás de un panel ubicado debajo de su forja favorita. Unos días más tarde, notó unas marcas en el panel, como si alguien lo hubiera forzado a abrirlo y ver su interior. Pero era algo muy improbable. No habían robado nada. Todo, incluso la nota, estaba exactamente en el lugar en el que Furiacerada recordaba haberlo dejado.

Bueno, quizá la nota estaba en el bolsillo incorrecto, pero...



Sylvanas Brisaveloz respiró hondo y luego resopló con frustración.

—Si no tenemos otra opción, me encargaré yo misma.

Colmillosauro no dijo nada por unos minutos. Era una mala idea, pero por el momento parecía ser la mejor que se les había ocurrido.

Colmillosauro y Sylvanas habían pasado días analizando estrategias y tácticas, y estaba claro que su plan tenía dos puntos débiles enormes e inevitables: Malfurion Tempestira y Tyrande Susurravientos. Los líderes de los elfos de la noche eran poderosos y peligrosos, y quizás incluso invencibles en el campo de batalla. Aunque el ataque fuera toda una sorpresa para los kaldorei, esos dos serían un verdadero terror para la Horda cuando se iniciara la lucha. Habían vivido tanto tiempo y habían sobrevivido a tanto que Colmillosauro se veía obligado a considerar la posibilidad de que pudieran resistir a la Horda lo suficiente para que la Alianza enviara ayuda. En definitiva, Vallefresno era su territorio. Podían usar a la naturaleza misma como ayuda.

Sylvanas podía hacer frente a alguno de ellos, quizás, pero incluso ella sabía que encargarse por sí misma no era precisamente... una táctica ideal. Y la difusión de información errónea no parecía ser de mucha utilidad para resolver el dilema. ¿Qué información falsa se les podía dar a los espías de la Alianza para que en Darnassus llegaran a la conclusión de que *sus dos* líderes debían permanecer alejados de la guerra cuando se iniciara?

—Esperaremos una oportunidad —susurró Colmillosauro—. Y si nos la otorgan, la aprovecharemos.

Sylvanas estuvo de acuerdo.

Siguieron reuniéndose todos los días. Los demás debían notarlo, para que se necesitara una explicación. Colmillosauro procuró elaborarla cuidadosamente. Jamás hablaba mal de la jefa de guerra y le profesaba lealtad abiertamente, tal como debía hacerlo un orco honorable. Pero también se aseguraba de salir de cada reunión con una actitud de perturbación y humillación.

La estrategia rindió sus frutos. Sylvanas le mostró un pergamino de un espía de Ventormenta.

—La Alianza sospecha que tú y yo pasamos los días peleando como perro y gato —le dijo. Y agregó, con un dejo de ironía—: Creen que me presionan para iniciar acciones militares a pesar de mis reparos.

Según parecía, Nathanos se había superado a sí mismo con sus quejas fingidas. Los espías buscaban información oculta, no creían en nada de lo que oían. No se engañaba a un espía diciéndole una mentira en la cara. Para engañar a un espía había que enterrar una mentira a tanta profundidad que para desenterrarla se requiriera un esfuerzo enorme y un riesgo personal. Era natural creer que los secretos que un enemigo intentaba ocultar desesperadamente eran los que guardaban la verdad. Todos los informes que los espías enviaran a sus superiores debían estar teñidos de esa creencia.

Y resultaría fácil creer que Colmillosauro se sentía fastidiado bajo el mando de Sylvanas Brisaveloz, porque en cierto modo era así. Sería fácil creer que el viejo orco estaba ansioso por derramar sangre en el campo de batalla y que en cambio la Reina alma en pena solo quería lograr alguna ventaja trabajando en las sombras, porque así era como los dos habían conducido las guerras en el pasado. No se parecían en nada. Tenían distintos orígenes, veían el mundo de maneras muy diferentes. No sería una sorpresa para nadie que pasaran los días discutiendo.

Incluso cabía la posibilidad de que la Alianza creyera que Colmillosauro solo quería ir a Silithus para alejarse de ella.

Y si la Alianza creía eso, ¿qué harían con el resto de la información que recibían?



—¡Quien mate a un espía de la Alianza recibirá mil monedas de oro! —bramó Colmillosauro.

Un murmullo de estupefacción se esparció por las filas de los guardias de Orgrimmar formados frente a él. Jamás se les había ofrecido una recompensa tan grande.

—Esta es *nuestra* ciudad. Pero si la Alianza insiste en permanecer aquí, les demostraremos que somos anfitriones muy generosos —agregó Colmillosauro en tono de burla. Hizo un movimiento con el brazo y señaló el Fuerte Grommash a sus espaldas. Una docena de picas sobresalían por encima de

la torre, a unos veinte metros de altura—. Allí es donde colgaremos sus cabezas. ¿Qué mejor vista de Orgrimmar podrían tener?

Los guardias susurraban entre sí con agitación. Colmillosauro comprendió que muchos de ellos ya estaban pensando en cómo gastar las monedas de oro. Era una pena. Probablemente no se usaría ni una sola de esas picas.

Y seguramente la Alianza notaría algo más: solo unos días antes, la jefa de guerra había ofrecido quinientas monedas de oro por *capturar* espías. Colmillosauro estaba duplicando la recompensa, pero exigía la muerte de los espías, no solo su captura. Buscaba aumentar la tensión, y para lograrlo en cierto modo estaba desafiando a su jefa de guerra. Una señal de distanciamiento entre la líder y su comandante era la mejor noticia que un agente de espionaje podía llevar.

Sylvanas se había sentido complacida.

—Aprendes las formas del engaño rápidamente, alto señor supremo —le dijo—. ¿Pero cuál será el próximo paso? ¿Una señal que le indique al mundo que la grieta entre tú y yo se ha ampliado?

—¿Tienes algo en mente? —preguntó Colmillosauro.

—Tú y Nathanos deben pelear a los golpes. En público.

Colmillosauro estaba encantado con la idea.

—Debemos advertirle. Si cree que peleamos de verdad, quizá me obligue a matarlo.



Nathanos levantó la cabeza.

—¿Con cuánta *fuerza* podré golpearte, alto señor supremo?



—¡Guardias! ¡Guardias! ¡Ayuda! —gritó Morka.

Atrapé a uno, pensó con una alegría desbordante. *Atrapé a un espía*.

Morka había notado un leve brillo en una sombra cercana. Había lanzado su escudo y había logrado golpear al pícaro.

Ahora, el gnomo se retorció bajo su mano. Gruñía y se sacudía con más fuerza que la que le corresponde a una criatura de su tamaño. Tenía una capa negra enrollada alrededor de la cabeza y su daga había caído fuera de su alcance.

¡Por todos los espíritus, qué escurridizo es! Morka usó el peso de su cuerpo para sujetar al gnomo contra el suelo, sin prestar atención a las marcas que le hacía en el brazo con las uñas. El repiqueteo de unos pasos anunciaba que pronto llegarían los refuerzos. Luchaba por sacar una de sus pequeñas hachas del cinturón, pues esperaba poder cortarle la cabeza antes de que otros se quedaran con su premio.

—Esto será rápido —susurró irónicamente junto a la oreja del gnomo—. Hay una pica esperando...

Sintió que le apoyaban el filo de una hoja en la garganta.

—Suéltalo. Lentamente —dijo una voz.

Por supuesto, había más. Sintió el olor a humano. La hoja le presionó el cuello con tanta fuerza que comenzaron a brotar gotas de sangre. Un movimiento más, y las venas se le abrirían en dos. La muerte sería inevitable.

—Hazlo *ahora* —insistió la voz.

Mostró los dientes, pero lo cierto era que la habían atrapado. Soltó al gnomo, que corrió a toda velocidad sin mirar atrás y se perdió en las sombras.

La voz del humano siguió hablando.

—Ahora, da un paso atrás y...

Morka le tomó la muñeca y jaló con fuerza. El cuchillo cayó al suelo.

Sin embargo, el atacante arrojó polvo frente a sus ojos con la otra mano. El polvo se encendió en llamas y el fogonazo la encegueció y la dejó sorda. Rodó por el suelo mientras se apretaba las orejas con las manos, incapaz de oír sus propios gritos. Cuando otras manos la tomaron por los hombros un momento después, luchó con todas sus fuerzas hasta que se dio cuenta de que eran las manos de un orco y un tauren. Aliados. Amigos. La pusieron de pie y esperaron a que se le disipara la confusión.

Una neblina rojiza flotó frente a los ojos de Morka. Su alma se debatía entre la vergüenza, la furia y la humillación.

—Escaparon —gruñó.

Los otros salieron a la carrera para buscar a los espías. Ella permaneció allí sentada, furiosa consigo misma, tratando de sacudirse el mareo mientras otro guardia le vendaba las heridas del cuello y el brazo.

El cuchillo del humano aún yacía en el suelo, así que lo tomó y comenzó a inspeccionarlo. Qué extraño. Era el acero de Orgrimmar. *¿Por qué un humano tendría esto?*

La siguiente hora pasó rápido. Morka permaneció inmóvil mientras examinaba el cuchillo, hasta que un oficial la encontró.

—El alto señor supremo Colmillosauro desea hablar contigo —anunció Nathanos Clamañublo. Morka no lo había visto antes personalmente, pero conocía su reputación y su voz le pareció familiar. Parecía renguear un poco.

Este día puede empeorar aún más. Según los rumores, Nathanos y Colmillosauro habían peleado fuera del Fuerte Grommash el día anterior. Estar en el mismo lugar con los dos podría ser bastante desagradable. Morka trató de calmar su ansiedad.

—Desde luego. Indícame el camino.

Lo siguió hasta el Valle de los Espíritus. Nathanos abrió la entrada de una tienda y le hizo un gesto para que entrara.

Morka avanzó con inquietud. Había un orco herido y vendado durmiendo plácidamente. El alto señor supremo Colmillosauro se sentó con las piernas cruzadas, de espaldas a la entrada de la tienda. Tenía un ojo completamente hinchado.

—¿Tú eres la que atrapó al espía? —le preguntó.

—Casi, mi señor —respondió Morka. ¿La recordaría Colmillosauro? No daba señales de haberla reconocido, lo cual era un alivio—. Tenía un cómplice. Los dejé escapar.

—No eres la primera. Siéntate. —Esperó a que ella se acomodara. Luego señaló al orco—. El espía que encontraste había atacado antes a este orco. Es un mensajero que lleva mensajes importantes para mí.

Morka hizo una mueca.

—¿Vivirá?

—Sí, pero me temo que el espía huyó con todo lo que llevaba. —Colmillosauro se inclinó—. ¿Viste al segundo espía? ¿El que te atacó?

Morka negó con la cabeza.

—Sentí el olor de un humano. Llevaba esto. —Le mostró el cuchillo—. Tiene las marcas de herrería de Orgrimmar. Mi compañero podría haber fabricado esta daga. ¿Por qué la tendría un humano?

Una extraña sonrisa cruzó la cara de Colmillosauro.

—Es una pregunta interesante. ¿Clamañublo?

El renegado asomó la cabeza en la tienda.

—¿Sí?

—Esta guardia tiene tu daga —dijo Colmillosauro.

Morka movió los labios, pero no pudo emitir sonido. *¿Qué dijo?*

Nathanos frunció el ceño y estiró la mano. Morka le dio la daga sin pronunciar palabra, y Nathanos volvió a marcharse.

Colmillosauro miró su expresión con detenimiento. Morka no sabía qué decir. En realidad, si decía todo lo que pensaba la ejecutarían por insubordinación.

—Mi señor, yo...

Colmillosauro alzó la mano.

—Necesitábamos que ese espía escapara. La Alianza debe ver lo que robó —dijo en voz baja—. Era importante. Lo siento. Pero quiero que comprendas esto: has actuado muy, muy bien.

—Gracias —respondió Morka con más tranquilidad de la que realmente sentía.

—Te estamos confiando un gran secreto —continuó Colmillosauro—, y has demostrado tu capacidad. Eso merece una consideración especial. Necesitaré guardias personales para un nuevo asunto militar. ¿Te gustaría ser una de ellos?

¿En lugar de pasar un año más en las almenas? Por supuesto. Poco a poco la confusión y la furia se disipaban, pero no sabía cómo responder.

Colmillosauro cambió de tema.

—Dijiste que tienes un compañero. ¿Es un herrero?

—Sí, alto señor supremo.

—¿Tienen hijos?

—Ocho —dijo Morka.

Colmillosauro abrió los ojos con sorpresa.

—¡Ocho! Por todos los espíritus... Jamás tendría el coraje para atreverme *a tanto*. Te diré algo: has peleado conmigo en el Cruce y espero que vuelvas a luchar a mi lado. Pronto, como entonces, obtendrás una victoria que hará que tus hijos se sientan orgullosos de ti.

Morka habló sin pensar.

—¿Podré matar a algunos de la Alianza?

—Sí.

—Entonces acepto, alto señor supremo —respondió ella.

—Prepárate. Se supone que marcharemos en unas semanas. Y puede ser mucho antes.

Solo al día siguiente, Morka se dio cuenta de que Colmillosauro recordaba, sin haber preguntado, que habían peleado juntos en el Cruce. *Entonces sí me recuerda de las almenas.*

Se sintió muy afortunada de haber tenido una segunda oportunidad.



La jefa de guerra estaba sumida en sus pensamientos.

—La Alianza ha mordido el anzuelo —dijo Sylvanas—. Pero quizás estamos avanzando demasiado rápido.

Colmillosauro estuvo a punto de lanzar una carcajada. *¿Le preocupa que avancemos muy rápido?*

—Esto es más de lo que soñábamos. La Alianza no solo mordió el anzuelo, sino que nos dejó la puerta abierta. ¡Ni siquiera *imaginan* lo que estamos planeando!

La jefa de guerra acababa de recibir noticias impactantes de sus espías. En Ventormenta era tanta la inquietud por la aparente obsesión de la Horda con Silithus que les habían pedido a los elfos de la noche que enviaran allí una flota para vigilar sus movimientos. Incluso ahora la mayor parte de los barcos de los kaldorei iban camino a Feralas porque planeaban establecer una base de operaciones en lo alto de las colinas, alrededor de la espada de Sargerass.

Colmillosauro no había anticipado que harían eso, pero estaba muy impresionado. Era un movimiento estratégico brillante... O lo sería si la Horda *realmente* hubiera enviado allí sus ejércitos: sentar defensas en un terreno elevado, vigilar al enemigo y tener una posición preparada para avanzar en bloque en la región. Era una maniobra astuta y mucho más decisiva de lo que podría haber imaginado tratándose de Anduin Wrynn.

Y, lamentablemente para la Alianza, no terminaba ahí. Tyrande Susurravientos planeaba permanecer en Ventormenta durante varias semanas para elaborar una estrategia de largo plazo y hacer frente a los extraños movimientos de la Horda. Ya se había ido de Darnassus. Era el momento perfecto para atacar.

Sin embargo, por algún motivo, la jefa de guerra se veía dubitativa.

—Querías lanzar el ataque dentro de tres semanas, alto señor supremo —dijo.

—Eso era cuando creía que necesitaríamos controlar a Tyrande y *también* a Malfurion. Ahora solo necesitamos contener a uno —respondió Colmillosauro—. Tendremos menos soldados listos

para la batalla, pero de todas formas seguimos superando a los elfos de la noche ocho a uno, en lugar de doce a uno.

Sylvanas sopesó la idea.

—¿Qué le impediría a Tyrande volver de inmediato a la batalla? No es posible trasladar todo un ejército desde Ventormenta en un abrir y cerrar de ojos. Pero trasladar a uno solo es mucho más fácil —afirmó con pesimismo.

Colmillosauro sabía que era posible, pero improbable.

—¿Cuántas vidas inocentes sacrificará Tyrande para matar a algunos de nuestros soldados? —preguntó—. Ese es el interrogante al que deberá enfrentarse. No sabrá nada acerca del ataque hasta que haya comenzado. Para cuando Ventormenta comprenda lo que sucede, todos tendrán en claro que invadiremos Darnassus. Tyrande puede unirse a la batalla y demorarnos un poco, pero para entonces ya habremos logrado enormes avances en su territorio. O bien puede usar su poder para acelerar la evacuación y curar a los heridos. Si cree que no puede detenernos, no tendrá opción. Salvará a su gente.

Finalmente, Nathanos habló.

—Y eso te dará la oportunidad de cazar a Malfurion porque estará solo, jefa de guerra.

La mirada de Sylvanas causó resquemor en Colmillosauro. Estaba más molesta de lo que él habría imaginado. Si la Horda lograba matar tanto a Tyrande como a Malfurion, desde luego que sería una gran victoria que debilitaría a la Alianza. Pero se suponía que el objetivo era conquistar el Árbol del Mundo. Eso sería una cuña insalvable que dividiría a la Alianza, sin importar quién condujese a los elfos de la noche.

Colmillosauro pensó, no por primera vez, que Sylvanas no le estaba diciendo todo.

¿Acaso importa? se preguntó.

No, se dijo a sí mismo. Sylvanas no mentía acerca de la importancia de este objetivo. Y si tenía planes más allá de la batalla que se acercaba... Bueno, ella era la jefa de guerra, ¿verdad?

Sylvanas golpeó los dedos sobre la mesa mientras pensaba.

—Asegurémonos de que Tyrande no regrese. En cuanto a la evacuación de los kaldorei... Nos ayudaría que usen todos los recursos disponibles para sacar a su gente del Árbol del Mundo antes de que lleguemos, ¿correcto?

—Eso creo, jefa de guerra —dijo Colmillosauro. Así se reduciría la cantidad de prisioneros que tendría que manejar la Horda, y muchos guerreros deberían dejar la línea de combate para ir a proteger la evacuación. Además, la mayor parte de los magos de la Alianza necesitarían quedarse en Teldrassil para ayudar en lugar de unirse a la batalla en Vallefresno.

Sylvanas señaló el mapa. La Costa Oscura.

—Necesitamos infundirles temor antes de llegar aquí. Si deciden luchar en lugar de huir, la última etapa de la batalla será más complicada que todo el resto —afirmó—. ¿Qué podemos hacer para atemorizar de tal modo a los civiles de Teldrassil que solo puedan pensar en escapar?

Nathanos gruñó.

—La amenaza de una muerte inminente hace maravillas. ¿Podemos llevar tu nueva plaga con nosotros, jefa de guerra?

—¡No! —estalló Colmillosauro—. ¡Absolutamente no, maldito idiota! ¡Si matamos a todas las personas en el Árbol del Mundo, la Alianza se unirá contra nosotros!

—Solo sugería usarla como *amenaza*, no como promesa —respondió Nathanos.

—No serviría —intervino Sylvanas. Parecía estar pensando en algo, pero luego sacudió la cabeza—. Colmillosauro tiene razón. La Alianza nunca creería en la posibilidad de que usemos eso. Es impensable aniquilar así a toda una ciudad... Sería una amenaza sin sustento.

—Armas de asedio —dijo Colmillosauro de pronto—. Dupliquemos las máquinas de asedio.

Caminó hacia el mapa y comenzó a colocar las figuras de piedra en la Costa Oscura.

—Si llevamos suficientes máquinas de asedio a la Costa Oscura y las apuntamos en dirección a Darnassus, habremos ganado. Podemos hacer que la muerte caiga sobre ellos con total impunidad si se resisten. Se nos opondrán *antes* de que toquemos la Costa Oscura, no después. Preferirán evacuarse y no ver que una batalla final destruye su hogar. Cuando lleguemos, el árbol estará desprotegido.

Nathanos estudió el mapa y asintió.

—Lo que dice es cierto, jefa de guerra.

Sylvanas analizó la idea.

—Nos retrasará. Deberás asignar guardias para mantener a salvo a los grupos de asedio, pues serán el primer objetivo para los kaldorei. —Finalmente, también asintió—. Pero funcionará. Pon en marcha tus planes, alto señor supremo. Comenzaremos en una semana.

Colmillosauro hizo sonar su hacha contra su armadura.

—Por la Horda —dijo.

Sylvanas sonrió.

—Por la Horda.



En menos de un día, Colmillosauro empezó a revelar el verdadero plan, pero solo a aquellos que ejecutarían el primer ataque. Llevaba mucho tiempo dar instrucciones sobre cualquier plan a tal cantidad de pícaros. A estos individuos no les gustaban las multitudes ni los sermones, así que tuvo que hacerlo de a dos por vez. Nathanos estaba por allí y también daba instrucciones a otros dos. Así pudieron asignar a varios cientos antes de que terminara la semana.

Para explicar los conceptos básicos solo se necesitaban tres minutos. En golpes simultáneos a lo largo y a lo ancho de Vallefresno, los infiltrados de la Horda atacarían cada patrulla y puesto de avanzada de los elfos de la noche. Al menos esa era la meta. El plan acelerado dejaba poco tiempo para la exploración y la preparación. Colmillosauro se sentiría satisfecho si la mitad de los ataques eran exitosos. Pero no lo admitía ante sus soldados.

—¿Alguna pregunta? —les dijo Colmillosauro a los dos pícaros que tenía frente a él.

Por supuesto que había preguntas. El primer pícaro, un sin'dorei llamado Lorash Rayosol, señaló el mapa que se extendía sobre la mesa y marcaba los puestos de avanzada y las rutas de las patrullas de los elfos de la noche en Vallefresno. Al menos los que conocían.

—Nos estás pidiendo que iniciemos una guerra contra la Alianza —dijo.

—¿Te resulta un problema?

Lorash arqueó las cejas.

—En absoluto. Pero no nos ofreces una recompensa suficiente. Si esperas que lancemos nuestros ataques el mismo día y a la misma hora... —suspiró—. Algunos tendremos que atacar en momentos inoportunos. Es un gran riesgo.

Colmillosauro pensó en lo que le decía.

—Les he confiado mucha información. Puedo decirles un poco más. Este es nuestro objetivo final.

Señaló el mapa. Darnassus.

Y esperó la reacción.

Los pícaros no eran criaturas fáciles de impresionar. Colmillosauro disfrutó al verlos abrir los ojos como platos sin poder cerrar la boca del asombro e intercambiar miradas atónitas. Lorash incluso rio a viva voz y luego mostró una sonrisa feroz.

Colmillosauro esperó a que pudieran asimilar la noticia.

—El Árbol del Mundo tiene un valor estratégico, y por eso la Horda lo conservará. La ciudad de Darnassus está repleta de tesoros invaluable. En su mayoría *no* tienen un valor estratégico, y por eso la Horda *no* necesitará conservarlos. Quienes se arriesguen en nombre de la Horda serán recompensados, puedo asegurárselos.

El otro pícaro, un renegado llamado Rifén, se veía feliz. Lorash quiso hacer una última pregunta.

—Si atacamos a los elfos de la noche, supongo que Malfurion Tempestira estará involucrado.

—Nadie les pedirá que lo enfrenten —afirmó Colmillosauro.

—¿Y si quiero enfrentarlo? —preguntó Lorash.

Rifén resopló y sacudió la cabeza, pero no dijo nada. Colmillosauro abrió los brazos en un gesto de permisividad.

—Si vencen a Malfurion Tempestira en la batalla, serán recompensados —dijo—. Pero les sugiero que eviten ese enfrentamiento.

A estos dos ya no les quedaban más dudas. *Dos menos. Y aún faltan muchos más.*



Había llegado el día. Miles y miles de soldados de la Horda despertaron al amanecer, se reunieron afuera de Orgrimmar y comenzaron a preparar sus suministros para una marcha larga y tranquila hacia Silithus. Ninguno hablaba abiertamente de dudas o recelos, pero Colmillosauro observó algunos arrebatos de quejas en voz baja por la tarea encomendada.

No podía culparlos. Todos creían que Colmillosauro estaba desplazando una gran parte de las tropas terrestres de la Horda hacia Silithus por un plazo de seis meses a un año. Patrullar el desierto horas y horas durante meses sería una tortura.

—Espero que la Alianza nos ataque —oyó que se lamentaba un orco—. Todos sabemos que va a suceder tarde o temprano.

Le costaba mucho mantener su expresión bajo control. Este era el comienzo de la nueva era de la Horda en Azeroth. Con esta victoria se asegurarían su supervivencia por cientos de generaciones. Y si no podían mantenerse en el mundo por más tiempo, pues ya no había nada más que Colmillosauro pudiera hacer.

La mayor parte de los habitantes de Orgrimmar se había acercado para ver partir al ejército. Todos sentían mucha curiosidad. La Horda no comprendía bien por qué Silithus era tan importante. Era de esperar que en la Alianza reinase la misma confusión.

Una cara conocida apareció entre las filas de soldados y enfrentó a Colmillosauro. El orco sonrió.

—Viejo amigo, es bueno verte —dijo Colmillosauro.

Baine Pezuña de Sangre, el gran jefe de los tauren, le sujetó el brazo con firmeza.

—¿Otra vez te vas a la guerra sin mí? —preguntó con seriedad fingida.

—Si quieres pasar unos meses en el desierto, con gusto te invito a acompañarme —dijo Colmillosauro en tono ligero.

—¿Allí es a donde te diriges? —El tono de Baine no se alteró, pero sus ojos adoptaron un brillo helado.

Colmillosauro no dejó que se notara su asombro. *Baine conoce el verdadero plan*, comprendió el orco. No sabía *cómo*, pero por el tono de voz del tauren era claro que sabía algo. *Debo dejar de subestimarle*. Después de todo, era el hijo de Cairne y no era ningún tonto.

—Todo terminará antes de lo que muchos creen —dijo, sin alterarse.

—Muchos en la Horda no comprenden el objetivo de esta misión. O por qué debe ejecutarse ahora —dijo Baine. *Yo tampoco*, quiso decir realmente.

—Pronto lo comprenderán —respondió Colmillosauro—. Ahora existe una oportunidad, y hay peligros en el horizonte. Es mejor enfrentarlos rápido.

—Y de manera limpia, espero —dijo Baine—. Dime, ¿este es tu plan o el de la jefa de guerra?

—Es mi plan —respondió simplemente Colmillosauro.

El tauren pareció aliviado al oír eso.

—Entonces te deseo lo mejor. Lucha con honor, amigo mío. Lok-tar ogar.

—Lok-tar —respondió Colmillosauro.

Era tiempo de partir. Colmillosauro ordenó que la inmensa caravana militar, con todos sus carros, armas de asedio y soldados a pie, iniciara la marcha. Baine retrocedió, sin dejar de mirar a Colmillosauro, incluso mientras la caravana se alejaba a la distancia.



Nathanos iba en un carro detrás de Colmillosauro.

Nathanos tenía que admitir que la jefa de guerra había hecho bien en dejar el plan en manos del orco. Colmillosauro había aprendido el arte de la guerra antes de aprender a caminar, y se notaba. Se había ganado en buena ley su reputación y su legado. Había sacrificado mucho por su pueblo, y la Horda confiaba en su criterio para tomar las decisiones acertadas, incluso en tiempos oscuros.

A pesar de que Sylvanas se ganó mil veces más su reputación, aún no le tienen confianza.

Eran demasiados en la Horda los que demostraban ser cortos de visión y débiles de voluntad. Sylvanas había visto lo que había más allá de esta vida. ¿Qué otra cosa podía hacer sino actuar en consecuencia? Quizás algunas veces sus acciones parecían crueles... Pues bien, la vida era cruel. La existencia era efímera. Sus planes se elevaban por encima del horizonte de la mortalidad, y eso atemorizaba a muchos.

Pero no atemorizaba a Nathanos. Él estaba *encantado*.

Colmillosauro giró en su asiento y miró a Nathanos.

El renegado levantó la barbilla. *¿Ahora?*

Colmillosauro asintió con la cabeza. Ahora.

Era el mediodía. La Horda estaba a mitad de camino de la intersección que llevaba a los Baldíos. Lo que casi nadie sabía en la caravana era que el primer ataque contra los elfos de la noche ya había comenzado. Si todo marchaba de acuerdo con el plan, los elfos de la noche ya estaban muriendo. Pronto reinaría el pánico. Luego sobrevendrían los contraataques. Y la desesperación. Nada podía detener a Sylvanas Brisaveloz, y los kaldorei lo sabrían por sí mismos.

Nathanos no solía soñar, pero podía ver la victoria en su mente. Pronto estaría de pie bajo las ramas de Teldrassil, caminaría por los senderos de Darnassus y tomaría las vidas de los kaldorei en su propia tierra. Solo tenía que esperar. Todo se haría de una forma simple porque era la voluntad de Sylvanas.

No abrigaba dudas, ni sobre ella ni sobre este plan.



Lorash sintió pena por este grupo de kaldorei. Su líder las hacía marchar de un lado a otro del bosque como si fueran reclutas que necesitaban disciplina dura para aprender. Pero si sus ojos no lo engañaban, estas eran todas veteranas con experiencia, y no novatas. El exceso de entrenamiento era un peligro real: dejar que las tropas de élite cayeran en la complacencia era uno de los peores errores que podía cometer un líder.

Aunque su cansancio le daba una ventaja, de todas formas sintió una punzada de compasión. Él mismo había tenido líderes espantosos.

Lamentablemente, aunque esta oficial estaba extenuando a sus tropas, también les exigía que se mantuvieran en perfecta formación todo el tiempo. Eso era un problema. No había rezagadas para sorprender. Lorash prefería atacar desde arriba, pero no pensaba arriesgarse a plena luz del día, no mientras estas elfas de la noche estuvieran trabajando a la vista de todos y en estado de alerta. De esa forma, solo conseguiría matar a un par y terminar asesinado.

Se suponía que Rifén y él debían haber lanzado el ataque media hora atrás. El tiempo se acababa. Estaban a corta distancia del Refugio Brisa de Plata, un puesto de avanzada kaldorei. Otros pícaros habían sido asignados para atacar ese lugar: incluso aunque no quedaran sobrevivientes, las patrullas de los elfos de la noche pronto encontrarían los cuerpos. Cuando comprendieran cuántos puestos de avanzada kaldorei habían sido atacados, serían una presa más difícil de cazar.

Se oyó el crujir de una hoja detrás de Lorash.

—¿Ya has vuelto? —susurró.

El pícaro renegado se deslizó silenciosamente y se acercó en la maleza. La hoja aplastada había sido un mero gesto de cortesía. Los pícaros sabían bien cómo acercarse sigilosamente a sus pares sin prevenirlos.

—Veo al menos una decena, tal vez más —dijo Rifén, mientras se tocaba la clavícula expuesta con un aire abstraído. Ese tic siempre ponía nervioso a Lorash.

—Ya es tarde —murmuró Lorash—. Si no atacamos pronto, será mejor emprender la retirada.

Eran dos contra doce. Y tendrían que vérselas con las centinelas. Eran enemigas muy peligrosas. Lo único que le impedía a Lorash ordenar la retirada era el premio prometido.

—Creo que una de ellas es la comandante de los elfos de la noche —dijo.

—¿La comandante de Vallefresno? —El tono de voz de Rifén se encendió—. ¿Cuál es?

Lorash levantó lentamente el brazo para que el movimiento no llamara atención. Apuntó con el dedo.

—La alta. Con cicatrices que le cruzan la cara. Coincide con la descripción.

Aunque estaban a cien pasos de distancia, podían ver con claridad esa característica en su cara. Rifén no respondió.

Esperaron unos minutos más. Las elfas de la noche seguían marchando de un lado a otro. De pronto, como una de ellas no logró mantener una sincronía perfecta con las demás, la comandante las obligó a iniciar una serie de ejercicios agotadores.

Lorash suspiró.

—No se detienen. Tú decides, Rifén. Haré lo que digas.

—Habitualmente sugeriría la retirada. Soldado vivo sirve para otra batalla —respondió el renegado en voz baja—. Pero nunca he matado a un comandante. Y está agotando a las que podrían protegerla. Acerquémonos un poco más.

Lorash se encogió de hombros y avanzó arrastrándose. Ninguno de los dos emitió un sonido. Ya no podían hablar, no a tan poca distancia. Solo podían hacer señas con las manos.

El galope de una bestia llamó la atención de los pícaros. Alguien se acercaba. Una centinela montada en un sable de la noche apareció a través de la maleza a toda velocidad y se acercó al grupo.

—¡Comandante! ¡Comandante! —gritó—. ¡Nos han atacado!

Todas las elfas de la noche giraron para mirarla.

El lapso era breve, pero útil. Las elfas comenzaron a acercarse a la recién llegada y dejaron de prestar atención a lo que sucedía a su alrededor.

Rifén apoyó un dedo sobre el brazo de Lorash. *Quédate aquí*, le indicó con un gesto. Luego se arrastró en silencio a través de la maleza hasta llegar a un árbol. Acto seguido, comenzó a subir por el tronco. Lorash no podía detenerlo, al menos no sin alertar al enemigo.

Supongo que esta es nuestra oportunidad, pensó. Atacar desde las alturas seguía pareciendo imprudente. Pero Rifén perseguía la gloria. Y el pago.

Lorash solo pudo oír algunos retazos de la conversación entre las elfas de la noche. La exploradora informó que varios puestos de avanzada habían sido atacados a lo ancho y a lo largo de Vallefresno. Eso causó todo un revuelo. La comandante comenzó a impartir órdenes a los gritos. Gritaba tanto que cualquier sonido que hubiera hecho Rifén habría pasado inadvertido.

Lorash levantó la vista y vio que Rifén reptaba sobre una rama, listo para saltar. Sería una entrada impactante.

El elfo de sangre se tocó las mangas y sintió los shurikens que ocultaban. Desenvainó sus dagas. Cada hoja estaba bañada en un veneno diferente, para diferentes fines. Solo se necesitaba un rasguño.

Rifén saltó de la rama y cayó en picada. Lorash apretó los dientes. La comandante estaba comenzando a dar órdenes. Unos minutos más y el grupo se habría dispersado. *Maldito impaciente*.

El sable de la noche (un druida elfo de la noche, desde luego) levantó el hocico, olió el aire y lanzó un rugido en señal de alarma.

Ya era demasiado tarde.

Rifen sostuvo las dagas contra su cuerpo y las apuntó hacia abajo. Cayó sobre la espalda de la comandante y la apuñaló salvajemente mientras los dos se revolcaban sobre la maleza en dirección a los árboles, lo que sobresaltó a todas las elfas de la noche. Antes de que pudiesen reaccionar, Rifen se puso de pie y cortó el cuello de otra elfa. La sangre salpicó con fuerza.

Es hora de lucirse. Quizá Lorash podría distraer al grupo para que Rifen tuviera la oportunidad de correr. Lorash cubrió la distancia en tres saltos, lanzó una cuchillada y mató a una. Luego siguió con el resto. Rifen era apenas una imagen borrosa que se confundía con el grupo. Lorash era un fantasma que giraba en remolinos alrededor del perímetro.

Seis de las elfas habían caído ya cuando las demás pudieron comenzar a defenderse y luchar mejor. Eso significaba que había llegado la hora de marcharse. *No tenemos órdenes de mantener una pelea limpia,* pensó Lorash con una sonrisa. La comandante había muerto. Misión cumplida.

Lorash retrocedió. Un toque de las sombras y pareció desvanecerse en el aire, pero las elfas no entraron en pánico. Lanzaron flechas y magia en dirección a los claros que se abrían entre los árboles, con la esperanza de acertarle mientras huía. Lorash se limitó a permanecer inmóvil, con la espalda contra un tronco, hasta que dejaron de mirar en esa dirección.

Un grito áspero de dolor puso fin a su creciente sensación de satisfacción. Rifen no había logrado escapar. Lorash arriesgó una mirada rápida y vio cómo el pícaro renegado caía bajo el peso de un sable de la noche que se había abalanzado sobre él. Su arma yacía a varios pasos de distancia.

Lorash apretó la mandíbula. Con una herida como esa, Rifen no tenía salvación. *Maldición.* Era imposible rescatarlo con tantos kaldorei vivos. Lorash tenía dos opciones: escapar o morir.

Era una decisión fácil.

Se arrastró cien pasos antes de arriesgarse a ponerse en pie y salir corriendo. *Uno de nosotros sobrevivió, el otro murió y matamos a seis.* Se preguntó si para Colmillosauro eso podía considerarse un éxito.



Nathanos observó con detenimiento a Colmillosauro mientras la caravana se acercaba a la intersección. Era la última oportunidad para retroceder. Aunque pareciera ridículo, Colmillosauro

podía ordenarle a toda la Horda que dieran la vuelta y emprendieran el regreso a casa. Una vez que tomaran el giro hacia el norte, hacia Vallefresno, la Horda ya no podría volver atrás.

Colmillosauro aún no les había comunicado su decisión a los líderes de la caravana. Nathanos saltó de su carro y trotó en dirección a Colmillosauro, esforzándose por seguir el paso de los carros.

—¿Tus órdenes, alto señor supremo? —preguntó Nathanos con sequedad.

—Aún hay tiempo —respondió Colmillosauro.

Quizá se esté acobardando. Nathanos dejó que el tono de su voz se endureciera.

—¿Qué estás esperando?

Colmillosauro posó la mirada en Nathanos. Por la dureza de sus ojos, el renegado comprendió que Colmillosauro no sentía temor. Simplemente se estaba preparando para lo que se avecinaba.

—Avísales tú mismo, si prefieres. Vamos hacia el norte.

Nathanos sintió una leve punzada de humillación. Corrió hacia la parte delantera del convoy para mantener una conversación con los conductores de los primeros carros y los oficiales que los acompañaban.

—Colmillosauro tiene nuevas órdenes para ustedes. Cuando llegemos a la intersección de los Baldíos del Norte, giraremos a la derecha.

—¿Qué? —preguntó un tauren—. ¿Vamos hacia la *derecha*? ¿A Vallefresno?

—Así lo ha ordenado Colmillosauro. Obedezcan —respondió Nathanos.

Media hora más tarde, hubo cierta incertidumbre al llegar a la intersección. Todos se habían preparado para doblar a la izquierda, hacia El Cruce, para seguir la marcha a Silithus. Pero finalmente, obedecieron.

El revuelo se fue apoderando del ejército de la Horda al comprender el cambio. En las filas se iniciaban conversaciones que languidecían a los pocos minutos, pues solo consistían en preguntas. Y nadie tenía una respuesta.

Colmillosauro se limitó a clavar la vista en el horizonte. Parecía satisfecho con su decisión.



Morka no dijo nada, aunque no podía dejar de intercambiar miradas con los otros guardias, que estaban tan sorprendidos como ella. Sin embargo, mientras la Horda avanzaba en dirección a Vallefresno, las piezas del rompecabezas comenzaron a encajar. Todas las tareas extrañas que

Colmillosauro le había encomendado, todos los actos clandestinos... No había sabido qué pensar de todo eso. Pero él también le había prometido que pronto pelearía contra la Alianza.

Caminó junto al carro de Colmillosauro. Al mirarlo, comprendió claramente que había planeado todo. No estaba contemplando una desviación del plan, estaba contemplando su gran estrategia. Aunque aún no pudiera descifrarla.

En el plazo de una hora, el convoy llegó a las cercanías de las viejas fortificaciones de la Horda, en las fronteras del territorio. Algunos años atrás, la Empaladiza de Mor'shan había sido el baluarte contra los elfos de la noche que presionaban en los Baldíos, pero la habían abandonado tras la destitución de Garrosh Grito Infernal.

En esas fortificaciones debería haber habido elfos de la noche, pero en cambio había dos pícaros de la Horda, un orco y un goblin, sentados cómodamente en la estructura con las piernas colgando en el aire. Saludaron con la mano al convoy que se acercaba, lo que suscitó una nueva oleada de cuchicheos entre los soldados.

Al pasar por debajo de la empaladiza, Colmillosauro se subió a la parte superior de su carro para poder ver el resto del convoy por encima.

—¡Soldados de la Horda, oigan mi voz! —rugió.

La caravana se detuvo. Todas las conversaciones y los cuchicheos se silenciaron. Nadie quería perderse ni una palabra. Morka apenas respiraba.

—No iremos a Silithus. Nuestro destino nunca fue Silithus —dijo Colmillosauro con voz clara. Por ahora, nadie parecía sorprenderse—. Nos embarcamos en una misión con un objetivo muy simple: conquistaremos Darnassus, el hogar de los kaldorei.

Colmillosauro les dio un momento antes de seguir.

—La Alianza no sabe que vamos. No se han *preparado* para nuestra llegada. Nuestro primer ataque ya se ha perpetrado, y los exploradores de los elfos de la noche de Vallefresno han caído en el caos. Eso no significa que será una misión fácil. Pelearán duro. Pelearán con desesperación. ¡Pero no podrán sobrevivir a la Horda!

Al decir esto, todos dieron rienda suelta a sus emociones. La caravana entera rugió a modo de respuesta mientras los soldados levantaban las armas y sacudían los puños. Colmillosauro dejó que el sonido creciera, y luego hizo señas para pedir silencio. Lo logró al instante.

—No puedo darles seis meses de paz en el desierto —dijo con una sonrisa. Luego levantó la voz hasta soltar un grito que sacudió las hojas de los árboles cercanos—. ¡Todo lo que puedo darles son unos días de gloria! ¡Lok-tar ogar! ¡*Por la Horda!*

Morka y sus miles de hermanos y hermanas de la Horda se unieron al grito. La respuesta a Colmillosauro no sacudió los árboles. Hizo temblar las colinas.

Y haría temblar *el mundo*.

—*¡Por la Horda!*

TERCERA PARTE:

LA BATALLA DE VALLEFRESNO



La lucha se recrudeció al caer la noche. Contra los kaldorei, era previsible. Bañados en la luz de luna de Elune, acechaban en el bosque como predadores, en busca de cualquier enemigo que osara dar un paso más en sus tierras.

—Mi señor, han quemado los puentes —carraspeó una exploradora renegada. Una cicatriz fresca le atravesaba la armadura, pero el resto de su cuerpo se veía intacto—. Creemos que los han quemado todos.

Colmillosauro gruñó. El Río Falfarren no era terriblemente profundo ni ancho, pero había crecido a causa de las lluvias recientes.

—Coloquen las máquinas de asedio cerca del río. Disparen con todo lo que tengamos. Obliguen a los elfos a mantenerse cubiertos y sigan buscando para ver si olvidaron algo. Cualquier puente servirá. Un tronco grueso, cualquier cosa.

La exploradora saludó y se lanzó a correr para transmitir las órdenes a todos los demás exploradores. Colmillosauro echó una última mirada al mapa y agregó una marca. Había sospechado que los elfos de la noche plantarían resistencia en este río. Era un obstáculo natural, pero se estrechaba corriente arriba: más fácil de cruzar, ¿y también más fácil de defender? Colmillosauro decidió averiguarlo.

—Vamos hacia el norte —les dijo a sus asistentes.

Enrollaron el mapa del comando y lo metieron en un tubo que había sido tratado por uno de los mejores magos de la Horda. Podía resistir el fuego, la corrupción, y casi cualquier golpe físico. El elfo de sangre que lo transportaba tenía órdenes de huir sin luchar ante cualquier episodio de violencia. El verdadero plan descansaba en la cabeza de Colmillosauro, pero si los elfos de la noche lograban hacerse con esa cabeza (y lo intentarían), la jefa de guerra necesitaría el mapa para seguir con la lucha.

Preparar el puesto de comando de Colmillosauro para la partida solo llevó unos minutos. No necesitaba una compleja jerarquía de oficiales que consintieran sus caprichos o lo contuvieran emocionalmente. Lo que necesitaba era un círculo pequeño de estrategias astutos capaces de comunicar sus órdenes rápidamente a un grupo de soldados errantes. A eso se le sumaba un contingente respetable de guardias capacitados para desbaratar cualquier intento de asesinato. Era un grupo reducido, y así debía ser. Estaban en los bosques. Aquí, la batalla no se haría con ejércitos organizados en filas perfectas y prolijas. De todas formas, Colmillosauro detestaba ese tipo de lucha. Aquí habría miles de refriegas

desesperadas entre los árboles. La capacidad de maniobra era esencial. El conocimiento del terreno era clave. Y la Horda corría con desventaja en los dos aspectos. Estaban en territorio kaldorei. Sin embargo, los elfos de la noche estaban en inferioridad numérica y habían sido tomados por sorpresa.

Después del primer golpe, el engaño tan cuidadosamente preparado por Colmillosauro y Sylvanas se había hecho añicos. Solo podía haber un motivo para que la Horda atacara Vallefresno: conquistar Teldrassil y la ciudad en sus ramas. Ahora, en Ventormenta ya sabían que había un ataque en curso y seguramente enviarían refuerzos.

Pero también sabían que esos refuerzos no llegarían a tiempo. Para eso se necesitaba un milagro. Los elfos de la noche sabían que estaban luchando para proteger su tierra y que salvarla sería casi imposible.

De todas formas, había una enorme distancia hasta Darnassus. No se necesitaban demasiadas catástrofes para frenar a la Horda.

El ruido atronador de un golpe pesado resonó en el bosque, seguido de una explosión crepitante a la distancia. Colmillosauro señaló el origen del segundo ruido.

—Por ahí. —El resto de las tropas lo siguieron. Poco después encontraron media docena de máquinas de asedio destruidas que ardían en medio de las filas de la Horda. Los soldados intentaban desesperadamente apagar el fuego como si aún fuera posible salvar las máquinas.

—¡Déjenlas! —rugió Colmillosauro—. ¡Están destruidas! ¡Ocupense de los heridos y de los muertos y *averigüen quién hizo esto!*

Los soldados exploraron el bosque hacia la retaguardia y luego examinaron los bancos del Río Falfarren, pero no encontraron a los culpables.

Los elfos de la noche han logrado escapar. Colmillosauro lanzó un gruñido y siguió avanzando. Los soldados habían necesitado un golpe para despabilarse y sus mentes estaban nuevamente concentradas en la guerra.

A corta distancia, detrás de las líneas principales, había otro grupo de armas de asedio. Uno de los oficiales de la unidad, un orco con expresión agria y sonrisa falsa, estaba sentado junto a un demolidor reluciente. Cuando vio que Colmillosauro se acercaba, rápidamente improvisó un saludo.

—Mi señor, qué bueno verte.

—Colmillosauro se inclinó sobre él con una actitud de desaprobación.

—¿Te importaría mucho unirme a la Horda en la batalla? ¿O prefieres quedarte aquí disfrutando del clima?

La piel verde del oficial adquirió un tono púrpura que Colmillosauro halló muy satisfactorio. Para los orcos, cualquier insinuación de cobardía era tomada como una ofensa personal.

—Nos ordenaste que nos quedáramos a una distancia segura. Por protección.

—¿Quién protegerá estas armas de una emboscada? ¿Tú? ¿Solo? —Colmillosauro apoyó el dedo con fuerza en el pecho del oficial y lo empujó hacia atrás—. Tienes todo un ejército a unos pasos de distancia. Quizás *ellos* podrían protegerte.

Colmillosauro se detuvo al recordar algo.

—¿A qué distancia estamos del frente de batalla?

—A varios cientos de metros, mi señor.

Colmillosauro lanzó un rugido contra la cara del oficial.

—¿Y cuál es el alcance máximo de estas armas?

El oficial languideció.

—¿Unos doscientos...?

Colmillosauro giró hacia los grupos de asedio.

—Avanzaremos. ¡*Abora!*

Todos obedecieron con presteza. Cuando las máquinas de asedio llegaron cerca del río, el alto señor supremo vio a cientos de tropas de la Horda que buscaban refugio cerca de unos árboles caídos. Se veían algunos pedruscos a su alrededor. Un tauren levantó la vista, reparó en Colmillosauro y le hizo señas frenéticamente.

—¡Atrás, mi señor! ¡Nos atacan!

—¿Nos atacan? ¿Desde dónde? —preguntó Colmillosauro.

—¡No lo sabemos!

—Colmillosauro lanzó una mirada al oficial que podría haberlo matado. Y sin duda el soldado parecía querer morir.

—Entonces les daremos fuego de protección. ¡Pongan las máquinas en fila!

Las máquinas de asedio avanzaron a la posición de inmediato. El oficial a cargo de la unidad parecía débil, pero no sus soldados. Cuando estuvieron listos, miraron a Colmillosauro, que hizo un gesto sin pronunciar palabra. Seis piedras pesadas volaron por encima del Río Falfarren y aterrizaron con un impacto que Colmillosauro pudo sentir en las plantas de los pies. Asintió con la cabeza en actitud de aprobación.

—Excelente. Otra vez. Que sientan temor de salir de su refugio.

Mientras recargaban las máquinas, Colmillosauro volvió a dirigirse al oficial con dureza.

—Te deseo lo mejor en la batalla que se avecina —le dijo en voz baja—. Espero recibir noticias de todas tus victorias en el frente. ¿Has comprendido?

—Sí... Sí, mi señor.

—Bien. —Y al decir eso, Colmillosauro se retiró, dejando atrás al orco y su rostro empalidecido.

El grupo de comando de Colmillosauro siguió hacia el norte y se reunió con un par de exploradores trols. La pelea más encarnizada había sido al sur de Xavian, las viejas ruinas élficas que ahora se habían convertido en un pequeño lago. Los exploradores informaron que los elfos de la noche mantenían su fuerza al otro lado del río e impedían cualquier cruce por el momento. En cada intento de la Horda, los elfos de la noche los habían dejado avanzar por el río, para luego rodearlos y aniquilarlos.

Eso era inquietante. Los kaldorei no deberían tener el número suficiente para hacer eso en varios lugares a la vez.

—Muy bien —dijo Colmillosauro, y envió a los exploradores de regreso al campo.

Colmillosauro procesó la información. Apenas oía las opciones que analizaban sus subordinados.

—¿Los elfos de la noche son más de los que habíamos anticipado?

—Si tienen refuerzos, hay que modificar toda la estrategia.

Colmillosauro los interrumpió.

—Vamos a Xavian. —Los elfos de la noche no podían ser tantos como parecía. Era imposible. Había llegado el momento de presionar y comprobarlo.



Lorash Rayosol oyó el percutor de un rifle. Giró la cabeza lentamente hacia la derecha. A unos pasos de distancia, no tan cerca como para poder atacar con las dagas, el ojo helado del cañón del arma apuntaba entre sus ojos. Lorash permaneció inmóvil mientras deslizaba los dedos hacia los shurikens ocultos en sus mangas.

El goblin que sostenía el rifle lo escrudiñó atentamente.

—¿Lunargenta? —susurró.

Lorash sonrió.

—¿Doral ana'diel?

El arma bajó y el goblin escupió en el suelo.

—Ustedes, los elfos, me parecen todos iguales.

Probablemente esa sería la única disculpa que recibiría Lorash. Echó una mirada al bosque que los rodeaba. A unos árboles de distancia, podía divisar algunas sombras que no le inspiraban mucha confianza, así que le hizo señas al goblin sin decir nada. *Apunta en esa dirección.*

El goblin giró el rifle en la dirección que Lorash le había señalado y apuntó al lado derecho de un árbol. Lorash se arrastró hacia el lado izquierdo con las dagas listas para atacar.

No había nadie escondido detrás del árbol.

Lorash se volvió hacia el siguiente árbol y se arrastró hacia adelante. Sentía que el goblin nuevamente lo estaba cubriendo. Tampoco había nada. Y lo mismo sucedió con el siguiente, y con otro más. Lorash finalmente se relajó y volvió a donde estaba el goblin.

—Bueno, al menos fue divertido —dijo el goblin mientras controlaba su pólvora.

El elfo de sangre extendió la mano.

—Me llamo Lorash. ¿Y tú?

El goblin le estrechó la mano extendida.

—Chiques.

Lorash arqueó las cejas.

—¿Perdón?

El goblin parecía listo para volver a lanzar un escupitajo.

—No siempre puedes elegir tu apodo, viejo. No donde yo crecí. Ahí, tus amigos te ponían el nombre.

—¿Y te pusieron Chiques? ¿Y se los permitiste?

La expresión del goblin se ensombreció.

—¿Quieres seguir hablando de mi nombre? ¿En serio?

Lorash decidió que no.

—He perdido a mi compañero. ¿Tú también estás solo?

—¿Lo perdiste? —El goblin frunció el ceño—. ¿Lo perdiste porque se separaron o...?

—Porque está muerto. De todas formas, antes mató a una comandante de los elfos de la noche.

—¡Lo felicito! —respondió Chiques. Luego hizo una mueca—. Lo siento, no quise parecer un idiota. Siempre me estreso detrás de las líneas enemigas.

—Entiendo. —El Río Falfarren estaba a varios kilómetros de distancia, y el rugido de las armas de asedio de la Horda inundaba el aire. Este era el territorio de los elfos de la noche... al menos por el momento. Lorash tenía algunas ideas para cambiarlo.

—¿Tienes un compañero?

—La capitana está conmigo.

—Ya veo. —Lorash no tenía a nadie—. Los elfos de la noche están maniobrando rápidamente. Creo que tienen grupos desplazándose de un punto crucial hacia otro. Cada vez que la Horda intenta cruzar el río, llegan y nos detienen. Parece que les ha dado resultado hasta ahora. ¿Alguna vez has visto algo así?

El goblin resopló suavemente.

—Sí, lo he visto. —Señaló hacia arriba, hacia las ramas—. Los druidas andan en grupos allá arriba. Y a veces bajan. Cerca del camino.

¿Andan por las ramas? Interesante. Ahora Lorash entendía por qué le costaba tanto encontrar huellas en el suelo. Y estaban en grupos... Era peligroso. Eficaz, si podían hacerlo sin ser detectados, pero peligroso. Si alguno se paraba en una rama débil en el momento incorrecto, todo el grupo podía caer.

—Eso suena a oportunidad, mi amigo —dijo Lorash—. ¿Cuántos son?

—Muchos —respondió Chiques.

—¿Te gustaría ayudarme a cambiar eso?

Chiques sonrió y le dio unos golpecitos a su bolsa de municiones. El tintineo de las balas bastó como respuesta.



Colmillosauro tenía una impresión muy clara de lo que estaba sucediendo. Los elfos de la noche estaban enviando a sus mejores guerreros ribera arriba y abajo para llegar a cada lugar del río en el que atacaba la Horda. Dejaban que las fuerzas de avanzada cruzaran el río y luego las emboscaban. La idea no era mala, pero no servía para una estrategia de largo plazo. El agotamiento acabaría con esa táctica antes del amanecer si los infiltrados de la Horda no aniquilaban primero a esos grupos errantes.

Faltaban horas para el alba, y Colmillosauro no tenía deseos de esperar. Los sobrevivientes de los ataques fallidos en el río habían hablado de druidas en las filas enemigas. Había opciones para resolver ese problema... Se dio cuenta de que la idea le agradaba mucho.

Por todos los dioses y espíritus del cosmos, qué bien hace pelear una buena guerra.

Colmillosauro mandó llamar a los taumaturgos más cercanos. En unos minutos, un grupo bastante aceptable de siete magos, hechiceros y chamanes respondió a la llamada. Perfecto.

—Quiero que acompañen a las unidades de asedio durante la próxima hora —ordenó Colmillosauro.

Les explicó su plan con palabras simples. Todos abrieron los ojos con... ¿asombro o entusiasmo? Mientras Colmillosauro hablaba, el diablillo fascinado de un hechicero trol comenzó a parlotear en un tono temeroso. El trol alzó la mano como si estuviese a punto de pegarle, y el diablillo comenzó a refunfuñar en voz baja.

—¿Hay algún problema? —preguntó Colmillosauro.

—Eh'te pequeño tiene temor de iniciar un incendio. Podría descontrolarse —respondió el trol.

—Por eso no usaremos fuego vil. ¿Han comprendido todos? Chamanes, su responsabilidad es controlar todo para que esta tarea no sea imposible. Si prendemos fuego el bosque completo, nuestro ataque habrá concluido.

Eso hizo pensar a Colmillosauro. ¿Y si los elfos de la noche incendiaban su propio bosque? Si todo Vallefresno ardía, la Horda no podría avanzar y además muchas de sus fuerzas serían presa de las llamas. No había pensado en eso.

Es impensable, decidió Colmillosauro. *No hay ninguna posibilidad de que quemen su propio territorio.*

—Esperen la señal —ordenó—. Si pasa una hora, regresen a este lugar para recibir nuevas órdenes.

Todos asintieron con murmullos y salieron corriendo para comenzar a cumplir su misión. Colmillosauro les ordenó a sus ayudantes que estuvieran preparados para ponerse en movimiento nuevamente.

—Necesitamos encontrar a la jefa de guerra.

La encontraron quince minutos después, cerca de la ribera del río, hacia el sur. Sylvanas Brisaveloz y Nathanos Clamañublo se habían unido a un grupo de arqueros que lanzaban una lluvia de flechas sobre los elfos de la noche que se ocultaban detrás de un terraplén. Sylvanas notó la presencia de Colmillosauro.

—Sigán disparando —les ordenó a los demás.

Colmillosauro se acercó a la jefa de guerra y a Nathanos. El forestal de los renegados habló:

—No estamos haciendo muchos progresos con tu plan, alto señor supremo.

El orco no le prestó atención.

—Jefa de guerra, ¿has estado tras las líneas enemigas?

—Muy poco tiempo. Sé reconocer una trampa. Él está ahí, Colmillosauro, esperándome —dijo Sylvanas.

Malfurion Tempestira. La jefa de guerra no daba señales de temor, pero Colmillosauro no pudo evitar sentir un escalofrío. Una cosa era enfrentar la posibilidad de tener una muerte honorable en el campo de batalla, pero en un duelo contra Malfurion, la derrota era segura.

—¿Cómo quieres manejarlo?

—Si logras romper sus líneas, vendrá a detenerte —respondió Sylvanas—. Y yo lo seguiré. Preséntale batalla unos minutos. Yo lo alejaré.

Parecía un buen plan.

—Lok-tar ogar —dijo, y comenzó a apartarse del grupo. El mejor lugar para abrir camino era un estrechamiento del río hacia el sur—. Comenzaremos de inmediato. ¡Por la Horda!

Los arqueros que rodeaban a la jefa de guerra respondieron con gritos y rugidos.

—¡Por la Horda!



Los druidas no hacían un solo ruido. Era inquietante. Los que se acercaban eran alrededor de una docena. No, eran más. Y sin embargo Lorash solo podía oír el golpe suave de las patas contra el suelo y el ruido de las ramas que se quebraban bajo su peso. La mayoría había adoptado formas felinas: sables de la noche fuertes y veloces que podían saltar ágilmente de rama en rama. Unos pocos tomaron forma de aves y desplegaron sus alas enormes para planear por debajo de las copas de los árboles.

Lorash estaba impresionado. Eran invisibles desde los cielos debido al follaje de los árboles, y también desde el suelo a causa de las ramas y las hojas. Pero a pesar de su discreción, no podían ocultarse de la luz de la luna que se filtraba a través de los árboles.

Y yo tampoco, pensó Lorash.

Estaba montado sobre una rama a veinte metros del suelo y allí esperaba, inmóvil. Se había acomodado a la sombra del tronco del árbol, y había empleado una pizca de la *otra* sombra para invisibilizarse. Tenía una mano aferrada al tronco y la otra a su daga, aunque al ver que se aproximaban los druidas, decidió soltarla. Ya habría tiempo de hacer ese trabajo. Antes necesitaba a los elfos de la noche en tierra.

Solo faltaban unos segundos para que llegaran a su posición. Lorash comenzó a deslizarse por la rama, haciendo equilibrio con las plantas de los pies. Se tocó las mangas. Dos shurikens con las puntas envenenadas, de metal rayado y opacado para no reflejar la luz de la luna, calzaron justo entre el índice y el dedo mayor.

Los ojos de los sables brillaron en la oscuridad. Lorash podía ver cada uno de sus colmillos y cada pluma de las aves.

Uno de los sables dio un salto y pasó a su lado. Giró la cabeza y miró en dirección a Lorash. El druida siguió de largo. Y el elfo de sangre no pudo evitar esbozar una sonrisa.

La mitad de los druidas también habían pasado a su lado cuando Lorash decidió atacar. Giró las muñecas, abrió las manos y los shurikens salieron despedidos por el aire. Dos de las aves lanzaron un chillido y batieron las alas desordenadamente mientras el veneno empezaba a actuar. Una se estrelló contra el tronco de un árbol con un sonido horripilante y la otra cayó en espiral contra el suelo.

Le quedaban seis shurikens. Dos más atravesaron el aire. Uno dio en el blanco, el otro falló.

El grupo se dio vuelta. Sabían que los atacaban, pero no desde dónde. Lorash se los mostró. Saltó desde su rama y atravesó un rayo de luz de luna. Aterrizó en una rama del árbol más próximo y luego saltó al siguiente.

A su espalda resonaron rugidos y gruñidos. Todos comenzaron a perseguirlo. Lorash corrió y corrió a toda velocidad por el mismo camino que habían usado los druidas para llegar. Al menos los estaba alejando de la línea de batalla.

Las ramas temblaron bajo sus pies. Los druidas estaban invocando al bosque para detenerlo. En unos segundos, las ramas se abrirían bajo sus pisadas, las enredaderas se enroscarían en sus tobillos y quizás hasta los árboles mismos se abrirían y lo arrastrarían a su interior para sofocarlo. Había oído relatos así.

Lorash cayó sobre la rama de árbol torcido, que apenas podía soportar el peso de una criatura. Se volvió hacia sus perseguidores y lanzó otros dos shurikens. Los dos fallaron, pero al menos lograron que los elfos de la noche se dispersaran. *Quedan dos.*

Una druida saltó hacia él, con la boca abierta y los colmillos listos para clavar en su garganta. Lorash la esquivó, sacó sus dagas y dibujó un arco sobre su cabeza. La sangre le empapó la cabeza y el cuello. La druida borboteaba un grito ahogado y se precipitó lejos.

Los demás druidas rugieron con furia. Lorash se puso de pie, les sonrió y les mostró las dagas ensangrentadas. *Vamos, busquen venganza por su amiga.*

Cuatro de los druidas saltaron de inmediato a la rama.

Lorash se bajó suavemente. Mientras caía, clavó la daga en el tronco del árbol a medio camino del suelo para quedar colgado. Y luego se dejó caer. Tuvo un pequeño error de cálculo en cuanto a la distancia que lo separaba del suelo y sus rodillas sintieron el impacto, pero lograron sostenerlo y Lorash siguió adelante.

Allá arriba los druidas habían aterrizado juntos sobre la rama. Al instante, la rama se quebró bajo su peso y todos cayeron. La mayoría golpeó torpemente contra el suelo y el impacto hizo temblar la tierra. Mientras el resto de los druidas intentaba trepar o volaba bajo para ayudarlos, Lorash comenzó su tarea. En su estado de aturdimiento, los druidas no tenían posibilidad alguna contra un par de hojas envenenadas. Las raíces comenzaron a levantarse en la tierra, pero Lorash logró sortearlas con facilidad.

De pronto, un graznido horrible llenó el aire. Unas garras afiladas y terribles y un pico furioso se abalanzaron sobre Lorash.

¡KROOOOMMM!

El ruido casi lo deja sordo. La cabeza del ave se torció bruscamente como si hubiera recibido un golpe. La druida cayó sobre Lorash y su peso muerto lo aplastó contra el suelo.

No, no había muerto. Aún no. El elfo de sangre sintió el corazón del ave que latía con fuerza. Con un movimiento de la daga, los latidos cesaron. Pero Lorash aún seguía atrapado bajo el cadáver.

¡KROOOOMMM! El rifle de Chiques volvió a resonar. Lorash pudo oír el silbido del goblin en medio del caos.

—¡Atrápalos, Capitana!

Lorash empujaba con furia, tratando de liberarse.

¡KROOOOMMM!

¡Por la Fuente del Sol, ese goblin sí que dispara rápido! Lorash dejó de luchar por un instante. Oía un nuevo sonido, algo que nunca había oído en la batalla. Una criatura enorme se abría paso a los golpes a través del bosque. Sus zancadas se superponían en una especie de coreografía extraña.

...Chiqui-chiqui-chiqui-chiqui-chiqui...

Y luego el aire se llenó de gritos.

Cuando Lorash finalmente logró salir de abajo del ave, empapado de sudor y sangre, los disparos y los gritos habían terminado. Una sola criatura permanecía de pie entre los cuerpos de los druidas muertos.

—Tú debes ser Capitana —dijo Lorash.

El reptador de cuatro patas hizo sonar sus ¿garras? ¿Tenazas? Y lo miró. Le llegaba a la cintura. Chiques apareció entre los arbustos, con su rifle humeante apoyado en los hombros. El caparazón de color azul claro del reptador era casi tan grande como el goblin, y probablemente el doble de pesado.

—Es bastante buena, ¿verdad?

Lorash solo sabía que los reptadores eran deliciosos. No imaginaba que pudiesen hacer nada. Pero se guardó ese pensamiento.

—Sí, es buena. No me había dado cuenta de que podían sobrevivir fuera del mar.

—Todos los días se aprende algo —Chiques se dispuso a admirar el trabajo hecho—. A menos que mis ojos me engañen, ha matado más que tú, amigo.

Se había equivocado, pero no por mucho. Al menos media docena de los druidas lucían heridas furiosas con la forma de las tenazas de Capitana. Pero antes de que Lorash pudiera responder, sintió un temblor en las plantas de los pies. Permaneció inmóvil, escuchando.

Y luego susurró:

—*A ocultarse.*

Chiques giró y escudriñó la oscuridad. La expresión arrogante que tenía se le borró de la cara.

—Sí. *A ocultarse.*

Se escondieron detrás de uno de los troncos más grandes y esperaron. El reptador los siguió en el follaje. El temblor que Lorash había oído crecía cada vez más. Lentamente, Chiques comenzó a preparar el percutor de su rifle, pero el elfo apoyó la mano en el arma.

No, gesticuló Lorash.

Chiques asintió con frialdad. Capitana, con su bendito corazón incrustado, no hizo un solo ruido.

El temblor se hizo más fuerte y casi pasó junto al árbol en el que se ocultaban. Luego se detuvo. Lorash se asomó apenas y echó una mirada.

Un enorme ciervo permanecía de pie en medio de los cadáveres de los druidas.

Lorash se mantuvo rígido *¿Acaso era...?*

El ciervo desapareció tras un destello de niebla. Cuando la niebla se despejó, solo quedaba un elfo de la noche de gran talla, con garras metálicas amarradas a las muñecas y astas enormes que sobresalían de su cabeza, contemplando los cuerpos de los suyos.

Lorash volvió a ocultarse tras el árbol. El corazón le latía con fuerza, pero no por temor. Oh, no. No era temor en absoluto. Había estado esperando esto desde el preciso instante en que el alto señor supremo Colmillosauro le reveló sus verdaderos planes.

Chiques tenía la mirada fija en el elfo de la noche. *¿Quién es?* gesticuló.

Malfurion, respondió Lorash con los labios, sin emitir un sonido.

El goblin tragó saliva. La garganta seca hizo un leve chasquido.

Malfurion habló suavemente.

—Descansen en paz, hermanos y hermanas. El sacrificio que han hecho no será en vano. Lo juro.

Lorash comenzó a mover las manos en dirección a las mangas. *Dos sburikens más. ¿Se atrevería? Matar a Malfurion garantizaría la victoria de la Horda, pero Lorash no estaba pensando en eso. ¿El veneno tendría el poder de aturdir a Malfurion, aunque tan solo fuera por un segundo? Si la mitad de los relatos que había oído eran ciertos, la respuesta posiblemente fuese negativa.*

Una mano le sujetó la muñeca. Lorash no prestó atención. Solo trataba de idear un plan de ataque.

Salgo... Lanzo... Retrocedo... Me muevo... Me coloco a sus espaldas...

La mano lo sujetó con más fuerza. Finalmente, Lorash miró al goblin con el ceño fruncido. Chiques intentaba gesticular algo, pero al principio Lorash no logró reconocer las palabras. Era como si hablara otro idioma. Luego comprendió que el goblin lo estaba insultando silenciosamente, como solo un goblin podía hacerlo. De todos modos, Lorash logró comprender el mensaje: *Si sales, te mataré yo mismo.*

Lorash asintió con la cabeza y el goblin finalmente se calmó. Esperaron hasta que Malfurion terminó de presentar sus respetos a los muertos y se alejó a la carrera.

Chiques lanzó un largo resoplido de alivio.

—¿Acaso has perdido la razón, amigo?

—Quiero la cabeza de Tempestira —respondió Lorash bruscamente—. ¿Me ayudarás a emboscarlo cuando retroceda?

El goblin lanzó una carcajada.

—Eres todo un personaje, ¿eh? —Hizo una mueca, sacudió la cabeza y tocó sus municiones—. No. No sin otros veinte o veinticinco soldados que nos ayuden. Pero me quedaré cerca hasta que eso suceda.

Caminaron en dirección al bosque. El reptador los siguió, obediente.

...Chiqui-chiqui-chiqui-chiqui-chiqui...



Un mago lanzó una bola de fuego enorme hacia el cielo. El bosque quedó envuelto en un brillo anaranjado intermitente que se podía ver a kilómetros de distancia. Había llegado el momento.

—¡Horda! ¡Conmigo! —rugió Colmillosauro mientras cruzaba el río a toda marcha. Este era solo uno de muchos ataques. Al menos otros veinte cruces se realizarían al mismo tiempo. Era imposible que los elfos de la noche les hiciesen frente a todos.

Dos magos, un orco y un trol, habían tenido la idea de congelar esta parte del Río Falfarren para que las fuerzas de ataque simplemente pudieran avanzar caminando. Era un plan tan simple y brillante que Colmillosauro lo había aceptado de inmediato. Mientras él avanzaba a través del río, los gritos de guerra de otros cincuenta soldados resonaban a sus espaldas junto con los silbidos agudos de las cargas de asedio empapadas en magia que volaban sobre sus cabezas. Las cargas explotaron al tocar tierra e iluminaron el bosque. Colmillosauro escudriñó las sombras de los terraplenes entre los destellos en busca de enemigos ocultos. No vio ninguno.

De pronto, perdió el equilibrio en el hielo y lo único que vio fue el cielo. Volvió a rugir, pero esta vez de furia, mientras caía de espaldas contra el río congelado. Muchos de la Horda saltaron por encima para seguir avanzando. Otros se resbalaron y cayeron también. Colmillosauro se arrodilló y volvió a ponerse de pie con un gruñido. Dio una zancada para salir del hielo y llegó al terraplén. Oyó la lucha antes de verla: espadas contra espadas, gritos y aullidos.

El hechizo de otro mago surcó el bosque con un destello. Esa luz efímera bastó para ver a un druida en forma de sable de la noche que se abalanzaba en dirección a su garganta. Colmillosauro sacó el hacha y lanzó un golpe. El enemigo había muerto antes de golpear el suelo.

Una muerte impecable, canturreó su alma.

Avanzó corriendo y se sumergió en la batalla. Una flecha resonó contra su armadura a la altura de la garganta. *Estuvo cerca*. Colmillosauro giró el hacha, mantuvo la hoja hacia abajo y luego dibujó un arco hacia arriba. Estuvo a punto de cortar a una elfa en dos, pero su objetivo había saltado hacia atrás

rápidamente. Sin embargo, la elfa no retrocedió. Saltó hacia él con tanta audacia que Colmillosauro no tuvo tiempo de reaccionar. Lo golpeó con los talones justo por encima de la armadura, en plena sien. Colmillosauro retrocedió a los tropezones. No veía más que pequeñas estrellas brillantes. Solo su voluntad evitó que cayera inconsciente.

La elfa volvió a atacarlo. Sus puños eran una mancha borrosa. *¡Ni siquiera está armada!* Sin embargo, el dolor en su cabeza le sugería que eso no era del todo cierto. Las manos y los pies de un monje eran armas también.

A pesar de su destreza, la elfa le mostró sus puntos débiles. La habilidad con la que esquivaba el filo del hacha indicaba que estaba demasiado concentrada en eso. Colmillosauro hizo girar el hacha en un círculo doble y, cuando ella la eludió, se inclinó hacia adelante y le golpeó el estómago con su bota pesada. La elfa retrocedió tropezando y cayó en la maleza. No estaba muerta, pero Colmillosauro volvió a la batalla. Enfrascarse en un combate personal cuando había decenas de enemigos alrededor era una forma rápida de encontrar la muerte.

Dos guerreros de la Horda cortaban las raíces y las ramas que habían emergido del suelo. Colmillosauro se les unió. No podía ver al druida responsable, pero no importaba. Cuando lograron cortar las plantas de cuajo, los tres cargaron contra la retaguardia de los elfos de la noche. El ataque cobró impulso rápidamente. Si de verdad existía una unidad de élite de refuerzos kaldorei, habían optado por luchar en otro cruce del río, o bien, lo que era menos probable, habían sido atacados y destruidos.

Los kaldorei tenían demasiada inferioridad numérica como para ganar y sus líneas se habían roto. Y, sin embargo, no huían.

Este no es el lugar para oponer resistencia, estúpidos.

¿O acaso lo era? No había dudas de que los elfos de la noche no luchaban como estúpidos. Colmillosauro sintió un escalofrío en el abdomen. Estaban ganando tiempo por algún motivo. Y el motivo solo podía ser uno.

Elevó la voz en medio del estrépito de la batalla.

—¡Reúnanse! ¡Reúnanse conmigo! ¡Formen filas!

Desde luego, el caos no los dejaba oírlo. Un orco con un hacha en cada mano pasó corriendo junto a Colmillosauro lanzando gritos de guerra. Colmillosauro extendió el mango de su propia hacha, golpeó al orco en los tobillos y lo vio caer de frente contra un montón de tierra.

—¡Reúnanse! —volvió a gritar—. ¡Formen filas!

Su grito levantó vuelo y los guerreros de la Horda finalmente comenzaron a repetir la orden:

—¡Formen filas! ¡Formen filas!

Lentamente, los soldados de la Horda dejaron de prestar atención a los combates personales. El orco que había caído logró ponerse de pie con dificultad y se paró junto a Colmillosauro mientras resoplaba pesadamente y parpadeaba con humillación. Colmillosauro fingió no haberlo visto caer.

—Vuelvan atrás por el río —le dijo—. Busquen a los magos, los hechiceros y los chamanes. A cualquiera que maneje la magia. Y tráiganlos aquí, *ahora*.

El orco se golpeó el pecho con el puño y salió corriendo sin decir una palabra mientras se quitaba la tierra de la armadura.

Colmillosauro organizó a los demás en grupos pequeños.

—Arqueros, en la retaguardia. Escudos, arriba y al frente. Los hechiceros en el medio. Prepárense para un contraataque.

Casi todas las tropas de la Horda habían obedecido sus órdenes. Los elfos de la noche también habían retrocedido porque, desde luego, no eran estúpidos. Eso confirmaba las sospechas de Colmillosauro. *¿Dónde está él? ¿Dónde está la trampa?* Colmillosauro observó la oscuridad del bosque en busca de una señal.

Allí.

A la distancia se veía una silueta de pie, iluminada desde atrás por los rayos de luna. Un solo elfo, con plumas en los brazos y astas en la cabeza. Sus ojos brillaban en la oscuridad. Uno a uno, los soldados de la Horda se percataron de su presencia.

Los refuerzos llegaron desde el otro lado del río. Colmillosauro comenzó a dar órdenes sin dejar de mirar la silueta.

—Los magos a la izquierda, los brujos a la derecha, los chamanes conmigo. ¡Agrúpanse!

Todos obedecieron. Buscaron sus posiciones y se agruparon rápidamente. El elfo que se veía a la distancia no se movió. Durante un minuto... dos minutos... tres minutos... nada se movió.

Colmillosauro era paciente. Otros no.

—¡Lok-tar ogar!

Colmillosauro giró la cabeza hacia la derecha. El grito había salido de un pequeño pelotón de guerreros orcos que estaban a cierta distancia, aún empapados por haber cruzado el río hacia el norte. Habían visto al elfo y estaban avanzando para atacar.

—¡A mí! ¡Vengan a mí! rugió Colmillosauro.

Era demasiado tarde. Los ojos del elfo se posaron en los orcos. El bosque de Vallefresno cobró vida. Los potentes gritos de guerra de los orcos se acallaron por completo. Cesaron los rugidos, los golpes y los combates prolongados. Simplemente hubo una ráfaga de movimientos en la oscuridad, y luego se oyó el sonido de los cuerpos envueltos en sus armaduras que caían y golpeaban contra el suelo.

El elfo ni siquiera había levantado un dedo. Tal era su control de la naturaleza. Sus ojos se volvieron nuevamente hacia Colmillosauro y su voz se oyó claramente a través de los árboles.

—Estas no son tus tierras, alto señor supremo —dijo Malfurion Tempestira.

—Ahora, sí — respondió con calma Colmillosauro—. Tú y tu gente tienen la oportunidad de irse en paz. Aprovechala, archidruida.

—¿Paz? —Las palabras de Malfurion resonaron con furia—. La Horda pagará con sangre cada paso que avance.

Se sintió un revuelo en las filas de la Horda, ya fuera por nerviosismo o excitación. Quien tuviese la fortuna de vencer a Malfurion se convertiría en una leyenda. A muchos probablemente los consumía esa idea.

—No hagan nada hasta que yo dé la orden —susurró Colmillosauro. Y luego levantó la voz—. Acércate, entonces, Tempestira. Oblíganos a marcharnos.

Malfurion no se movió. Simplemente se quedó contemplándolos.

Les había tendido una trampa. Colmillosauro estaba seguro. Los elfos de la noche habían resistido demasiado tiempo y habían ofrendado demasiadas vidas en el río para carecer de un motivo. Si los soldados de la Horda hubieran seguido presionando, si hubieran sucumbido a su sed de sangre y hubieran perdido la cabeza por el deleite de perseguir a un enemigo vencido, habrían caído ciegamente en los brazos de Malfurion. Solo unos pocos habían mordido el anzuelo.

Los demás elfos de la noche se habían retirado. Ahora, solo Malfurion los enfrentaba. Los kaldorei habían tenido que retroceder. Perder esa parte del río significaba perderlo por completo. De esa forma, la Horda pronto lo cruzaría y rodearía a Malfurion. Y para él sería imposible escapar. A pesar de su fuerza, el elfo de la noche no lograría resistir aquí.

Y el archidruida seguramente sospechaba que Sylvanas Brisaveloz estaba cerca, acechando en la oscuridad, esperando para emboscarlo.

Por lo tanto, Colmillosauro decidió esperar. No podía perder si solo se limitaba a esperar.

Malfurion también lo sabía. Tras unos minutos, finalmente retrocedió y desapareció en la oscuridad sin decir otra palabra. Muchos de los soldados de la Horda resoplaron con alivio, y otros con

decepción. Colmillosauro esperó unos minutos más para asegurarse de que el peligro había pasado, y luego levantó la voz nuevamente.

—¡La Horda ha tomado el Río Falfarren! —dijo.

A su alrededor se elevaron rugidos victoriosos. Los soldados golpeaban las armas y los escudos. Uno de los magos elfos de sangre lanzó una bola de fuego hacia el cielo en señal de celebración. Colmillosauro no hizo nada para detenerlos. *Que Malfurion sea perseguido por los gritos de victoria de sus enemigos. Que todos los kaldorei sepan que les espera la derrota.*

Colmillosauro envió mensajeros en todas direcciones para difundir la noticia. Muy pronto se oyó el sonido distante de las celebraciones. La Horda se había apoderado de uno de los pocos obstáculos que la separaban de la victoria. La batalla acababa de empezar y lo que faltaba no sería fácil, pero...

Esto daría resultado. La Horda pronto lograría una conquista magnífica. Honorable.

Y Darnassus sería un premio justo.



Lorash permanecía colgado en el aire, con los tobillos entrelazados alrededor de la rama de un árbol. Su mente vagaba con tranquilidad y calma. Y con ansias. Con *muchas* ansias.

Ah, sí. Había esperado mucho, mucho tiempo por esta oportunidad.

Chiques había intentado persuadirlo.

—Estás loco, amigo. Tú y yo no podemos vencer a *Malfurion Tempestiva* sin ayuda.

—Si lo tomamos por sorpresa...

—No voy a involucrar a la Capitana en eso, ¿me oyes? —había respondido el goblin con determinación—. Si haces esto, estarás solo.

Y Lorash estaba solo. Había oído a lo lejos la voz estridente de Malfurion y las respuestas en tono de burla de Colmillosauro. Muchos de los elfos de la noche se habían retirado por este camino, y eso lo llevaba a sospechar que Malfurion había hecho lo mismo. El líder elfo de la noche necesitaría unirse a los suyos para planear la siguiente etapa de su defensa.

Y quién sabe, quizá Malfurion se distrajera un poco. Había sufrido una pérdida. Su mente estaría ocupada en eso.

El sonido de una pisada sobre las hojas hizo brotar una sonrisa en la cara de Lorash. Había llegado el momento. *Por mi padre... Por mi madre... ¡Por mi pueblo!*

Movió los tobillos y cayó de cabeza, sujetando una daga en cada mano con fuerza. Había calculado los tiempos a la perfección. Malfurion estaba justo debajo de él y no miraba hacia arriba.

Lorash trazó dos arcos con las dagas. Al cruzarse, se clavarían en el cuello de Tempestira y le arrancarían la cabeza.

Las dagas nunca se cruzaron.

Malfurion dio un paso al costado. Un segundo antes de que Lorash se estrellara contra el suelo, las raíces de los árboles se levantaron de la tierra y le golpearon las muñecas. Lorash soltó las dagas y lanzó un grito de sorpresa cuando aterrizó sobre su lado derecho. Sintió una descarga aguda de dolor. Aunque su brazo derecho estaba entumecido, Lorash aún podía moverse.

Otras raíces también se encargaron de eso. Antes de que pudiera saltar para ponerse en pie, las raíces le envolvieron con fuerza las muñecas, los tobillos y el cuello, y lo sujetaron al piso hasta dejarlo inmóvil.

Maldición.

Lorash luchó para liberarse de las raíces por un momento, pero comprendió que era en vano. Ya podrían haberlo matado, haberlo ahogado hasta morir o haberle arrancado las extremidades. Y no lo habían hecho. El elfo de sangre alzó la vista y contempló con odio a Malfurion, que lo miraba con lástima.

—Esto no tiene sentido. Esta invasión *no tiene sentido* —dijo Malfurion con suavidad—. Hermano, nosotros no deberíamos ser enemigos.

Las dagas de Lorash yacían en el suelo a unos pies de distancia, pero era como si estuviesen en otro mundo. Aún tenía dos shurikens guardados en las mangas, pero eso era todo. No tenía dudas de que moriría si intentaba arrojarlos. A menos que lograra distraer a Tempestira.

—El resto de la Horda, lo entiendo. Sylvanas, lo entiendo —continuó Malfurion—. Pero nuestros pueblos alguna vez vivieron juntos. Luchamos juntos en las mismas guerras y entregamos la vida unos por otros. Fue así hace mucho tiempo, y también tan solo unos meses atrás, en las Islas Quebradas. No debería haber división entre mis kaldorei y ustedes, los sin'dorei.

Lorash apenas podía hablar; una raíz le oprimía la garganta.

—¿Y quién creó esa división, Tempestira? ¿Quién desterró a mi pueblo?

—Recuerdo las caras de los que se marcharon ese día. Tú no estabas entre ellos —respondió Malfurion—. ¿Estás invadiendo *mi* tierra natal solo porque oíste historias forjadas antes de que nacieras? ¿O solo obedeces ciegamente las órdenes de tu jefa de guerra caída? No sé qué es peor.

Lorash aún no estaba muerto. Eso lo asombraba. *Malfurion quiere hablar*. Un líder de los elfos de la noche creía genuinamente que los elfos de sangre no tenían motivo alguno para participar en esta batalla.

Lorash estaba feliz de poder instruir a Malfurion.

—Sí, todo eso sucedió antes de que yo naciera —le dijo—. Nací en los Claros de Tirisfal. Cuando era un niño, tuve que huir con mi familia y todos los demás. Recuerdo que deambulamos durante años. Recuerdo un invierno muy largo, en el que quedamos atrapados en los picos de las montañas. Recuerdo que mi padre salía a cazar a pesar del frío. Recuerdo que perdió un dedo por el congelamiento, y luego otro. Recuerdo que un día ya no regresó. ¿Cuántos de tu pueblo han muerto de frío, Malfurion? ¿También tenemos en común esa historia?

Malfurion no respondió. Lorash sonrió para sus adentros. No podía usar sus dagas, pero de todas formas podía hacer sangrar a Tempestira.

—Recuerdo siglos de guerra contra los trols —continuó Lorash—. Recuerdo ver los pedazos de mis amigos de la infancia como adornos en las chozas y las aldeas de los amani. Trofeos. ¿Acaso fueron los kaldorei los que vinieron en nuestra ayuda en aquellos días? No. Recuerdo el día en que la muerte misma descendió en nuestro nuevo hogar. Cuando mi madre murió y fue reclutada por el ejército del Rey Exánime, ¿quién tuvo que matarla para que pudiese descansar en paz? ¿Fuiste tú, Malfurion, quien estuvo junto a nosotros cuando perdimos nuestro hogar?

—Mi pueblo acababa de expulsar a la Legión Ardiente, y perdimos *nuestra* tierra —respondió Malfurion con dureza—. A pesar de los años de guerra entre nuestras facciones, jamás atacamos tu hogar. Ni siquiera *imaginamos* hacer algo así.

—Yo no he imaginado otra cosa —dijo Lorash.

—Entonces me alegra saber que la mayoría de los tuyos no están tan perdidos como tú.

—Y a mí me alegra saber que vivirás para ver a mi pueblo conquistar *tu* tierra natal —respondió Lorash. *¿Cuánto más podré sostener esto?* El corazón le decía que ya había llegado demasiado lejos. Su espíritu le decía que siguiera aún más—. ¿Sientes repulsión cuando piensas en eso? ¿En los templos de Elune llenos de sin'dorei?

Con el rabillo del ojo, Lorash alcanzó a ver un leve movimiento, oscuro y rápido. Alguien se acercaba.

Malfurion levantó la vista. También lo había notado.

—Tú —dijo Malfurion.

—*Isbnu-dal-dieb* —dijo Sylvanas Brisaveloz mientras levantaba su arco.

Esta era la oportunidad de Lorash. Su única oportunidad. Luchó para soltar las manos de las raíces que las sujetaban y estiró los dedos con desesperación para tomar sus últimos dos shurikens. Todo sucedió en un segundo.

En ese segundo, una guerra se desató sobre su cabeza.

El elfo de sangre contempló con asombro lo que sucedía. Las flechas envueltas en sombras y la magia teñida de verde surcaban el aire a toda velocidad. Una ráfaga de poder oscuro empujó hacia atrás a Malfurion y Lorash sintió que las raíces que lo sujetaban perdían fuerza.

Lorash logró soltar los dos brazos y aferró los shurikens con tanta fuerza que sentía que le atravesaban las palmas de las manos. No importaba si se envenenaba él mismo. Estaba tan cerca, tan *cerca*...

Malfurion lo miró. Miró las armas en sus manos. Las raíces que le envolvían el cuello lo apretaron con fuerza.

Lorash oyó un crujido. Tenía los ojos abiertos, su mente aún funcionaba, pero su cuerpo no le obedecía. Los pulmones no aspiraban el aire. Todo su cuerpo estaba adormecido. Los pensamientos se iban desvaneciendo.

—Tu pueblo *aún* no ha conquistado mi tierra —oyó que decía Malfurion. ¿A él o a Sylvanas? Lorash no lo sabía.

Pasaron unos segundos. La oscuridad comenzó a adueñarse de su visión. Era su propio veneno, probablemente. Sylvanas Brisaveloz estaba de pie a su lado y decía algo que él no podía oír. Si Lorash podía verla, eso significaba que Malfurion había escapado.

Maldición. Aún vive.

Lorash había fracasado. Se preguntó si vería a su familia al otro lado.



Chiques salió al claro del bosque con cuidado. La Capitana lo seguía lentamente.

Lorash yacía inmóvil en la tierra. Tenía una raíz alrededor de la garganta y su cabeza estaba apoyada en un ángulo extraño.

—Por todos los cielos... —suspiró Chiques.

La jefa de guerra giró en su dirección. Su arco aún latía con el poder oscuro y los ojos rojos escudriñaban su alma.

—¿Lo conocías?

—Pelemos juntos. —Chiques tuvo que hacer la pregunta obvia—. No sobrevivió, ¿verdad?

—No. Desafió a Malfurion en soledad y murió por eso —respondió Sylvanas.

—Bueno, todos tenemos que marcharnos alguna vez —murmuró el goblin.

La jefa de guerra hizo algo que no esperaba. Le sonrió.

—Son palabras muy sabias —dijo—. Preséntate ante el alto señor supremo Colmillosauro. Esta guerra apenas acaba de empezar.

CUARTA PARTE:
VICTORIA EN LA COSTA OSCURA



Una mano se posó sobre el hombro de Colmillosauro.

—Hemos llegado, alto señor supremo —dijo Morka.

Despertó al instante.

—¿Cómo sigue la batalla?

Morka sacudió la cabeza.

—Ya casi ha terminado.

Colmillosauro saltó del carro y levantó la vista. El sol aún estaba bajo. Eso significaba que no había dormido mucho, quizás unos quince minutos. Después de días y días de lucha, eso era un lujo. No disiparía la fatiga que agobiaba su mente, pero al menos refrescaría sus ideas.

Un lago se extendía frente a sus ojos. En el medio, una isla dividía las aguas, y sobre esa mancha de tierra se alzaba una pequeña aldea kaldorei. Astranaar. Uno de los últimos baluartes de los elfos de la noche en el camino hacia la costa. Rodeada de agua, con solo dos puentes que permitían el acceso, era perfecta como base de operaciones. Si los elfos de la noche ya la habían perdido, eso representaba una extraordinaria victoria para la Horda.

—¿No defendieron Astranaar? —preguntó Colmillosauro.

Morka se encogió de hombros.

—Los elfos de la noche ya estaban muertos antes de que llegáramos. Nuestros exploradores nos dicen que los cuerpos tenían señales de haber sido envenenados. Nuestros infiltrados deben haber sido... productivos.

Impresionante. A Colmillosauro le interesaba saber los nombres de los pícaros que habían hecho un trabajo tan impecable.

—Recorran el pueblo una vez más en busca de saboteadores y luego lleven todo a la posada. Astranaar es el último puesto de mando que necesitamos para asegurar Vallefresno —respondió. Quizás incluso tendría la posibilidad de dormir en una cama por unos minutos, en lugar de ese carro de madera que avanzaba a los tumbos por el camino.



Reinaba la calma. Al menos la calma que puede haber en un campo de batalla.

Sylvanas Brisaveloz se ocultaba en un enorme matorral de árboles, a varios kilómetros de distancia de las líneas de vanguardia de la Horda, para intentar atrapar a Malfurion Tempestira. Podía oír el ruido lejano de cientos de refriegas. Los gritos de los victoriosos, los aullidos de los moribundos... Todos se oían igual a la distancia. Era el sonido amorfo de la guerra.

Sylvanas no prestó atención a los ruidos. Se proponía cazar una presa mayor si lograba volver a encontrar su rastro.

Malfurion Tempestira estaba jugando sus piezas mejor de lo que ella imaginaba. No se había dejado acorralar. Durante días, había golpeado duro a la Horda y había hecho pedazos sus filas, para luego desaparecer otra vez en el bosque en el instante en que Sylvanas apenas lograba divisarlo fugazmente. No dejaba que la ira decidiera sus pasos.

Pero eso no cambiaría el resultado final de la batalla. Él tenía que saberlo.

¿Dónde podía estar ahora, si no era aquí? Sylvanas dejó de pensar un instante en ese problema mientras contemplaba el bosque que la rodeaba. Aquí, exactamente aquí, todo era *calma*. La clase de silencio que solo puede provenir de la muerte. A su alrededor yacían decenas de cuerpos mutilados, todos de la Horda.

—Al final, la muerte nos llega a todos —susurró Sylvanas Brisaveloz mientras miraba los cadáveres.

A pesar de su suave elegía, no había palabras de alivio para lo que habían sufrido antes de morir.

Sylvanas había visto la muerte en todas sus formas y circunstancias. Los cuerpos podían contar el relato. El testimonio del horror de los caídos estaba grabado en las hojas rotas por las pisadas, en el suelo perturbado por las raíces que se habían alzado para atrapar brazos y piernas y, desde luego, en la tierra chamuscada que marcaba los lugares donde habían muerto.

Un grupo de elfos de la noche, casi todos druidas o magos, se había ocultado en las profundidades de este matorral. Cuando las tropas de la Horda pasaron por el lugar, los kaldorei habían desatado una lluvia de flechas, magia, espadas y cualquier otro instrumento de guerra, y habían herido a casi todo el grupo.

Los treinta soldados de la Horda habían caído en cuestión de segundos. Los druidas habían invocado a las fuerzas de la naturaleza para vencer a la mayoría, y los magos habían atrapado a algunos en hielo. Quizás uno o dos habían muerto de inmediato. Los demás habían quedado indefensos. Doloridos, pero vivos.

Y solo entonces había comenzado la verdadera matanza.

Estos soldados de la Horda no habían muerto en un destello de fuego. Habían arvido lentamente, en agonía, envueltos en gritos. Los elfos de la noche habían hecho todo lo posible para prolongar el horror y aumentar el suplicio.

Malfurion se sentiría muy disgustado si viera lo que han hecho los suyos, pensó Sylvanas. La herida está abierta. La sangre no deja de manar, pero han usado su odio de la forma más dolorosa.

Los kaldorei sabían que estaban en inferioridad numérica. Sabían que su tierra natal estaba perdida. Quizás, en el fondo de su corazón algunos sabían (como ella) que un día Darnassus se consumiría en llamas. Lo único que pudieron hacer en medio de su furia fue causar sufrimiento a estas pobres almas.

No habían usado su poder para ganar una batalla ni tiempo para la evacuación de su pueblo. Lo habían usado para causar dolor, y nada más que dolor. La furia los había despojado de cualquier pretensión de trato civilizado y de cualquier resto de honor. Y habían mostrado quiénes eran realmente.

Eso era el efecto de la guerra. Ese era su *propósito*: darles permiso a los seres civilizados para hacer lo inimaginable. Solo entonces se podía lograr lo imposible.

Sylvanas lo había aprendido de una manera dolorosa. Muchos otros jamás lo entenderían.

Malfurion... Incluso a pesar de su ira ante lo inevitable, no había perdido la compostura. Quizá *no podía*.

Y por eso caerá.

¿Colmillosauro entendería eso algún día? Él conocía el mismo abismo al que ella se había asomado. Dranosh, su hijo, había sido un dechado de honor, pero eso no cambió nada cuando la muerte lo alcanzó. Colmillosauro había visto a su hijo sometido al poder del Rey Exánime. Ese día se había abierto una herida en su alma. Él mismo se había sentido morir.

En su interior, Sylvanas había tenido la sospecha de que Colmillosauro jamás regresaría a la guerra. Pero lo había hecho. La herida no había sanado, él simplemente había aprendido a convivir con eso. Y ahora parecía creer que ese honor lo sostendría hasta el fin de sus días.

El honor era lo único que le quedaba a Colmillosauro. El honor y la Horda. Sylvanas no podía imaginar qué sería de él si le quitaban alguna de esas dos cosas.

Se convertiría en mi enemigo. Y sería un enemigo terrible.

Afortunadamente para él, el honor y el refreno ahora eran exactamente lo que ella necesitaba. Quizá Colmillosauro encontrara una muerte gloriosa en el campo de batalla antes de tener que enfrentar un dilema que lo destrozaría.

O quizás el viejo orco me sorprenda, pensó. Quizás enfrente el mundo como es y elija seguir luchando a mi lado. De lo contrario...

Eso puede esperar.

Malfurion había estado en la frontera norte de Vallefresno por un tiempo, y luego había viajado hacia el sur. Sylvanas lo sabía con certeza. Por algún motivo, no había pasado por este matorral. ¿Qué era lo que había despertado su interés?

No había muchas opciones. No se oían ruidos de batalla hacia el sur. Astranaar estaba en esa dirección. Debería haber sido una zona de guerra. Si no lo era, había un plan.

Sylvanas salió del matorral y se dirigió hacia el sur. Sus instintos la llevaban en dirección a Astranaar.



La batalla estaba llegando a su fin. Colmillosauro lo sabía. La Horda lo sabía. Y los elfos de la noche parecían saberlo, porque luchaban con más desesperación que nunca.

Colmillosauro se inclinó sobre la mesa más grande del salón de la posada y estudió cuidadosamente el mapa de Vallefresno con sus estrategias. Sus subordinados ya habían marcado los últimos movimientos de la Horda y avistamientos de la Alianza en el mapa. Las líneas de vanguardia se habían adelantado mucho en el sur, pero las del norte también avanzaban con rapidez. Malfurion había desgarrado duramente las filas de la Horda en el lado norte, pero los refuerzos ya habían llegado y estaban reemplazando a los caídos. Al ver el mapa, parecía que los últimos restos de resistencia de los elfos de la noche estaban cayendo bajo una avalancha de marcadores.

Ya no quedaban bastiones conocidos de los elfos de la noche, desde los Baldíos del Norte hasta Astranaar. Los kaldorei habían enviado exploradores que aprovechaban cualquier oportunidad para sembrar el caos en las filas de la Horda, pero ese era un problema menor. Todas las rutas de abastecimiento estaban bien protegidas, y de todas formas las líneas del frente de batalla contaban con suficientes suministros para llegar hasta Darnassus.

Hemos tomado Vallefresno. No lo dijo en voz alta. Era mejor no tentar al destino, especialmente cuando él mismo apenas podía creerlo. La victoria había sido demasiado fácil.

Y, además, Vallefresno no era el objetivo final. Era solo la pieza más grande del rompecabezas.

Colmillosauro trazó un camino con los dedos a lo largo de la línea de la costa, desde los límites de Vallefresno hasta la Costa Oscura, donde la Horda lanzaría su ataque nada menos que contra Darnassus.

—Debemos iniciar los preparativos para el asalto final —dijo.

—¿No nos detendremos hasta la Costa Oscura? —preguntó un orco.

—Sentaremos base en la costa, al sur. —Colmillosauro señaló un lugar no muy lejano en el mapa. La Avanzada de Zoram'gar. La Horda no la había usado mucho desde la destitución de Grito Infernal. Era un buen lugar para reagruparse—. Hay un claro desde Vallefresno hasta la playa. Los elfos de la noche no se atreverán a atacarnos a campo abierto. Podemos tomar la costa fácilmente.

—La flota de los elfos de la noche puede regresar pronto —dijo un elfo de sangre—. Si tenemos suerte, quizá tarden días en llegar. Pero pueden volver desde Feralas esta misma tarde. En la playa podríamos quedar expuestos a su ataque.

—Si la flota nos bombardea en lugar de evacuar al resto de sus ciudadanos... —Colmillosauro se detuvo. Eso era exactamente lo que haría la flota ¿o no? Esas naves podían evacuar a muchísimos elfos de la noche del Árbol del Mundo, pero no tendrían tiempo de subirlos a bordo. Si la flota retrasaba a la Horda en lugar de intentar ayudar en la evacuación, podrían escapar muchos más—. Tienes razón. ¿Cuántas armas de asedio nos quedan?

Tras la pregunta comenzaron los análisis. Después de comparar la información, los estrategas determinaron que los elfos de la noche habían logrado destruir o dañar aproximadamente la mitad de las armas de asedio de la Horda. Era más de lo que Colmillosauro hubiera preferido, pero no era una calamidad. Después de todo, esas armas eran el objetivo más importante de los elfos de la noche. Si la Horda no podía colocar máquinas de asedio en la Costa Oscura, no tendría cobertura para el asalto en el Árbol del Mundo.

Pero aún tenemos suficientes. Más que suficientes. Colmillosauro dio más órdenes.

—Traigan las armas de asedio aquí. Estarán a salvo hasta que llegemos a la costa.

Durante la siguiente hora, las armas y sus tripulantes entraron al pueblo y se estacionaron a lo largo del camino principal de Astranaar. Colmillosauro apenas prestó atención a las operaciones. Estaba concentrado en los mapas que había sobre la mesa, donde sus subordinados trazaban nueva información. Alguien desplegó el mapa de los océanos entre Kalimdor y los Reinos del Este y marcó los progresos de los refuerzos de la Alianza. La flota aún demoraría varios días. Estaban demasiado lejos para marcar una diferencia.

La Horda aún tenía un largo camino por delante, se recordó a sí mismo Colmillosauro. Un *largo* camino. Faltaba mucho para dejar de matar y morir, pero la estrategia que los había ayudado a llegar tan lejos también los llevaría hasta la costa occidental.

La lucha había cobrado un ritmo que los elfos de la noche ya no podían parar. Los ejércitos de Colmillosauro avanzaban en grupos pequeños hasta que encontraban resistencia, y entonces

simplemente se mantenían firmes en el lugar. Los elfos de la noche no eran tantos, y solo podían resistir en uno o dos lugares. Desde luego, Malfurion era en sí mismo un frente de batalla, pero Sylvanas lo seguía de cerca con la expectativa de aprovechar el más mínimo descanso para poder atraparlo. Todo el resto de la ofensiva consistía en presionar y avanzar. Si los elfos de la noche retrocedían, eran hostigados por los exploradores de la Horda. Si mantenían su posición, eran rodeados rápidamente. La Horda no necesitaba romper sus defensas; podía encerrarlos.

Por eso todo parecía simple y fácil. Pero la guerra no era ni una cosa ni la otra.

Muchas veces, los soldados de la Horda avanzaban y caían en una emboscada. Malfurion lograba golpear con fuerza en las filas y mataba a los tontos que osaban atacarlo. En el recuento final habría más soldados de la Horda muertos que kaldorei.

Pero Colmillosauro lo había previsto. No le agradaba, pero amenazar el hogar de un enemigo e invadir sus tierras son cosas que tienen un precio.

Si este es el costo que debemos pagar para cesar la próxima guerra antes de que empiece, vale la pena.

Un mensajero llegó a la posada. Era un renegado que lucía la insignia de la guardia de honor personal de la jefa de guerra.

—¿Alto señor supremo Colmillosauro? Afuera, ahora.

Colmillosauro lo miró fijamente un segundo. *Parece que alguien necesita aprender qué es el respeto.* Luego volvió a concentrarse en los mapas.

—Entrega tu mensaje y vete.

—La jefa de guerra lo espera. ¿Acaso no sigue sus órdenes, alto señor supremo?

—preguntó el no-muerto.

Si Colmillosauro le hubiera hablado así a Puño Negro, su primer jefe de guerra, le habrían arrancado la cabeza. Pero decidió obedecer. *No vale la pena matarlo.* Colmillosauro dio tres pasos hacia la puerta y luego recordó su hacha, que aún estaba sobre la mesa. La fatiga lo estaba agobiando. Con un gruñido, volvió a buscarla.

Morka, la guardia, pasó junto a Colmillosauro con la mirada clavada en el mensajero.

—¿Cómo te llamas, muchacho?

—Soy el emisario de mi reina —respondió el mensajero—. Eso tendría que bastar para los de tu *calaña*.

La mano de Colmillosauro se cerró sobre la empuñadura de su hacha.

—Te hizo una pregunta —rugió—. ¿Cómo te llamas?

—Ya conoces tus órdenes. Afuera, alto señor supremo. ¿Por cuánto tiempo más desobedecerás a tu jefa de guerra? —preguntó el renegado sin inmutarse.

Colmillosauro contrajo la mandíbula. Miró por un segundo a Morka y dio un paso adelante.

—Creo que mi jefa de guerra te importa un comino —dijo Colmillosauro. Ni siquiera el más ferviente de los renegados podía actuar de ese modo. Pero alguien que tratara de *imitar* a un renegado... — Dime, elfo de la noche, ¿con qué nombre te llama Malfurion?

La expresión del mensajero no se alteró, pero comenzó a mover los dedos... hacia la muñeca.

Eso fue suficiente. Colmillosauro levantó su hacha y gritó.

—Saca tu espada, asesino, ¡o muere en la fuga!

Y lo atacó.

La criatura disfrazada de renegado sacó sus dagas ocultas. Las puntas de las hojas dibujaron trazos oscuros de humo en el aire. Un simple rasguño sería mortal. Mientras Colmillosauro revoleaba su hacha, el asesino apoyó una rodilla en el suelo e intentó cortar las piernas del orco.

Debe ser joven, pensó Colmillosauro. Los guerreros de más edad sabían que no valía la pena desperdiciar la única oportunidad de sobrevivir con un ataque tan complicado.

Antes de que las dagas lo tocaran, Colmillosauro usó su bota para atrapar al asesino por debajo de la mandíbula y lo puso de pie. El hacha lo golpeó, le atravesó el cuello y se detuvo con un ruido sordo contra su espinazo.

El disfraz se desvaneció y Colmillosauro contempló los ojos del elfo de la noche que había intentado matarlo. *Sí*. Era joven. Apenas más grande que un niño, según los estándares de los elfos de la noche. Colmillosauro giró el hacha para liberarla y dejó que su enemigo se derrumbara. El muchacho golpeó contra el suelo con un horripilante ruido sordo y las tablas de madera quedaron manchadas con su sangre. Sus ojos aún seguían clavados en la cara de Colmillosauro.

Colmillosauro recordaría esa expresión. Era una de las terribles verdades de la guerra: los jóvenes morían y los sobrevivientes cargaban con la maldición de recordar cómo había sucedido.

—Descansa —le dijo Colmillosauro—. Mueres con honor. Nadie puede pedir más.

La cara del elfo se contrajo y, por un momento, Colmillosauro creyó que estaba a punto de llorar. Pero no fue así. Con su último suspiro, el pícaro agonizante escupió sobre las botas de Colmillosauro y le dejó un trazo de sangre y saliva en la armadura. Luego quedó inmóvil.

Morka se paró junto a Colmillosauro con un hacha pequeña en cada mano. Todo había sucedido demasiado rápido y no había tenido tiempo de usarlas.

—Desafiante hasta el final —observó—. Su gente estaría orgullosa.

Colmillosauro estuvo de acuerdo. *Semejante espíritu. Y ni siquiera supe cómo se llamaba.*

—Hiciste un buen trabajo al detectar a este asesino —le dijo a Morka—. Pero jamás debió haber llegado hasta aquí.

Salió a grandes pasos, gruñendo. Por todas partes había grupos de asedio, guardias y soldados. Astranaar estaba tomada por la Horda y nadie se había percatado del extraño que caminaba entre ellos. Nadie le había impedido el paso.

Sería un placer explicarles eso hasta la humillación.

—¡Escuchen bien! —comenzó a hablar. Las cabezas giraron en su dirección. Los ojos se posaron en las manchas de sangre de su armadura y de su hacha—. ¿Hace falta recordarle a la Horda que *estamos en guerra*? ¿Hace falta que la Horda...?

Y entonces se detuvo. Sus siguientes pulsaciones parecieron durar una eternidad. Su mente confundida por la fatiga finalmente se había puesto a la altura de sus instintos de supervivencia, desarrollados a fuerza de sufrimiento. Ese muchacho no había sido enviado a matarlo.

Había intentado por todos los medios que *saliera*.

En su apuro por regañar a los guardias, Colmillosauro había hecho exactamente lo que el muchacho quería. *Te acabas de suicidar, viejo tonto*. Se dio vuelta y corrió para volver a la posada. Un segundo después, la tierra tembló cuando Malfurion Tempestira aterrizaba exactamente en el lugar donde él había estado parado.

—¡*Lok-Narash!* —gritó Colmillosauro—. ¡*A las armas!*

Sus consejeros y estrategas ya habían formado una línea en el salón de la posada. Hicieron pasar a Colmillosauro detrás de la fila y se mantuvieron listos. Como muchas otras edificaciones de los elfos de la noche, la posada tenía paredes abiertas en tres de sus lados, lo que les permitía ver el caos que se había desatado afuera. Los grupos de asedio se alejaban de Malfurion a los tumbos, pero al instante caían con flechas y dagas clavadas en la espalda.

No era solo Malfurion. Era la última defensa de los kaldorei en Vallefresno, un golpe de decapitación contra el comandante de esta batalla. Habían atraído tan fácilmente a Colmillosauro... Astranaar era una isla con acceso limitado. Un lugar fácil de defender.

Un lugar del que era imposible escapar.

Y Colmillosauro acababa de buscar refugio en una edificación casi sin paredes. Para luchar contra un archidruida.

Este es el fin.

Mientras el sonido del caos seguía creciendo afuera, la posada se oscureció. Malfurion Tempestira avanzó a través de la puerta con los ojos fijos en Colmillosauro. Tres de los consejeros del alto señor supremo arremetieron contra él.

—¡Alto! —gritó Colmillosauro.

Malfurion se movió, y las garras metálicas sujetas a sus muñecas rápidamente despacharon a los dos orcos y al elfo de sangre. Siguió avanzando sobre sus cuerpos.

Morka apoyó una mano en el hombro de Colmillosauro.

—Corre, alto señor supremo —le dijo—. Te daremos tiempo.

No. No podrían darle más que unos segundos. Había llegado el momento de morir con honor.

—Toma los mapas —susurró—. Llévalos a la jefa de guerra.

Morka abrió los ojos con asombro, pero Colmillosauro ya se había alejado, rugiendo.

—¡Malfurion Tempestira! ¡Te desafío a un mak'gora!

Incluso a él le sonaron extrañas esas palabras. ¿Qué sentido tenía para un elfo de la noche un duelo orco a muerte? Eso no importaba. Malfurion estaba aquí por Colmillosauro, no para matar consejeros.

Colmillosauro miró a los demás soldados de la Horda que estaban en la posada. Al ver la confusión en sus ojos, levantó aún más la voz.

—¡Tempestira es *mío*, mascotas sin agallas! ¡Si no se van de esta posada en cinco segundos, yo mismo los mataré!

Morka lo miró furiosa, pero obedeció. Tomó rápidamente el portamapas y salió corriendo. Los demás la siguieron a toda velocidad.

Malfurion no dejaba de mirar a Colmillosauro.

—¿Un duelo, Colmillosauro? —le preguntó en tono calmo. Era calmo como el ojo de una tormenta, como el suelo recién removido de una tumba. El archidruida avanzó despacio hacia el lugar en el que esperaba Colmillosauro—. ¿Crees que me interesa batirme a duelo?

—Puedes correr si sientes temor —dijo Colmillosauro. Trataba de ganar tiempo. Eso era todo. Su única esperanza de victoria era que le entregaran a Sylvanas el mapa con los últimos movimientos de las tropas de la Horda para que la batalla pudiera continuar—. O puedes luchar conmigo para intentar hacerme caer.

Malfurion no dijo nada. Levantó los brazos y la posada tembló. Los pisos y el techo de madera comenzaron a crujir y gemir.

Los labios de Colmillosauro se contrajeron en un gruñido. El poder de la naturaleza no aparecía en la fuerza de un puño o el filo de una espada. Aparecía cuando un bosque era convertido en cenizas por las llamas y sin embargo volvía a nacer en pocos años. Aparecía cuando una ciudad otrora poderosa era devorada por la vegetación después de haber permanecido abandonada durante una década. Aparecía en miles de generaciones de predadores y presas, que vivían y cazaban con los instintos de sus ancestros.

En las manos de un druida, ese poder podía condensar siglos en un minuto. En las manos de Malfurion...

Esta posada y todo lo que había en su interior quedaría reducido a polvo en unos segundos.

Colmillosauro saltó hacia adelante blandiendo su hacha mientras las raíces y las enredaderas destrozaban la posada. Malfurion se apartó con facilidad para evitar el ataque y extendió las garras metálicas de sus manos hacia la cabeza de Colmillosauro. El orco las apartó con la empuñadura de su hacha. Apenas.

Colmillosauro lanzó un rugido, el hacha surcó el aire, y Malfurion volvió a atacarlo. Esta vez, sus garras encontraron una brecha en la armadura a la altura de los hombros.

La sangre regó el suelo. Surgieron raíces por todas partes. Un verdadero *bosque* de raíces aferró los tobillos de Colmillosauro, que se movió frenéticamente para apartarlas mientras cercenaba las plantas que intentaban atraparlo.

Cuando los pedazos de techo comenzaron a caer a su alrededor, el orco aceptó su muerte. Contra una criatura como Tempestira, la derrota no era un deshonor. Colmillosauro simplemente debía encontrar su fin sin rendirse.

Una explosión repentina lo hizo caer, aturdido. Colmillosauro cerró los ojos. *Ya está.* Sintió que las manos se le entumecían, estremecidas por el poder oscuro que rugía entre las ruinas de la posada...

¿Poder oscuro?

Colmillosauro abrió los ojos. Malfurion ya no lo miraba. Tenía los brazos cruzados contra la cara mientras una flecha envuelta en un humo de tonos violáceos explotaba justo frente a él. Una luz esmeralda surgió en la oscuridad y Malfurion arremetió para luchar con Sylvanas Brisaveloz, que ya estaba lanzándole otra flecha a quemarropa.

Colmillosauro quiso saltar para ponerse de pie, pero las piernas no le obedecían.

La posada se desplomó sobre su cabeza y quedó envuelto en la oscuridad y el dolor. Pero no estaba muerto. No todavía.

La muerte no podía doler tanto.



Lo que realmente me irrita de los elfos de la noche, se decía Nathanos entre gruñidos, es que son demasiado perseverantes.

La mayoría de las criaturas dejaban de luchar cuando las garras de una derrota inminente se cerraban a su alrededor. Los animales atemorizados podían huir con una velocidad extraordinaria, pero cuando se imponía la certeza de la muerte, dejaban de correr. El último atisbo de consuelo que podían permitirse era morir sin fatiga. Los kaldorei no compartían esa visión. Y Nathanos se veía obligado a perseguirlos y cazarlos uno por uno hasta el amargo final.

Esto ya había dejado de ser divertido.

Regresó a Astranaar reprendiéndose a sí mismo. Decenas de elfos de la noche, entre los que estaba Malfurion Tempestira, habían escapado de la aldea después de su ataque. Nathanos solo había podido rastrear a dos, y le parecía dudoso que alguien más hubiera podido atrapar al menos a uno. Incluso Sylvanas probablemente regresaría con las manos vacías.

Pero ella perseguía a la presa más grande de todas. Así que no había excusas.

Ya no había caos en Astranaar. Los heridos recibían atención, los muertos eran registrados y los que quedaban vivos habían vuelto al combate, aunque un poco perturbados. Enfrentar a una criatura que había dominado la naturaleza durante más de diez mil años era una experiencia imposible de describir.

Al menos las masas ingratas de la Horda finalmente le darán a la jefa de guerra el respeto que se merece. Una y otra vez, Malfurion había atacado a grupos de la Horda y ella había intervenido. Gracias a su ayuda, se habían salvado cientos, quizá miles de vidas.

La jefa de guerra jamás había merecido algo que no fuera completa devoción, pero ahora además se había ganado la estima de la Horda.

Ya era hora.

Varios soldados excavaban con frenesí en los escombros de la posada del pueblo, donde aparentemente había caído Colmillosauro. Si los rumores eran ciertos, había perecido en un duelo con Tempestira. Las tareas de rescate eran supervisadas por una orco que Nathanos reconoció al instante. *Es la que me sacó la daga, pensó risueño.*

—¿Murió bien? —preguntó Nathanos.

Morka levantó la vista de los escombros y lo miró con irritación.

—Estaba vivo la última vez que lo vi. ¿Puedes ayudar? —Su voz sonaba exaltada.

Nathanos comenzó a apartar los escombros sin decir palabra. Más allá de que Colmillosauro estuviera vivo o muerto, la Horda debía seguir adelante, y para los más sentimentales sería difícil hasta que supieran con certeza cuál había sido el destino del alto señor supremo.

Diez minutos después, alguien gritó.

—¡Está vivo!

Todas las manos descendieron para quitar los últimos restos de vigas y tablas del cuerpo del comandante orco, y finalmente sacaron a Colmillosauro entre los gritos de alegría de todos los soldados que estaban en Astranaar. El orco estaba bañado en sangre y agotado, pero claramente estaba vivo.

Bien. Odiaría perderme la muerte de un orco tan testarudo. Nathanos esperó a que los sanadores evaluaran el daño (algunos cortes, un par de costillas rotas y muchos moretones, todo solucionado rápidamente) antes de acercarse al alto señor supremo. Colmillosauro permanecía sentado sobre los escombros mientras recobraba el aliento con la mirada clavada en el suelo.

—¿Tuviste un buen descanso? —dijo Nathanos.

Colmillosauro tosió y resopló.

—La mejor siesta que he tenido en días. ¿Cómo sigue la batalla?

—Tú me dirás, alto señor supremo —respondió el renegado—. ¿Cuál es nuestra próxima jugada?

—¿Otra vez dejaste que se escapara Tempestira? —Colmillosauro lo miró fijamente.

Nathanos contuvo un atisbo de ira.

—Después de que tú lo dejaras escapar, sí.

Colmillosauro escupió.

—Entonces procederemos según lo planeado. ¿Qué nos dicen nuestros exploradores? ¿Hacia dónde están retrocediendo los elfos de la noche?

Morka habló.

—Se están yendo de Vallefresno. Creemos que están abandonando estas tierras.

Un murmullo se extendió por la Horda. Los soldados que ocupaban el camino principal se apartaron. Sylvanas Brisaveloz había regresado y avanzaba a grandes pasos en dirección a Nathanos.

Tristemente, no traía la cabeza de Malfurion en las manos.

Colmillosauro levantó la voz.

—¿Es verdad, jefa de guerra? ¿Han abandonado la región?

Sylvanas asintió y le habló a toda la multitud.

—Vallefresno le pertenece a la Horda.

El clamor no tardó en extenderse. Los soldados levantaron los puños y las armas y lanzaron gritos de victoria. Nathanos no sonreía. La guerra aún no estaba ganada.

Sylvanas se volvió hacia Colmillosauro. Su voz se coló con suavidad en medio del estruendo para que solo Colmillosauro y Nathanos pudieran oírla.

—¿Aún puedes luchar, alto señor supremo? ¿Estás preparado para el final?

Colmillosauro golpeó el dorso de su hacha contra la armadura.

—Estoy listo, jefa de guerra. Capturemos Darnassus para la Horda.



Los elfos de la noche se habían ido de Vallefresno por completo. Cuando la Horda comprendió que ya no había más emboscadas, trampas ni enemigos, avanzó a toda marcha. Todos querían estar en primera línea cuando llegara el momento de asaltar el Árbol del Mundo. La promesa de gloria daba vueltas en la cabeza de cada uno de los soldados. Colmillosauro lo sabía.

Las líneas de vanguardia del ejército llegaron a la costa occidental de Kalimdor en pocas horas. Colmillosauro evaluó el terreno de inmediato. El camino desde los bosques encantados de Vallefresno doblaba hacia el norte hasta llegar a un bosque más pequeño. Ese camino los llevaría a la Costa Oscura.

La resistencia sería feroz. Los elfos de la noche habían abandonado Vallefresno porque ya no ofrecía lugares para sostener una posición. Aquí, a lo largo de la costa, las impasibles cadenas montañosas oprimían el bosque hasta convertirlo en una línea de tierra muy delgada. Sin duda, la última defensa desesperada de Darnassus se daría en este lugar.

Malfurion estaría al mando. Cuanto más se demorara la Horda, más tiempo tendría el archidruida para prepararse.

Colmillosauro les ordenó a los soldados que establecieran una base de operaciones provisoria en las costas, cerca de las ruinas de la Avanzada de Zoram'gar. Los elfos de la noche jamás abandonarían la seguridad de los árboles para atacar en un espacio abierto, y por ende la Horda podría reparar sus equipos, comer, beber, descansar y aliviar sus dolores sin temor a represalias.

—Estamos cerca, soldados de la Horda —anunció Colmillosauro—. Esta es la última oportunidad que tienen para descansar. Prepárense. Tomaremos el Árbol del Mundo antes de que caiga la noche.

Colmillosauro y Sylvanas se acuclillaron sobre el mapa para planificar sus movimientos finales. Estuvieron de acuerdo en que no había necesidad de hacer maniobras complicadas: avanzar, encontrar al enemigo y enfrentarlo lo mejor que pudieran.

—Yo lideraré el asalto —dijo Colmillosauro—. Tú debes quedarte en la retaguardia.

La jefa de guerra levantó las cejas.

—Malfurion estará allí, alto señor supremo —le respondió.

—Necesito que ataque con todo lo que pueda. Tempestira quiere mi cabeza. No se refrenará. A partir de ahí, sabremos hasta dónde llegan sus defensas y podremos planear cómo vencerlas.

Sylvanas contrajo las comisuras de la boca.

—Me quedaré en el límite del bosque, si así lo deseas. —Era evidente que no imaginaba que Colmillosauro pudiera sobrevivir.

No la culpaba por pensar así.

No faltaron voluntarios para acompañar a Colmillosauro. En menos de diez minutos, él y más de cien soldados de la Horda se adentraron en los bosques en dirección al norte. Mantenían una corta distancia entre sí y permanecían cerca para pelear juntos de ser necesario. Colmillosauro sujetaba su hacha con fuerza. Sus ojos escudriñaban los árboles a medida que avanzaban, a la espera de que Tempestira se mostrara.

Pasaron varios minutos. La Horda seguía avanzando paso a paso y en silencio, a excepción del ruido de sus pisadas sobre la tierra y el follaje. Aunque el terreno no era parejo, tampoco era difícil de atravesar. Cada tanto aparecían algunos arroyuelos. Cada vez que cruzaba uno, Colmillosauro imaginaba que las flechas comenzarían a silbar sobre su cabeza o que las raíces lo atraparían por los tobillos y lo sumergirían en el agua. No sucedió nada de eso. Algunos fuegos fatuos revoloteaban distraídamente, pero eran inofensivos en cantidades pequeñas. La mayoría se mantenía en lo alto, cerca de las ramas.

El bosque estaba callado. Inmóvil. Vacío. Los soldados de la Horda seguían mirando hacia arriba para inspeccionar los árboles, pero las copas no eran tan cerradas como en Valle Fresno. Los fuegos fatuos brillaban en las alturas y ofrecían suficiente iluminación para despejar las sombras. Los elfos de la noche no podían emboscar a la Horda desde allí.

Es imposible que hayan abandonado este lugar, pensaba Colmillosauro. Sin embargo, así parecía.

No había transcurrido mucho tiempo cuando divisó las playas arenosas de la Costa Oscura a través de los árboles. El enemigo seguía sin aparecer. Vio algunos movimientos a lo lejos: allá en la costa, la población de los elfos de la noche abandonaba el Árbol del Mundo. Algunos señalaron a Colmillosauro y a la Horda y lanzaron gritos de advertencia.

¿Malfurion está esperando que llegue la noche? El sol caía sobre el horizonte, pero la Horda tomaría la Costa Oscura mucho antes del ocaso si no enfrentaba ninguna resistencia.

Colmillosauro sintió que se le erizaba la piel. Sus instintos le decían que estaba yendo hacia una trampa, pero retroceder antes de descubrirla no tenía sentido. Siguió avanzando. *Tenemos que obligar a Malfurion a revelarse.*

Un fuego fatuo pasó volando frente a sus ojos. Colmillosauro lo apartó con la mano izquierda en un gesto ausente. El fuego fatuo lo picó. Parecía atacarlo en la palma de la mano expuesta. Voló a su alrededor a toda velocidad y luego se posó sobre el cuero cabelludo y le cubrió la cabeza.

Colmillosauro lanzó un gruñido. El fuego fatuo volvía a aplicar su poder contra la piel. Le dio un golpe, con fuerza para alejarlo. Vio otros fuegos fatuos arriba, en los árboles. Volaban con movimientos nerviosos, inquietos. Colmillosauro supuso que no aprobaban lo que acababa de hacer.

Los insultos y gruñidos silentes llamaron su atención. Los demás miembros de la Horda también trataban de apartar a otros fuegos fatuos. Colmillosauro se quedó quieto. Era habitual que los fuegos fatuos se agruparan y jugaran antes de la puesta del sol, aunque no eran agresivos. No habitualmente.

Pero él los había visto así antes.

En lo alto del Monte Hyjal, un señor demoníaco había avanzado hacia Nordrassil con el objetivo de obtener su poder para la Legión Ardiente. Colmillosauro había luchado en esa batalla y había contenido las oleadas de demonios con desesperación...

...mientras Malfurion Tempestira invocaba la ayuda de sus ancestros...

...y miles, no, *millones* de fuegos fatuos respondían a su llamado...

En pequeñas cantidades, los fuegos fatuos eran inofensivos.

En grandes cantidades...

—¡Retrocedan! —rugió Colmillosauro—. ¡Horda, retrocedan! ¡Ahora! ¡Corran!

La mayor parte de los soldados de la Horda obedecieron sus órdenes, pero muchos no reconocieron el peligro y no huyeron a tiempo.

Una voz tronó en el bosque, con una promesa de venganza.

—*Ash karath* —dijo Malfurion Tempestira.

Los fuegos fatuos descendieron de las ramas como un sólido muro brillante y furioso. Rodearon a los rezagados y a los más lentos y los envolvieron en un capullo de luz a través del cual solo se oían aullidos de agonía.

—¡*Corran!* —volvió a gritar Colmillosauro, y esta vez nadie dudó. La Horda comenzó a huir. Los soldados dejaban caer armas, escudos y armaduras a su paso. Todos salieron desbandados para ponerse a salvo. Ninguno había estado en el Monte Hyjal aquel día, pero todos conocían la historia.

Los fuegos fatuos rasgaron la armadura del alto señor supremo. Colmillosauro se cubrió la cabeza con los brazos y corrió desesperadamente. El calor que emanaba de la furia de los fuegos fatuos —la ira de los ancestros de los kaldorei— se afanaba en quemar su armadura, abrasar la carne, penetrar hasta los huesos y las entrañas, y deshacerlo en pedazos.

El poder de los fuegos fatuos había destruido a un señor demoníaco. Masacraría fácilmente a los mortales de la Horda.

Las botas blindadas de Colmillosauro eran pesadas. Corría el riesgo de que quedaran atrapadas en las raíces y las piedras del camino. Y caer equivalía a perder la vida. Colmillosauro siguió corriendo hasta que finalmente salió del bosque y llegó a la costa. Con el aliento entrecortado, giró para ver cuántos otros lograrían escapar.

Más de cien soldados de la Horda habían entrado al bosque. Menos de una docena logró salir a la costa, cerca de la Avanzada de Zoram'gar. Los fuegos fatuos zumbaban con furia en los límites del bosque y zigzagueaban con movimientos erráticos, esperando que la Horda volviese a sus brazos. Se extendieron hasta formar un muro sólido desde la línea de la costa hasta las montañas. Todo el bosque al norte estaba protegido.

Sylvanas permanecía inmóvil en el claro y observaba todo lo que sucedía con una expresión ininteligible.

El muro formado por los fuegos fatuos se abrió en el centro del bosque, apenas lo suficiente para que los soldados de la Horda pudieran ver entre los árboles. Allí, de pie en una elevación del terreno, estaban Malfurion Tempestira y muchos otros elfos de la noche.

—Esto se termina ahora —dijo Malfurion. Su voz salió del bosque y llegó a la orilla—. La Horda no dará un paso más en nuestra tierra, a menos que deje su vida aquí. Lo prometo.

Los fuegos fatuos cerraron filas y Malfurion desapareció.

Sylvanas no apartó la vista del lugar donde acababa de verlo.

Colmillosauro mantuvo la vista fija un instante mientras ordenaba sus pensamientos. El terror había pasado. Ahora era el momento de analizar las opciones estratégicas. Los fuegos fatuos seguían allí, y caerían sobre cualquier enemigo que se les acercara.

No podemos cruzar esa línea. No con facilidad. Podía lanzar a todo su ejército a esa trampa mortal, pero no estaba seguro de que la Horda pudiera vencer. Podía ordenarles a todos sus magos que incendiaran los árboles, pero no estaba seguro de que las llamas lograran propagarse. Los fuegos fatuos simplemente podrían volar en círculos alrededor del fuego y disipar el calor.

Las armas de asedio. Esa era la respuesta: ataques de cobertura que trazaran arcos hacia los árboles desde una distancia segura hasta que Malfurion y sus aliados se viesan obligados a retroceder. La Horda ya controlaba las costas. Lo único que debía hacer Colmillosauro...

—¡La Alianza! ¡Naves de la Alianza! ¡Al sudoeste!

El grito interrumpió sus pensamientos. Colmillosauro sintió que se le estrujaba el corazón. Los destellos de fuego de las armas atravesaban el mar. Los disparos de los cañones y las gujas rugían sobre las olas. Las explosiones resonaban en toda la línea de la costa y abrían enormes agujeros en las filas de la Horda.

La flota de los elfos de la noche había regresado. Tal vez los navíos habían estado esperando fuera de la vista, más allá de los límites de la costa, hasta que la Horda cayera en la trampa de Malfurion. Y ahora podían disparar a mansalva.

Los elfos de la noche finalmente habían conjurado un milagro. La Horda no podía resistir en la costa. Debían retirarse o sería una masacre.

—¡Vuelvan a los árboles! ¡Regresamos a Vallefresno! —gritó Colmillosauro.

Sus subordinados oyeron el grito y la Horda comenzó a moverse rápidamente. Se retiraban. Los disparos de la Alianza los persiguieron durante todo el camino de regreso hasta el refugio de los bosques al este.

Sylvanas no se movió. Apenas echó una mirada al océano. Colmillosauro y sus guardias permanecieron cerca de ella en el límite de los bosques del norte. La flota no les dispararía allí, no tan cerca de sus ancestros.

—Los elfos de la noche nos han aventajado, alto señor supremo —dijo Sylvanas. Parecía irritada.

—Así es.

—No podemos avanzar por este bosque, y no podemos traer nuestras armas de asedio a la costa sin perderlas —agregó Sylvanas—. Los refuerzos de la Alianza llegarán antes de que podamos quebrar esta situación, incluso de la forma más difícil. ¿Estás de acuerdo?

—Sí, jefa de guerra. —Colmillosauro no podía pensar en una solución que sirviera. Y “la forma más difícil” llevaría demasiado tiempo, si es que funcionaba. Quizá... *Quizá* con el trabajo conjunto de los magos, los hechiceros y los chamanes, la Horda podría obligar a los fuegos fatuos a retroceder un árbol a la vez y luego destruir cada árbol para eliminarlos centímetro a centímetro. ¿Pero cómo lograr todo eso mientras los atacaban por agua? Se necesitarían semanas. Los refuerzos de la Alianza llegarían, y sería imposible cruzar las aguas desde la Costa Oscura.

Tal como estaban las cosas, los elfos de la noche ganarían esta batalla.

Ahora era la Horda la que necesitaba un milagro.

Sylvanas se acercó a los fuegos fatuos mientras los contemplaba con calma. Colmillosauro apretó los dientes, pero no dijo nada. La jefa de guerra enfrentó el muro de luces que revoloteaban como si se tratara del mismísimo Malfurion. Y quizás era así.

Sylvanas se dio vuelta.

—Estoy preparada para batirme a duelo con Malfurion yo sola.

Colmillosauro no creía haber oído nunca una idea peor, no en circunstancias tan nefastas.

—Jefa de guerra...

Ella lo interrumpió.

—Lo sé. Estaré sola contra él, el resto de su ejército y *también* los espíritus de sus ancestros. Será... difícil de ganar —agregó con sequedad—. Pero ya casi los tenemos. No retrocederé.

Las naves de los elfos de la noche comenzaron a disparar de nuevo. Los disparos caían cerca, y las explosiones formaban torbellinos de arena que se elevaban en el aire. Algunos de los guardias de Colmillosauro se encogieron con temor. Sylvanas no. Colmillosauro tampoco. *Solo están probando su alcance*, sabía.

—Los fuegos fatuos solo son peligrosos en grandes cantidades —dijo Colmillosauro—. ¿Puedes... matarlos, jefa de guerra? ¿Los que sean necesarios?

Sylvanas observó los fuegos fatuos durante unos minutos y luego sacudió la cabeza.

—No los suficientes para marcar una diferencia. Pero podemos dispersarlos. Lleva a todos los que necesites, Colmillosauro, y ve a Frondavil. Encuentra un camino a través de las montañas hacia la Costa Oscura y arrasa con el bosque por la retaguardia. Cuando oiga que el ataque comienza, yo lideraré

al resto de los soldados de la Horda a través del frente. Presionaremos a Malfurion por los dos lados. Hoy caerá vencido.

—Jefa de guerra, no hay ruta a través de Frondavil —dijo Colmillosauro.

—Encuentra una o ábrela tú mismo —respondió ella con frialdad—. Deja las armas de asedio bajo mi mando, y también a algunos de tus guardias que sepan nadar.

—¿Nadar? —preguntó Colmillosauro.

—Los necesitare para enfrentar a la flota —respondió Sylvanas.



—¿Cuántos contrabandistas conoces? —preguntó Colmillosauro.

Nathanos entrecerró los ojos.

—¿Qué has dicho?

—La jefa de guerra nos ha encomendado la misión de encontrar una ruta a través de las montañas en Frondavil. —Colmillosauro se sacó la armadura y se mojó la cara antes de beber el contenido completo de un odre. Sería un viaje difícil—. Allá hay un camino que llega a Cuna del Invierno. A menos que deba creer que el mercado negro envía todos sus cargamentos a través de Azshara (*aunque con Gallywix al mando, nada de eso me sorprendería*). Así que tiene que haber una ruta oculta en algún lugar de Frondavil. Un lugar con acceso a la Costa Oscura, lejos de los ojos de los kaldorei.

—A la mayoría de los contrabandistas no les gusta la publicidad —dijo Nathanos—. Y tampoco les gustará mucho ser objeto de interés del alto señor supremo.

—Son órdenes de la jefa de guerra, Clamañublo —gruñó Colmillosauro—. Solo necesitamos *un* contrabandista que sea más leal a la Horda que a sus ganancias. ¿De verdad no conoces a *nadie* que pueda ayudar?

—Conozco a alguien —respondió Nathanos con brusquedad.

—Encuétralo y tráelo. —Colmillosauro giró hacia los guardias—. ¿Quién de ustedes sabe nadar bien?

Casi todos levantaron la mano.

Morka se dirigió a Colmillosauro.

—Quiero acompañarte, alto señor supremo.

Colmillosauro negó con la cabeza y volvió a colocarse la armadura.

—Necesito velocidad, no protección. Y la jefa de guerra necesita nadadores. Sigue sus órdenes y los veré a todos cuando la batalla haya terminado.

Colmillosauro subió de un salto a la montura de un lobo gris y tomó las riendas. Muchos otros jinetes iban y venían para prepararse para el viaje.

—Frondavil no nos recibirá amablemente —les advirtió—. Pero debemos lograrlo o la Horda conocerá la derrota. ¡Andando!

Clavó los talones en las costillas del lobo. La bestia saltó hacia adelante y comenzó a correr en dirección a Vallefresno. Nathanos lanzó insultos, furioso por haber quedado atrás.

Colmillosauro no sintió ni una pizca de piedad. *Nos alcanzará.* Si había algo que Nathanos jamás haría, era fallarle a su jefa de guerra.

La línea de jinetes se ensanchó a espaldas de Colmillosauro. El polvo que levantaban quedó suspendido en el aire y atenuó la luz del sol que caía.



Llegó el crepúsculo. Sylvanas permanecía cerca del bosque, solo a unos pasos del enjambre de fuegos fatuos. Temblaban y giraban en círculos, inquietos por su presencia. Podía sentir su odio y su furia. Incluso estos amables espíritus de los kaldorei caídos odiaban a Sylvanas por lo que era.

Dejó que el odio la inundara. Saber que la despreciaban hasta tal punto le producía una sensación dulce como el néctar. Con gusto la destrozarían en mil pedazos, pero para eso tendrían que lanzarse al espacio abierto y se volverían vulnerables. Incluso después de la muerte, estas criaturas se aferraban a la existencia.

Comprendía perfectamente ese impulso.

Uno de los fuegos fatuos giraba ansioso, lleno de ira. Sylvanas le dedicó una sonrisa.

—Intenta detenerme, si puedes —susurró.

El fuego fatuo se lanzó hacia adelante en un torbellino, directamente hacia la cabeza de la jefa de guerra. Sylvanas lo atrapó con las manos y el espíritu chilló aterrorizado. Titilaba, se retorció y luchaba para liberarse.

Sylvanas lo sostuvo ante sus ojos mientras lo estudiaba de cerca.

—¿Quieren defender a los vivos? —le preguntó.

La luz del fuego fatuo parpadeaba por el terror.

—¿Con eso sueñan ahora? ¿Con proteger a sus descendientes? —Lo cubrió con la otra mano y lo mantuvo atrapado. El fuego fatuo golpeaba contra las palmas de sus manos para tratar de escapar—. No lo lograron en vida. ¿Por qué sería diferente en la muerte?

Lo estrujó con fuerza y el poder del espíritu crujió y se desvaneció. Cuando abrió las manos, solo quedaba un polvo ennegrecido. Se limpió las palmas de las manos y giró de espaldas al bosque.

Pronto, Malfurion. Pronto.

Los navíos de los elfos de la noche volvieron a disparar, aunque sin un objetivo definido. Los disparos caían en las costas vacías, y solo lograban matar a algunos reptadores. No era más que intimidación.

Los exploradores de la Horda habían usado sus catalejos para darle a Sylvanas la información que necesitaba. Las naves estaban repletas de tripulantes, con una dotación de arqueros en algunos barcos, y tenían suficientes suministros para una misión prolongada en el sur de Kalimdor.

Lo sensato era bombardear las naves con artillería hasta que retrocedieran. Por desgracia, de esa forma perdería casi todas las armas de asedio a su cargo. Sylvanas solo daría esa orden como último recurso.

Por ahora, no haría nada. Podían seguir disparando contra las costas. Ella podía esperar. Usaría ese tiempo para preparar la siguiente fase de la batalla. La fase final, para bien o para mal.

Regresó con el ejército que esperaba en los bosques del este.

—Soldados de la Horda, escuchen con atención...



—...Estarán en inferioridad numérica. Tendrán menos armas. Ellos los matarán uno a uno si los ven. Y aunque no lo hagan, sus camaradas de la Horda podrían matarlos por accidente y hacerle ese favor a la Alianza —les había dicho Sylvanas. Luego había sonreído—. Bien... ¿cuántos de ustedes se ofrecen como voluntarios?

Todos los soldados reunidos frente a ella habían levantado la mano, incluso Morka. *Qué historia para contarles a mis hijos*, pensó. Incluso si no sobrevivía, se cantarían canciones sobre todos los que participaran este asalto, de eso estaba segura.

—Muy bien —había dicho Sylvanas—. Grupos de asedio, manténgase cubiertos hasta que me vean entrar en los bosques del norte. Solo entonces deberán salir a la playa y comenzar el bombardeo. Incursores, comiencen a nadar en el momento en que Colmillosauro lance su ataque.

Tal como les habían ordenado, los voluntarios se habían organizado en grupos pequeños. Serían quince por barco. Contra una tripulación completa de kaldorei, cada grupo estaría sin dudas en inferioridad numérica. Pero el objetivo no era ganar en una pelea limpia. Nada de eso. Sylvanas había asignado magos a cada grupo de asalto. Cuando la Horda iniciara el contraataque, ellos también atacarían con cargas arcanas inestables y explosivas que podían prender fuego todo un barco.

Morka se sacó la armadura y solo conservó un par de dagas pequeñas amarradas a su cinturón de cuero. Nadaría por debajo de la tromba de artillería para eliminar las naves que no fueran alcanzadas por las máquinas de asedio de la Horda.

O mejor aún, pensó Morka, para capturar las naves para la Horda.

Piratería aprobada por la jefa de guerra. ¿Había algo mejor que eso?



La irritación de Nathanos se disipó mucho antes de alcanzar a Colmillosauro. Se aferró con fuerza a las riendas del raptor Lanza Negra mientras atravesaba Frondavil a toda velocidad. La bestia resoplaba a cada paso, pero había mantenido la marcha a través de Vallefresno, incluso con dos jinetes en el lomo.

El otro pasajero, un trol llamado Rejiji, había refunfuñado durante todo el viaje.

—Eh'pero más acción que esto —repetía una y otra vez.

Finalmente, Nathanos divisó al grupo más grande de soldados de Colmillosauro adelante. El raptor frenó de golpe, y Rejiji salió despedido y cayó estrepitosamente contra el suelo.

Nathanos bajó del raptor con agilidad y acudió a ver cómo estaba el trol. Habría sido simplemente maravilloso que la fuente de información de la Horda se rompiera el cuello en un accidente estúpido. Pero Rejiji se puso de pie de un salto, enrojecido por la humillación.

Colmillosauro fingió no haber visto el percance.

—Nathanos. No hemos podido encontrar una ruta por nuestra cuenta. ¿Has traído la solución a los problemas de la Horda?

—Sí —respondió Nathanos, y señaló al trol—. Tiene un trato cercano con la tribu Rompelanzas.

Colmillosauro frunció el ceño.

—¿Los Rompelanzas?

—Vivían cerca de la Costa Oscura —dijo Rejiji mientras se sacudía la tierra de la capa—. Huyeron deh'pués del Cataclismo.

—¿Y hay un camino que conecta Frondavil con la Costa Oscura? —preguntó Colmillosauro. Rejiji levantó el mentón.

—Eso dicen. Mucho' han escapado por ese camino. No será un viaje sencillo, pero he oído que podremos tomar todo lo que encontremo'.

—Has oído bien. —Colmillosauro miró a Nathanos con recelo—. ¿Pero nunca has hecho ese camino tú mismo?

—No, alto señor supremo —respondió el trol.

—¿Puedes encontrarlo?

El trol se encogió de hombros.

—Probablemente.



Al llegar el mediodía, Colmillosauro estaba agotado.

El trol no había mentido sobre las dificultades del viaje. La ruta a la Costa Oscura era a través de un risco. Sin embargo, las rocas escarpadas y la superficie empinada ofrecían suficientes asideros para que las tropas de la Horda pudieran escalar la montaña y descender del otro lado. Habían tenido que dejar atrás sus monturas, pero ya sabían que sería así.

Casi todos los soldados habían logrado trepar sanos y salvos. Algunos se habían resbalado y tendrían que hacer el viaje de regreso a través de Frondavil con varios huesos rotos.

Rejiji había trepado por el camino como si ya lo hubiese recorrido mil veces. *Es muy probable*, pensó Colmillosauro. No le molestaba que le hubiera mentido. Nathanos estaba en lo cierto: ningún contrabandista confesaría su actividad ante el alto señor supremo. Si el trol quería fingir que había obtenido esta información a través de los refugiados Rompelanzas, Colmillosauro le seguiría el juego, incluso aunque el intrincado sistema de cuerdas y poleas desplegado a lo largo del camino claramente revelara que se trataba de una ruta de contrabando.

Cuando dejaron atrás el pico de la montaña, Colmillosauro pudo disfrutar por primera vez en mucho tiempo de una vista despejada de la Costa Oscura. Podía ver todo el camino al norte del Árbol del Mundo y casi todo el camino sur hacia el lugar al que la Horda aún no podía acceder.

Al pie de las montañas, en la Costa Oscura, la población de elfos de la noche se paseaba por las playas. Habían llevado botes pequeños desde Darnassus y parecían estar esperando navíos de pasajeros más grandes para emprender un largo viaje.

Colmillosauro le señaló a Nathanos los botes pequeños. Apenas estaban vigilados. Serían destruidos en el momento en que los elfos de la noche comprendieran que la batalla realmente estaba perdida.

—Cuando llegemos a la costa, apodérate de ellos —le dijo en voz baja—. Nos serán de utilidad cuando tomemos el árbol.

Casi esperaba que Nathanos cuestionase su decisión, pero el renegado estuvo de acuerdo.

—Quiero estar en el primer asalto a Darnassus —le dijo.

—Muy bien —respondió Colmillosauro—. Esperaremos a que la jefa de guerra se nos una.

Podía ver lo que quedaba del ejército de los elfos de la noche. Los soldados estaban desperdigados entre los árboles para proteger a Malfurion Tempestira, que estaba de pie sobre una elevación en el centro del bosque.

No había fuegos fatuos cerca de él. Todos estaban en las líneas de vanguardia para contener a las fuerzas de la Horda.

Colmillosauro y los demás se deslizaron silenciosamente hasta los restos del campamento de los Rompelanzas, que había sido abandonado. Solo encontraron una familia numerosa de zorros que se ocultaron al ver que la Horda se acercaba.

—Ya saben qué hacer —les susurró Colmillosauro a sus tropas—. Ya conocen nuestro objetivo.

Se asomó por el borde de una cuesta para observar a los desprevenidos kaldorei.

—Tomamos la costa, tomamos el bosque y luego tomamos Darnassus.

Colmillosauro saltó por encima de la cuesta y descendió a toda carrera para atacar. Nathanos y los demás, los cientos de soldados de la Horda que habían seguido al alto señor supremo a través de las montañas, no se quedaron atrás y arremetieron repitiendo su grito de guerra.

—¡Por la Horda!



Sylvanas sonrió. Los fuegos fatuos no dejaban de titilar. Parecían confundidos. Indecisos. Algunos dejaron la línea del frente y regresaron a los árboles a toda velocidad.

Un grito inconfundible resonó en todo el bosque.

—¡Por la Horda! —El ataque por los flancos había comenzado.

Excelente trabajo, Colmillosauro.

Había llegado la hora. Sylvanas avanzó hasta una nube de fuegos fatuos. Estiró el brazo en busca de esas pequeñas chispas de vida que eran los espíritus de los ancestros de los kaldorei. Antes de que pudieran atacarla, desató todo su poder. El dolor y el horror de los terribles dones que le había dado el Rey Exánime salieron de su boca en forma de aullido, y su cuerpo comenzó a irradiar un humo oscuro.

Los fuegos fatuos cayeron a su alrededor. Parpadeaban tenuemente en su inútil intento por aferrarse a la vida, como copos de nieve atrapados por los rayos del sol al amanecer. La Horda rugió con sus gritos de batalla y avanzó hacia el bosque detrás de Sylvanas, con los garrotes y las espadas listos.

Sylvanas preparó una flecha en su arco y se adentró en el bosque. No se le acercaron más fuegos fatuos. Los soldados de la Horda blandían los garrotes y el dorso de las espadas a un lado y a otro para aplastarlos. Algunos titilaron y desaparecieron. Muchos simplemente huyeron.

Malfurion sabe que es el fin. Y había decidido ahorrarles a sus ancestros un final inevitable a manos de la Horda.

Pronto lo divisó. La estaba esperando. Los demás soldados de la Horda lo esquivaban, pero ella avanzó resuelta hacia él.

Malfurion Tempestira se veía apesadumbrado.

—No habrá perdón por esto, Sylvanas.

—Lo sé —respondió ella.

Ya no era momento de hablar.

Lok-tar ogar, pensó Sylvanas, sin poder reprimir una sonrisa feroz.

A su espalda, en la costa, las armas de asedio dispararon sus primeras cargas. Luego llegaron las explosiones en la playa y también mar adentro.



Morka subió a la superficie para tomar aire y encontró un mundo en llamas.

La jefa de guerra hablaba en serio, pensó, tratando de no sucumbir al pánico. Alguien podría salir lastimado aquí.

Las máquinas de asedio de la Horda lanzaron trombas ardientes hacia el mar y las cargas arcanas propagaron el fuego entre la flota de los elfos de la noche. Los navíos respondieron con salvas de disparos de cañón y gujas contra la costa.

El grupo de incursores de Morka nadó hasta pasar las líneas de vanguardia de la flota. Solo salían a la superficie para tomar aire rápidamente después de algunas brazadas. Muy pronto esa mínima salida a la superficie se volvió peligrosa. Los disparos envueltos en magia de las armas de asedio eran letales incluso en el agua. El fuego se propagaba allá arriba con obstinación, como si el océano pudiese arder tan fácilmente como un bosque devastado por la sequía.

Los incursores habían tenido que nadar por debajo de las llamas durante casi un minuto entero hasta finalmente encontrar un claro en el agua.

El grupo de Morka subió a la superficie cerca de ella, jadeando en busca de aire. Morka hizo el recuento en su cabeza. *Once... doce... catorce...* No faltaba nadie. Era casi un milagro.

Un tauren había emergido último. Pareció escupir la mitad del océano antes de recobrar la compostura. La miró con enojo.

—Nos *pasamos* de la flota —gruñó.

—Puedes volver atrás si quieres —le contestó Morka. Luego lo miró con más detenimiento— ¿Te conozco?

El tauren inspiró con fuerza, y sin querer inhaló un poco de agua. Tardó un poco en calmar el ataque de tos.

—Bebimos unos tragos en Orgrimmar, no hace mucho.

—Ah. *Ahh...* —¿Cómo era su nombre? ¿Lanagu? Algo parecido. Decidió probar.

—¿Estás preparado, Lanagas?

El tauren la miró confundido.

—Me llamo Hiamo.

—Soy fatal para los nombres. ¿Estás listo?

El tauren asintió con la cabeza. Los demás se habían acercado. Morka dio unas brazadas más hasta el barco de los elfos de la noche y usó algunos orificios pequeños de la madera para trepar por el costado hasta que llegó a las troneras.

Morka miró hacia adentro a través de una abertura. La tripulación kaldorei cargaba y disparaba cañones y lanzagujas. A través de las aberturas del lado opuesto, pudo ver otros barcos que ardían y se hundían. Sin embargo, este estaba intacto. Las máquinas de asedio de la Horda habían apuntado primero a los navíos que estaban más cerca de la costa.

Nadie se ocupaba de los cañones de este lado. Ni siquiera les prestaban atención. Al fin y al cabo, ¿cómo era posible que los atacantes se acercaran desde el *océano*?

Hiamo se aferró a la misma tronera y echó una mirada al interior.

—¿Qué piensas? —susurró.

Morka esperó a que se acercaran algunos más. Estaba pensando una idea.

—Veo dos opciones. Podríamos encender varios focos de fuego, volver al agua y nadar hasta la costa bajo medio kilómetro de llamas —dijo.

Un elfo de sangre arqueó una ceja.

—¿O bien...?

—¿No les gustaría más llegar a la Costa Oscura en barco?

Todos le sonrieron.



Colmillosauro acechaba abiertamente en el bosque. Los kaldorei habían intentado defenderse en dos direcciones, y la última de sus posiciones se había desmoronado. Sus líneas estaban rotas y sus filas se habían dispersado.

Ahora, los sobrevivientes estaban haciendo el último acto desesperado que podía hacer un ejército vencido: formaban pequeños grupos y se defendían por todos los costados hasta caer. Colmillosauro creía haber visto a una de las oficiales de rango de los elfos de la noche, una centinela, que seguía luchando a pesar de haber sido herida por varias flechas. Aguerrida. Honorable. Y sin esperanza.

Colmillosauro luchaba contra todos los que encontraba a su paso, pero cada vez quedaban menos elfos de la noche de pie. Oyó el ruido de una batalla aterradora. Cerca de la costa se concretaba el choque monstruoso entre dos criaturas poderosas.

La jefa de guerra pelea sola contra Tempestira.

Si Sylvanas caía, Colmillosauro tendría que terminar la tarea. No estaba seguro de poder.

La lucha se desarrollaba a cientos de metros de distancia. Colmillosauro se dirigió lentamente al lugar mientras observaba destellos de color violeta y esmeralda adelante.

Hubo una tremenda explosión de oscuridad y luego se oyó el sonido de los árboles que caían. Colmillosauro se agazapó para cubrirse de un objeto que salió disparado por los aires y rebotó contra los troncos, hasta que finalmente cayó con un fuerte golpe en la tierra a solo diez metros de distancia.

El objeto levantó la cabeza. *Su* cabeza.

Colmillosauro vio las astas. Sin pensarlo, lanzó su hacha.

El arma apenas había abandonado sus manos cuando se arrepintió de haberla arrojado. Era Malfurion Tempestira, vivo, que se preparaba para volver a la lucha contra la jefa de guerra.

El hacha giró en el aire a toda velocidad y cubrió la distancia en un segundo.

Malfurion no la sintió. No hasta que se enterró por completo en su espalda.

Se tambaleó, levantó la vista hacia el cielo nocturno y lanzó un suspiro. Se desplomó. La empuñadura del hacha de Colmillosauro quedó en un ángulo, enterrada en la carne del elfo.

Colmillosauro no sintió euforia. Sintió horror.

Esto no era correcto. Era... vergonzoso.

La guerra era la guerra, pero Colmillosauro había perdido un duelo con Tempestira. Y ahora acababa de atacarlo por la espalda.

Un golpe deshonroso, pensó Colmillosauro, aturdido. Él es un héroe de diez mil años de guerras. Alguna vez yo peleé a su lado. Y ahora lo he derribado como un cobarde.

Aunque no quería, Colmillosauro se obligó a sí mismo a ver lo que había hecho. Malfurion yacía sobre su estómago. Sangraba, y apenas emitía jadeos leves y entrecortados.

—Perdón —le dijo Colmillosauro.

—No pidas perdón.

Colmillosauro giró la cabeza. Sylvanas estaba parada a su lado y sonreía con satisfacción.

—Bien hecho.

—No quise interferir —respondió Colmillosauro.

—Me estaba costando vencerlo. Me hacía perder el tiempo. —Sylvanas arrancó el hacha del cuerpo de Tempestira. El elfo de la noche gruñó de dolor. La sangre comenzó a salir a borbotones de la herida, pero Malfurion no hizo ningún otro sonido.

—Acábalo y termina con esto —dijo Colmillosauro en voz baja.

Sylvanas contempló el hacha mientras pensaba en la idea. Volvió a mirar a Colmillosauro. El alto señor supremo no podía comprender su expresión, pero no le gustaba.

La jefa de guerra le devolvió el hacha.

—Te lo dejo a ti, alto señor supremo.

—Este era tu combate.

Sylvanas ya se alejaba.

—Esta es tu victoria. Nada de esto, ni la batalla ni la derrota de Malfurion, habría sido posible sin ti. Tú te has ganado este honor. Tómate un momento, si quieres, y luego llévate su cabeza. Te veré en la Costa Oscura.

Y tras decir eso, desapareció sobre una cuesta hacia el norte.

Colmillosauro estaba aturdido. *Tú te has ganado este honor.*

Volvió a mirar a Malfurion.

—Lo siento, de verdad.

Malfurion giró la cabeza. Levantó un ojo hacia Colmillosauro y habló con voz entrecortada.

—Has puesto a tu Horda al servicio de la muerte. Te arrepentirás de este día hasta que mueras.

—Luchaste bien, Malfurion —dijo Colmillosauro—. Descansa con honor. Lo mereces.

Levantó el hacha. Y dudó. Pasaron segundos, luego minutos, y Colmillosauro no podía bajar el hacha.

Sintió la luz. Su calidez caía sobre él desde lo alto. Transmitía tristeza, esperanza y amor. Quizás era Elune que le daba la bienvenida a Malfurion a su próxima vida. Tal vez así esto fuera aceptable.

Pero esta muerte no es mía.

Quizá sería honorable dejar que Tempestira viviera.

¿A cargo de Sylvanas? Es más piadoso matarlo ahora.

Y, sin embargo, el hacha no se movía.

De pronto, el que no pudo moverse fue Colmillosauro.

Una luz brillante lo envolvió y lo paralizó. No podía mover ni un músculo. Sintió un golpe poderoso en la cabeza que lo arrojó a varios pasos de distancia. Cayó con fuerza contra el suelo. Los pulmones le quedaron sin aire en un instante y rodó varias veces hasta detenerse en medio del dolor. Al levantar la vista, vio la luz de Elune con toda su furia y su belleza.

Tyrande Susurravientos.

Tyrande permaneció de pie junto a su compañero, con los brazos levantados mientras la brisa suave dibujaba ondas en su túnica blanca. Los filos de la luz de Elune flotaban sobre la cabeza de Colmillosauro, preparados para el golpe final.

El orco no se movió. Sentía zumbidos en la cabeza. Las dagas de luz temblaban sobre él.

¿Vencido por el poder de la justicia? Parecía apropiado.

Pero al igual que él unos instantes antes, ahora era ella la que dudaba. Tyrande se puso de rodillas lentamente, sin dejar de mirar a Colmillosauro, mientras apoyaba una mano sobre Malfurion. La tierra misma pareció resplandecer cuando usó su poder para detener la sangre, curar sus heridas y alejarlo del umbral de la muerte.

Después de un momento, se puso de pie.

—No lo mataste. ¿Por qué?

Colmillosauro decidió decirle la verdad.

—Lo atacué deshonrosamente. No merecía acabar con su vida.

La respuesta pareció enfurecerla.

—Toda esta *guerra* es deshonrosa. ¿Qué les pasa? ¡Cómo se atreven a derramar tanta sangre en vano!

—Nos atrevemos porque tenemos que hacerlo —dijo Colmillosauro—. Y tenemos que triunfar.

La cara de Tyrande se oscureció. Los filos de luz que flotaban sobre la cabeza de Colmillosauro se inmovilizaron. Le apuntaban al cuello.

—Puede que la Horda gane esta batalla, Colmillosauro. Pero recuperaremos nuestro hogar.

—Tal vez —respondió Colmillosauro.

—Le has perdonado la vida a Malfurion, por eso te daré una oportunidad —dijo Tyrande—. Puedes impedir que me lo lleve y morir, o quedarte allí en el suelo y vivir.

Era justo. Colmillosauro gruñó.

—Tienes las mismas alternativas. Puedes llevarlo de vuelta a Darnassus y los dos morirán cuando la conquistemos, o puedes llevártelo lejos, y los dos vivirán.

Tyrande no respondió. Con la mano que tenía libre, sacó una piedra blanca con marcas brillantes de color azul. Unos instantes después, ella y Malfurion habían desaparecido.

Colmillosauro parpadeó. ¿A dónde se habían ido? Por su bien, esperaba que no fuera a Darnassus.

Se puso de pie y se sacudió la tierra de la armadura, sin hacer caso al dolor. Malfurion se recuperaría, y cuando volviera a la batalla haría que la Horda pagara con sangre. Colmillosauro no tenía ninguna duda.

De todas formas, su alma se había librado de un gran peso. Sentía que era correcto que Malfurion hubiera sobrevivido. Sentía que era honorable.



En el barco tenía una tripulación de unos veinticuatro elfos de la noche. La mitad había muerto en el ataque inicial, y según las cuentas de Morka cinco habían saltado al agua cuando se inició la batalla.

Siete elfos de la noche se habían rendido. La mayoría de ellos estaban heridos y todos contemplaban con odio a los soldados de la Horda que celebraban su victoria en la nave.

—¿Qué vamos a hacer con ellos? —preguntó Hiamo mientras jugueteaba con una de las lanzas de los elfos de la noche con sus manos enormes.

Morka les echó una mirada a los prisioneros. *Sus* prisioneros.

—Lo primero es lo primero. Hay que decirles a nuestros amigos que dejen de dispararnos —dijo—. ¡Que alguien baje la bandera!

Un goblin subió a toda prisa al mástil y bajó la bandera de los kaldorei. No tenían una bandera de la Horda para levantar en su lugar, pero el mensaje era suficientemente claro. A la distancia oyeron los gritos de festejos en la costa.

Un catalejo rodó por la cubierta manchada de sangre. Morka lo tomó. Lo extendió y recorrió el campo de batalla para observar a los otros navíos de los elfos de la noche.

—Algunos barcos arden... Otro al sur fue capturado... Los demás están huyendo. —Morka cerró el catalejo y les sonrió a los demás—. ¡Victoria para la Horda!

—¡Por la Horda! —le respondieron.

Morka se arrodilló junto a uno de los elfos de la noche heridos. Tenía un tajo en el antebrazo izquierdo y trataba de contener la hemorragia con la mano derecha.

—Dime, kaldorei, ¿puedes nadar con esa herida?

—No.

—Entonces supongo que deberás quedarte en el barco —le respondió ella con suavidad—. Tú y tus amigos saben navegar, ¿verdad?

El elfo de la noche no dijo nada.

Morka asintió con la cabeza como si la respuesta hubiera sido afirmativa.

—Qué buena noticia, porque mis amigos y yo no sabemos. ¿Te molestaría llevarnos hasta Teldrassil?

El elfo de la noche escupió en el suelo. Varios de los soldados de la Horda rieron.

Morka se le acercó con su sonrisa más falsa.

—Te ganarás un lugar en *mi* barco si eres útil. Hiamo, ¿aún hay fuego en el mar? —Hizo la pregunta sin dejar de mirar al prisionero.

—¡Sí, mi capitana! —rugió el tauren.

—Tú eliges, kaldorei. Nos serás de utilidad o comenzarás a nadar. —Levantó la voz—. Y eso va también para todos ustedes.

Nadie eligió el océano.

Pocos minutos después, el barco se dirigía hacia el norte. No fue un viaje sencillo. Los elfos de la noche no tenían ánimo de colaborar. A través del catalejo, Morka vio que las máquinas de asedio avanzaban en dirección a la Costa Oscura, más rápido que el barco.

No le importó. Morka sostuvo el timón con una sonrisa. Podía acostumbrarse a esto.

Y pronto tendría un asiento en primera fila para contemplar la victoria más grande de la Horda.



Las centinelas no se rendían. A pesar de que una oleada de soldados de la Horda estaba inundando la Costa Oscura, seguían luchando y ofrendando sus vidas para darles a los pobladores de Teldrassil la oportunidad de evacuar.

Sylvanas no tenía ningún reparo ¿Más enemigos muertos? ¿Menos prisioneros? Le estaban haciendo un favor.

Se mantuvo de pie lejos de las líneas de vanguardia, con el arco cruzado en la espalda. La pelea estaba ganada, pero aún no había terminado. Su Horda avanzaba cuidadosamente por la playa. La victoria estaba cerca, a solo una corta distancia por el océano calmo. Nadie quería caer ahora.

Nathanos salió del combate, detrás de las líneas de vanguardia. Sylvanas le hizo señas para llamar su atención y levantó una ceja. Nathanos se acercó mientras limpiaba la sangre de una sus dagas con aire distraído.

—¿Dónde está Colmillosauro?

—Tomando un trofeo del premio mayor de la batalla —respondió ella.

Nathanos abrió los ojos.

—¿Él mató a Malfurion?

—¿Cómo crees que lo tomarán los kaldorei? —preguntó Sylvanas—. ¿Su líder legendario, el que los guio a través de diez mil años de dificultades y terrores, asesinado por un orco con un hacha?

—No muy bien, imagino.

—Yo pienso lo mismo —le respondió ella.

Nathanos miró por encima de los hombros de la jefa de guerra.

Allí está, jefa de guerra. No veo ningún trofeo.

Sylvanas giró la cabeza. Efectivamente, Colmillosauro estaba saliendo del bosque con la cabeza en alto y las manos vacías. La jefa de guerra sintió un dejo de irritación. Quizás había hecho alguna estupidez, como quemar el cuerpo para no tomar un trofeo. Se veía demasiado satisfecho, teniendo en cuenta lo consternado que había estado antes.

—¿Dónde está la cabeza de Malfurion, alto señor supremo?

—Sobre su cuello, hasta donde sé.

A Sylvanas no le causó gracia la respuesta.

—¿Dónde?

Colmillosauro la miró a los ojos sin amedrentarse.

—En Ventormenta, supongo. Tyrande intervino y se lo llevó.

No era habitual que Sylvanas se quedara sin palabras.

Pero eso no duró mucho.

—¿Malfurion *vive*? —rugió—. ¿Lo dejaste *escapar*?

Colmillosauro no sonreía con la boca, pero sí con los ojos. Estaba feliz, ¡*feliz!* con esto.

—No pude detener a Tyrande. Quizá tú habrías podido.

—Quizá cometí un error al confiar en ti —retrucó Sylvanas. Movi6 nerviosamente las manos en direcci6n a su arco. *No. Todavía no*, decidió.

Nathanos estaba junto a ella. Habló en un tono frío y cortante.

—¿Cuántas vidas de la Horda tomará Tempestira en venganza, Colmillosauro? Tus manos estarán manchadas con su sangre.

—Me enfrentaré a eso cuando llegue la hora —fue la simple respuesta.

Nathanos se adelantó y quedó frente a Colmillosauro.

—Te enfrentarás a mí. Quizá te cobre a ti cada gota de sangre que derrame Malfurion, aunque tenga que...

—Ya basta. Lo hecho, hecho está —dijo Sylvanas—. Esta batalla aún no ha terminado.

Se alejó de ellos. Pronto sintió sus pisadas en la arena. Su adalid y el alto señor supremo la seguían, afortunadamente sin decir palabra. Podía imaginar sus expresiones: Colmillosauro, en paz; Nathanos, furioso. Pero no quería que ellos vieran la suya, no hasta que la ira se hubiera disipado. Necesitaba pensar.

Malfurion vive. Sylvanas apenas podía creerlo.

Sacó el arco, le colocó una flecha y disparó. La flecha voló sobre la Horda y se enterró en la espalda de una centinela. La elfa de la noche aún luchaba con todas sus fuerzas, a pesar de que tenía otras flechas clavadas en el cuerpo. La de Sylvanas finalmente la hizo caer. Y con eso terminaron de colapsar los últimos restos de una resistencia real en la Costa Oscura. Sylvanas volvió el arco a su lugar.

Esta batalla no era por un pedazo de tierra. Incluso Colmillosauro lo sabía. Tomar el Árbol del Mundo era una forma de infligir una herida que jamás pudiera sanar. Perder sus hogares *y también* a sus líderes habría sido el fin de los kaldorei como nación, y quizá como pueblo. Incluso la pérdida de un solo líder habría sido suficiente para hundirlos en la desesperación. Con las heridas de esta batalla, la Alianza habría sangrado y supurado. Habría caído en la putrefacción hasta implosionar. Anduin Wrynn habría intentado llevar adelante una desesperada guerra final en busca de un milagro, porque solo un milagro habría podido salvarlos.

Ahora ese milagro existía. Un milagro otorgado por la honorable mano de un orco tonto y viejo.

Y por una jefa de guerra arrogante. Era mejor asumir las culpas. Este era también su error, no solo de Colmillosauro.

Esta conquista de Darnassus desconcertaría al pueblo kaldorei. Llorarían a los caídos, temerían por los prisioneros y se estremecerían al imaginar a los soldados de la Horda saqueando sus hogares.

Pero no caerían en la desesperación. Ya no. La supervivencia insólita de Malfurion les daría esperanza. Su herida sanaría.

Incluso en esta hora oscura, dirían, Elune nos protege.

Y en realidad podía decirse que era así, ¿o no? Elune *había intervenido*. Quizás hasta había detenido el golpe de gracia de Colmillosauro. Y no sería la única fuerza más allá de la Alianza en oponerse al verdadero objetivo de Sylvanas.

La ira de Sylvanas se apaciguó.

Sabía que esto sucedería. Simplemente había sido antes de lo que imaginaba. Eso era todo.

Caminó hacia la línea de la costa sin hacer caso de las últimas refriegas y el lamento de los kaldorei desafortunados que no habían podido escapar de la Costa Oscura. Observó con detenimiento la figura de Teldrassil que se alzaba sobre ella a la luz de la luna. Pronto, estaría en manos de la Horda.

—Aseguren la playa —ordenó Sylvanas—. Prepárense para invadir el árbol.

Una herida que no pueda sanar. Sylvanas necesitaba pensar en una nueva forma de infligir una herida así. No había vuelta atrás.

—¿Por qué?

La voz que llegaba desde un árbol llamó la atención de Sylvanas. Provenía de una centinela mortalmente herida, la misma que Sylvanas había derribado unos minutos antes. Tosía con debilidad. Estaba muriendo.

—¿Por qué? Ya han ganado —dijo la elfa de la noche, luchando para poder hablar—. Solo quedan inocentes en el árbol.

Era bueno saberlo, si es que era verdad. Sylvanas se arrodilló junto a ella.

—Así es la guerra —le dijo.

Colmillosauro y Nathanos ya estaban analizando la logística para la siguiente fase de la batalla. Los dejó hablar. Ante ella había una elfa muriendo por su pueblo.

Le recordó a sí misma.



Colmillosauro dio las órdenes rápidamente. Organizó a los grupos de asalto en la playa y se aseguró de que apuntaran a Teldrassil. Sin duda, había exploradores observando a la Horda

desde la cima del Árbol del Mundo. Quería que informaran que la Horda podía abrir fuego en cualquier momento.

Miró a su jefa de guerra. Sylvanas estaba arrodillada junto a una comandante elfa de la noche agonizante. Un interrogatorio espontáneo, supuso Colmillosauro. *Con suerte, le sacará información útil.*

Nathanos conversaba en voz baja con unos soldados que tenían cierta experiencia en el mar. Les ordenaba que inspeccionaran la costa en busca de cualquier embarcación o bote de remos de los elfos de la noche que pudieran ver.

—Puedes participar del primer ataque, Nathanos —dijo Colmillosauro.

Los ojos del no-muerto brillaron debajo de su caperuza.

—No necesito tu permiso. Tengo una lista de la jefa de guerra. Lugares que quiero ver.
Personas que deseo conocer.

Peor para ellos, pensó Colmillosauro, sin hacer caso al tono de furioso desdén de Nathanos. Una visión extraña llamó su atención: dos barcos de los elfos de la noche navegaban muy cerca de la costa.

—¿Qué es eso?

Nathanos entrecerró los ojos tratando de ver.

—No tienen la bandera de los elfos de la noche. Quizá los hayamos capturado. La jefa de guerra dijo que era una posibilidad.

Sí, Colmillosauro podía ver la figura borrosa de un orco de piel verde en el timón de una de las naves. Levantó el hacha por encima de la cabeza y la orco lo saludó también. Colmillosauro ocultó la risa.

—Eso podría hacer las cosas más fáciles para nosotros, Clamañublo. ¿Cuántos pueden entrar en cada uno de esos barcos?

Nathanos sonrió.

—Muchos.

—Encuentra a cualquiera que sepa navegar. Creo que necesitarán ayuda. Luego selecciona tu grupo de asalto.

Colmillosauro visualizó el asalto en su mente. Aún había mucho por preparar. Necesitaba incursores en la vanguardia, fuerzas de apoyo de retaguardia a poca distancia, y quizás algunos jinetes del viento para vigilar el espacio aéreo entre la Costa Oscura y Darnassus.

Algunos de sus mejores soldados estaban exhaustos tras la batalla en la Costa Oscura. Se desilusionarían al ver que no eran tenidos en cuenta, pero las tropas menos cansadas serían más útiles en la primera oleada de ataque, que sería clave en caso de que los elfos de la noche opusieran resistencia.

Me pregunto si tendremos suficiente tiempo...

—Quémenlo.

La orden de la jefa de guerra interrumpió los pensamientos de Colmillosauro. La miró fijamente.

Quemar... ¿qué?

Nathanos también parecía confundido. Intercambiaron miradas. Sylvanas los enfrentó con los ojos cargados de furia.

Volvió a gritar la orden, sin dirigirse a Colmillosauro.

—¡Quémenlo!

Nathanos se volteó sin decir una palabra y avanzó hacia los grupos de asalto.

Todo sucedió con rapidez. Tanta, que Colmillosauro no tuvo tiempo de entender.

Un mago trol esparció fuego en las cargas de ataque. Y con un movimiento de las catapultas de las máquinas de asedio, la Horda llenó el aire de muerte.

—No... —murmuró Colmillosauro. Observó enmudecido los arcos de fuego sobre el océano.

Cada una de las cargas dio en el blanco. Las llamas de color anaranjado comenzaron a propagarse por Teldrassil.

El silencio cayó sobre la Horda. Incluso los gritos de los elfos de la noche capturados se silenciaron. Todos miraban la escena sin poder creerlo.

—No... —volvió a murmurar Colmillosauro en voz más alta.

La segunda ráfaga de disparos lo sacó de la conmoción que lo había paralizado.

—¡No! —rugió—. ¡Alto el fuego! ¡Alto!

Era demasiado tarde. La segunda tromba dio en el blanco y, en cuestión de segundos, la mitad inferior del Árbol del Mundo quedó envuelta en llamas. El fuego parecía estar vivo: trepaba por el árbol y avanzaba en dirección a la ciudad en las ramas más altas.

—¿Por qué...? ¿Por qué...? —jadeó Colmillosauro. Volvió a mirar a Nathanos. Nunca había visto al renegado con los ojos tan abiertos.

Sylvanas le dio la espalda a Colmillosauro mientras observaba cómo se propagaba el fuego. Colmillosauro intentó desesperadamente encontrar un sentido a sus órdenes.

¿Acaso esa elfa le dijo algo? ¿Los elfos de la noche planeaban resistir? ¿Acaso la Alianza está a punto de llegar con refuerzos?

Miles de explicaciones diferentes le cruzaron la mente. Todas perdían fuerza a los pocos segundos. No había barcos en el horizonte. Un par de navíos kaldorei se alejaban a toda marcha del Árbol del Mundo mientras las ramas ardientes les caían encima. Hasta los barcos capturados se apartaban con torpeza. No esperaban esto.

Nadie esperaba esto.

¿Y Sylvanas?

Ese pensamiento congeló a Colmillosauro.

¿Este había sido siempre su plan?

No. No era posible. La jefa de guerra tenía que tener una estrategia en mente. Conquistar el Árbol del Mundo, tomarlo intacto, habría sido una jugada brillante. Destruirlo era...

...una locura.

Ahora todo el árbol sucumbía bajo las llamas. Los destellos azules y blancos se alzaban y se desvanecían a medida que el fuego se intensificaba. Las llamas formaron un círculo alrededor del árbol. Y en ese momento, la ciudad de Darnassus comenzó a arder.

Colmillosauro oyó los gritos. El calor llegó a la costa a través del agua, junto con el olor terrible del fuego salvaje y descontrolado. Los elfos de la noche capturados comenzaron a gritar y a gemir. Ahora les suplicaban a los soldados de la Horda que *fuera*n al árbol lo más pronto posible para salvar a sus familias de una muerte segura.

Los sonidos se entremezclaban en una sinfonía de horror.

Hombres, mujeres, niños... El fuego no hacía distinciones. El fuego no tenía honor ni motivos, tan solo la urgencia de consumirlo todo hasta no dejar nada.

Todos los que quedaban en Darnassus morirían.

Y con ellos moriría toda esperanza para la Horda de ganar una guerra limpia contra la Alianza. Se suponía que Teldrassil era la cuña que permitiría destruir Ventormenta. Ahora sería el grito de batalla de toda la Alianza hasta lograr reducir a polvo a cada nación de la Horda.

Anduin Wrynn declararía la guerra de inmediato... Y todos y cada uno de sus aliados responderían al llamado. La Alianza no se detendría ante *nada* en su búsqueda de venganza.

—¡Aquí no hay honor! —Colmillosauro le rugió a Sylvanas.

Al fin, ella dejó de contemplar el Árbol del Mundo. Tenía una mirada firme. En sus ojos ya no había ira. ¿Qué había en su lugar? ¿Vacío? ¿Satisfacción? Colmillosauro no podía comprenderla ahora. Quizá nunca podría.

—Ahora vendrán por nosotros. ¡Todos ellos! —gritó.

—Lo sé. —Sylvanas se veía tranquila, como si nada de eso estuviera mal—. Atacarán Entrañas en represalia. Deberás planear nuestra defensa. Comienza a evacuar a mi pueblo.

Colmillosauro se esforzó por encontrar las palabras justas. Finalmente, solo pudo escupir su repulsión cargada de odio.

—Has maldecido a la Horda por mil generaciones. A todos nosotros. ¿Y para qué? ¿Para *qué*?

La expresión de Sylvanas no se alteró.

—Esta fue *tu* batalla. Tu estrategia. Y tu fracaso. Darnassus nunca fue el premio final. Era una cuña insalvable que dividiría a la Alianza. Era el arma para destruir toda esperanza. Y tú, mi estratega maestro, entregaste eso para salvar la vida de un enemigo que *tú mismo* habías vencido. Yo he vuelto las cosas a su lugar. Cuando vengan por nosotros, no será con gloria sino con dolor. Esa puede ser nuestra única oportunidad de lograr la victoria ahora.

Colmillosauro sintió deseos de matarla. Quería declarar un mak'gora y derramar la sangre de Sylvanas frente a la Horda y la Alianza por igual.

Pero ella estaba en lo cierto.

Una herida que no pueda sanar jamás. Ese siempre había sido el plan. Y Colmillosauro había fracasado en ese plan. La historia de la supervivencia milagrosa de Malfurion se propagaría en los ejércitos de la Alianza como prueba de que su causa estaba bendecida.

La guerra habría sobrevenido de todos modos. Eso se había hecho realidad en el momento en que Colmillosauro había conducido a la Horda a Vallefresno. Y habría sido todo lo que él más temía: una picadora de carne que consumía innumerables vidas para lograr tan poco, que siempre terminaba con lamentos y por ende condenaba a las futuras generaciones a una guerra que nadie podía ganar. Una vez más, Sylvanas lo había visto antes.

Y por eso...

Ella había enviado un mensaje. Esta guerra no terminaría en un punto muerto. No ahora. La Alianza y la Horda comprenderían que las únicas opciones eran la victoria o la muerte. Lok-tar ogar. Darnassus no sería la última ciudad en arder. Las vidas perdidas de cada lado estarían por encima

de esta atrocidad. Y Colmillosauro debía llevar todo eso sobre sus hombros. Cada momento sería una pesadilla.

Sylvanas se volvió hacia el Árbol del Mundo y lo miró arder. Colmillosauro también se obligó a mirar las llamas que consumían la ciudad y sus pobladores. Dar la espalda a la escena significaba degradarse aún más.

Los gritos continuaron. Le recordaron a Shattrath. En aquel entonces, había disfrutado de ese sonido.

El aire se llenó de humo y no pudo evitar pensar en Ventormenta y en las corridas por las calles mientras los edificios ardían por doquier, y encontraban humanos escondidos que terminaban asesinados mientras rogaban por sus vidas. Entonces, había disfrutado de la matanza.

Y había disfrutado de esta guerra, ¿o no?

Colmillosauro permaneció inmóvil durante horas, hasta que los gritos se acallaron y las llamas se redujeron a brasas. Ante él no había más que una cáscara humeante que alguna vez había sido una gran civilización. Dentro del alto señor supremo, lo que había era un sentimiento de desesperanza. Y de vergüenza. Ahora no había ninguna niebla de corrupción que suavizara el horror.

Colmillosauro recordaría este momento en sus sueños durante toda su vida. Volvería a sentir una y otra vez esta vergüenza y todas las que le seguirían.

Has puesto a tu Horda al servicio de la muerte, había dicho Malfurion.

¿Cómo podía Colmillosauro presentarse ante los soldados que él había llevado a esta guerra? ¿Cómo podía explicar lo que habían hecho?

No podía. Nunca podría.

Pero el peso de esta carga lo acompañaría siempre, hasta el día de su muerte.

Mientras se alejaba, Colmillosauro deseó que ese día llegara pronto.

CRÉDITOS



NOVELA CREADA POR:

Alex Afrasiabi, Hector Bolanos, Caroline Wu Bonti,
Robert Brooks, Michael Carrillo, Sean Copeland,
Steve Danuser, Keith Ewing, Laura Forte, Cate Gary,
Adam Heine, Erik Jensen, Julie Kimura, Christi Kugler,
Brianna M Loftis, Allison Monahan, Ken Murayama,
Justin Parker, Glenn Rane, Chris Robinson,
Robert Simpson, Varnish Studio, Inc., Guido Zurzolo

AGRADECIMIENTO ESPECIAL:

World of Warcraft Team
Story and Franchise Development
Creative Services
Localization and Quality Assurance